

SAN JERÓNIMO

COMENTARIO A MI-
QUEAS

Commentariorum in Michaeam

SABBATISMUS

San Jerónimo (347–420)
Commentariorum in Michaeam · Comentario a Miqueas

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

Miqueas, sobre quien ahora deseo dictar comentarios, es el tercero en el orden de los doce profetas según los intérpretes de la Septuaginta; según el hebreo (o, la verdad hebrea), es el sexto, y sigue al profeta Jonás, que sucede a Abdías, y así resulta que Amós es el tercero, y Joel el segundo después de Oseas, que es el primero entre todos. Por tanto, situado como en el corazón del volumen, debe contener profundos misterios, y la palabra de Dios, que siempre desciende a los profetas, descendió también a Miqueas, que se interpreta como *humildad*: a Miqueas de Moréset, que hasta hoy es una pequeña aldea cerca de Eleuterópolis, ciudad de Palestina. Moréset, por su parte, en nuestra lengua significa "heredero". Bellamente, por tanto, la humildad, que es la principal entre las virtudes, nace de la esperanza de la herencia del Señor. Esta humildad, sin embargo, no es aquella que proviene de la conciencia de los pecados, sino la que se cuenta entre las virtudes, según la cual se dice: "Humillaos bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte en el tiempo de la visitación" (1 Pedro 5:6). Y: "El que se humilla será exaltado" (Lucas 18:14). Y: "Antes de la ruina se eleva el corazón del hombre, y antes de la gloria es humillado" (Proverbios 16:18). De donde también el Señor dice: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mateo 11:29). Por tanto, así como entre nosotros se imponen nombres votivos, como por augurio de virtud —por ejemplo, Víctor, Casto, Pío, Probo— y entre los griegos se llama a uno *Sōphrōn* y *Eusebēs*, y los nombres apelativos (*appella-

tiva nomina*) se convierten en propios: así también entre los hebreos, Miqueas, Abdías, Zacarías y otros nombres semejantes son impuestos a los hijos por sus padres a partir del vocabulario de las virtudes.

La palabra del Señor que fue dirigida a Miqueas el Morastita, en los días de Jotam, Acaz y Ezequías, reyes de Judá: lo que vio sobre Samaría y Jerusalén. O, según los Setenta, *de las cosas que* vio sobre Samaría y Jerusalén. La palabra del Señor, por tanto, fue dirigida a Miqueas después de Oseas, Amós e Isaías, quienes profetizaron bajo el reinado de Ozías. De esto entendemos que Miqueas no profetizó en los tiempos de Ozías, sino de su hijo Jotam, después del cual reinó Acaz, sucediendo Ezequías en el imperio de su padre Acaz, bajo cuyo reinado las diez tribus fueron llevadas en cautiverio por los asirios (4 Reyes 18). Por lo tanto, en lo que respecta a la historia, según el orden de la cautividad (porque primero fue capturada Samaría, la metrópoli de Israel, y después Jerusalén, la ciudad de Judá), el título de la profecía se pone primero sobre Samaría y en segundo lugar sobre Jerusalén. Pero en cuanto a las interpretaciones místicas, como Samaría siempre se entiende por las herejías y Jerusalén por la Iglesia, decimos que la palabra del Señor se dirige al humilde (o, Jerusalén) y al coheredero de Cristo, acerca de los dogmas perversos y acerca de la Iglesia, si acaso hubiera cometido algún pecado, y para entretener el orden de todo el volumen. Además, que Samaría y las diez tribus, que fueron separadas de la estirpe de David bajo el

rey Jeroboam (3 Reyes 12), se tomen como representación de los herejes, lo atestigua ciertamente toda la Escritura, pero especialmente el profeta Oseas y este mismo libro, que llama impíos a los herejes y pecadores a los eclesiásticos. Pues inmediatamente sigue: ¿Cuál es la impiedad de Jacob? ¿No es Samaría? ¿Y cuál es el pecado de la casa de Judá? ¿No es Jerusalén? Esto, al menos, es según los traductores de la Septuaginta. Por lo demás, cómo se lee en el hebreo, lo añadiremos un poco más adelante. Pero también que los herejes siempre confían en la supuesta sublimidad de sus propios dogmas y desprecian la simplicidad de la Iglesia, se dice en otro lugar: "¡Ay de los que desprecian a Sión y confían en el monte de Samaría!" (Amós 6:1); "porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor" (Isaías 2:3). Además, Samaría se fabricó para sí, a partir de su propio entendimiento, becerros de oro, que tenían ciertamente belleza en la superficie, pero no tenían espíritu vital; y los fabricó en la casa de Dios, que se interpreta como Betel. Pues el pueblo de Israel no podría haber aceptado dioses, a no ser que estuvieran fabricados a partir de las Escrituras y en la casa de Dios. Aunque ellos llaman a sus asambleas Betel, sin embargo, después de la fabricación de los ídolos dejó de ser Betel, y se llama Bet-avén, que significa "casa del ídolo", por lo cual los Setenta tradujeron "casa de On". Esto en cuanto al título: ahora vengamos al comienzo de la profecía y, mientras ruge la bestia de Lerna (la Hidra), invoquemos la venida del Espíritu Santo. Vosotras, oh Paula y Eustoquio, derramad

vuestras preces al Señor Salvador, para que la envidia no me dañe, sino que mi mente libre piense solo en aquello que se esfuerza por explicar, y no sienta las bofetadas de los insultos, que el Señor despreció en su pasión (Marcos 14, y Juan 16, 18).

(Versículo 2.) Oíd, pueblos todos, y atienda la tierra y su plenitud, y sea el Señor Dios testigo para vosotros, el Señor desde su santo templo. La Septuaginta dice: Oíd, pueblos todos, y escuche la tierra, y todos los que están en ella, y sea el Señor Dios testimonio para vosotros: el Señor desde su santa casa. Puesto que el sentido según la interpretación histórica es manifiesto, dejo su comprensión a la prudencia del lector. Según el sentido tropológico, en cambio, convoca a los pueblos a oír, es decir, a las Iglesias de todo el orbe, y a la tierra a escuchar, porque en ella se han edificado los dogmas terrenos de los herejes. Además, que las herejías se cuenten entre las obras de la carne, la cual siempre se refiere a la tierra, no lo calla el Apóstol a los Gálatas (Gálatas 5), y el Señor en el Evangelio lo indica al oyente prudente: "El que es de la tierra, de la tierra habla". Y para distinguirlos, dice a su vez de los miembros de la Iglesia: "Pero el que viene del cielo, está por encima de todos" (Juan 3:31). Y: "Lo que ha visto y oído, esto testifica". Pero si esto que dice: "Oíd, pueblos", por aquella sentencia del Señor: "Quien tiene oídos para oír, oiga" (Lucas 8:8), tiene un significado más profundo que lo que se añade después: "Atienda la tierra", lo aplicaremos a la Iglesia: "Oíd, pueblos todos". A los herejes, en cambio, que han recibido una

doctrina terrena: "Atienda la tierra, y todos los que están en ella", para que si aquellos oyen y estos atienden, no sufran las cosas que después amenaza la palabra del Señor. Y sea el Señor para ellos un testimonio, o como se lee en el hebreo, "un testigo", o como Símaco lo ha interpretado más claramente, "testificando", y testificando no desde otro lugar, sino desde su propia casa, que es la Iglesia, o ciertamente en el Hijo, es decir, en nuestro Señor Jesucristo, que es verdaderamente el templo del Padre: y de cuya boca habla el Padre, penetrando las entrañas y las médulas de aquellos que quieran atender y oír.

(Versículos 3 y ss.) Porque he aquí que el Señor saldrá [Vulgata: sale] de su lugar, y descenderá y pisoteará las alturas de la tierra, y los montes se consumirán debajo de él, y los valles se hendirán como la cera ante el fuego, como las aguas que corren por un precipicio: todo esto por la maldad de Jacob y por los pecados de la casa de Israel. ¿Cuál es la maldad de Jacob? ¿No es acaso Samaria? ¿Y cuáles son las alturas de Judá? ¿No es acaso Jerusalén? Septuaginta: Pues he aquí que el Señor saldrá de su lugar, y descenderá, y ascenderá sobre las alturas de la tierra, y los montes se conmoverán debajo de él, y los valles se derretirán como la cera ante el fuego, y como el agua que fluye cuesta abajo: por la impiedad de Jacob, todas estas cosas, y por el pecado de la casa de Israel. ¿Cuál es la impiedad de la casa de Jacob? ¿No es acaso Samaria? ¿Y cuál es el pecado de la casa de Judá? ¿No es acaso Jerusalén? Oh Samaria y Jerusalén, oíd y atended diligentemente al Señor que

os testifica desde su templo y que predice todo lo que ha de hacer. He aquí que el Señor saldrá de su lugar. Pues Aquel que es manso y benigno, y cuya naturaleza es la clemencia, por vuestra causa se ve obligado a asumir una persona de crueldad que no posee. Y descenderá y pisoteará las alturas de la tierra. El descenso de Dios, y el discurrir de su majestad hacia las cosas inferiores, es pisotear la tierra y quebrantar a todos los poderosos. Y se consumirán, dice, o se derretirán los montes, y los valles debajo de él, por los cuales podemos entender a los príncipes y a los pueblos. Y así como la cera no soporta la proximidad del fuego, y las aguas son arrastradas precipitadamente en su curso descendente, así toda la soberbia de los impíos, al venir el Señor, se disolverá y se desvanecerá. Mas todo esto sucederá por las maldades de las diez tribus, a las que llama Jacob e Israel, y por la prevaricación de Judá; porque en las diez tribus Samaria fue la metrópoli, y en el reino de Judá Jerusalén fue convertida en ídolos de las alturas: esto según la letra. Tropologicamente, sin embargo, el Señor saldrá de su lugar, por el cual podemos entender o al Hijo o a todos los santos. Pues el mismo Hijo dice: "Yo estoy en el Padre, y el Padre en mí" (Juan 14:10). Y de los santos: "Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo" (Levítico 26:12). 436 De estos, por tanto, saldrá, no porque los abandone; pues también de los apóstoles salía la palabra del Señor hacia los oyentes, y sin embargo no los dejaba: y lugares de esta clase, es decir, aquellos que merecen tener a Dios como huésped, como

si resucitaran con Cristo y se sentaran con Él en los lugares celestiales, están puestos en lo alto. De donde también se dice que descende a aquellos que no pueden oír su doctrina en el monte. Y cuando haya descendido, no ascenderá sobre los humildes y sobre los que están puestos abajo; sino sobre los que son llamados las alturas de la tierra, y que, comprendiendo la majestad del Señor que viene, se conmoverán. Y aunque sean montes, sin embargo, temblarán ante la presencia de tal auriga y ascensor. Pero los valles, es decir, las almas insertas en cuerpos terrenos (χοῖκοῖς), que no resucitan con el hombre celestial, no podrán soportar su presencia; sino que todo lo que en ellas haya sido duro se disolverá, y así fluirán, como si las aguas no tuvieran terreno llano y fueran arrastradas precipitadamente a lo profundo. Vendrá, pues, el Señor, terrible para enseñar, es decir, para mover los montes y disolver las cosas humildes de los valles, porque Jacob ha cometido impiedad e Israel ha pecado. Pues la impiedad de Jacob son los conciliábulos de los herejes, que son llamados Samaria. Y el pecado de Judá, es decir, de aquel que confiesa al Señor, no es otra cosa que Jerusalén, en la cual se encuentran muchos crímenes. Además, que la casa de Judá se refiere a Cristo, cuya Iglesia es, lo hemos dicho a menudo, y pongamos por ahora aquel pasaje: "Judá, te alabarán tus hermanos; tus manos sobre la espalda de tus enemigos" (Génesis 49:8). También puede entenderse así: que por las impiedades de Samaria y las maldades de Judá, el Señor salió del que una vez fue su lugar, y dijo a los ju-

díos (Mateo 23:38): "He aquí que vuestra casa se os dejará desierta" (Lucas 13:35). Y descendió de los cielos, y ascendió sobre las alturas de la tierra, es decir, sobre aquellos que, creyendo desde la humildad de los gentiles, merecieron ser exaltados. Y se conmovieron los montes —los dogmas de los filósofos y los reinos sublimes— y los que permanecieron humildes fueron consumidos y quebrantados por el advenimiento del Salvador; y al crecer la Iglesia y elevarse los montes a lo alto, los ídolos se derrumbaron en lo profundo. Por tanto, el Señor salió de su lugar, y la Iglesia fue edificada a partir de los gentiles, para que los montes se movieran bajo sus pies, y las profundidades de los valles se disolvieran, porque Jacob actuó impiamente, e Israel pecó, y todas las tribus negaron al Señor.

(Versículos 6 y ss.): Y pondré a Samaría como un montón de piedras en el campo, cuando se planta una viña, y arrastraré al valle sus piedras, y revelaré sus cimientos, y todas sus imágenes esculpidas serán destrozadas, y todos sus salarios [*Al.* mercancías] serán quemados con fuego, y pondré en perdición todos sus ídolos, porque del salario de una prostituta fueron congregados, y hasta el salario de una prostituta volverán. Sobre esto lloraré y gemiré, andaré despojado y desnudo, haré un lamento como de dragones y un duelo como de avestruces, porque su plaga es desesperada, porque ha llegado hasta Judá, ha tocado la puerta de mi pueblo, hasta Jerusalén.

LXX: Y pondré a Samaría como puesto de vigilancia de frutos en el campo, y para plantación

de una viña; y arrastraré al abismo sus piedras, y revelaré sus cimientos, y todas sus imágenes esculpidas destrozarán, y todos sus salarios serán quemados con fuego, y todos sus ídolos los pondré en perdición, porque de los salarios de la fornicación los congregó, y de los salarios de la fornicación los destruyó. Por esto llorará y se lamentará, irá descalza y desnuda, hará un lamento como de dragones y un duelo como de las hijas de las Sirenas, porque su plaga ha prevalecido, porque ha llegado hasta Judá, y ha tocado hasta la puerta de mi pueblo, hasta [*Al.* en] Jerusalén.

Según el orden de los pecados, así es el orden de las penas. Primero pecó Samaría, y fabricó ídolos, y en lugar del Señor adoró becerros: por tanto, que sea también la primera en perecer. La destruiré, cuando vengan los asirios, y la pondré como un montón de piedras cuando se planta una viña, de modo que [*Al.* y] sea reducida a túmulos: Y arrastraré al valle sus piedras. Pues estaba situada en los montes, donde ahora está Sebaste, en la cual también están enterrados los huesos de San Juan Bautista. Y revelaré sus cimientos. Pues tan grande será la ruina, y tan grande la subversión de la ciudad, que no solo se derrumbarán las paredes y los edificios, sino que también los cimientos serán descubiertos hasta la última piedra. Y todas sus imágenes esculpidas, y todas las riquezas que diversos reyes habían llevado a ella, serán destrozadas y quemadas con fuego, y reducidas a nada. Ciertamente, las riquezas y el múltiple ajuar, que habían sido congregados de la fornicación (como se pensaba)

de los ídolos, serán llevados a otra prostituta, es decir, a Nínive: para que así como fornicaron en su propia tierra con los ídolos que hicieron, así vayan a otra tierra de ídolos y de fornicación, es decir, a los asirios. Hasta aquí sobre Samaría.

Y porque esta misma plaga ha de llegar a Jerusalén (pues también ella pecó con un error semejante, abandonando a su Dios y fabricando ídolos), por eso el profeta hace una especie de prosopopeya (*προσωποποιάν*) de Dios, y bajo su persona introduce el afecto de quien se lamenta, y dice: Sobre esto lloraré y gemiré: andaré despojado y desnudo (pues he perdido diez tribus), y haré un lamento como de dragones y un duelo como de avestruces. Pues así como los dragones resuenan con un terrible silbido, según las historias de quienes escribieron sobre las cosas naturales, en el tiempo en que son vencidos por los elefantes; y así como los avestruces se olvidan de sus huevos, y como si no los hubieran puesto, dejan a sus crías en la arena para ser pisoteadas por las patas de las bestias (Job 39), de lo cual se escribe más plenamente en Job: así también yo, sin hijos, despojado y desnudo, andaré. Y haré esto, porque su plaga, es decir, la de Samaría, es desesperada. Y el mismo pecado, o más bien, la misma pena por el pecado, que derribó a Samaría, llegará hasta Judá, y hasta la puerta de mi ciudad, Jerusalén. Pues así como Samaría fue derribada por los asirios, así Judá y Jerusalén serán derribadas por los caldeos.

Pero como hemos entendido que Samaría es la Iglesia de los herejes, la cual, separada de Dios,

se ha convertido en un conciliábulo del pueblo, el Señor mismo amenaza con que la convertirá en un puesto de vigilancia de frutos, en un campo y en un lugar para plantar una viña. Pues es mucho mejor que una ciudad inútil sea derribada, y que las piedras con las que fue construida sean arrastradas al precipicio, y que sea preparada como un huerto y una plantación de viñas, que permanezca en su pésima construcción. Pues cuando haya sido destruida, y sus cimientos hayan sido revelados (con los cuales parecía ocultar sus misterios y tener dogmas firmes sobre los que se sostenía), y todos los ídolos que parecían tener una apariencia y una belleza compuesta con discurso artificioso hayan sido destrozados por los ministros de Dios, es decir, por hombres eclesiásticos, entonces en el lugar de la pésima edificación, nacerán diversos frutos de la Iglesia, y no solo nacerán, sino que también serán custodiados, y se plantará la viña de Sorec, de la cual se haga el vino que el Señor prometió que bebería en el reino de su Padre (Marcos 14). No solo, sin embargo, sus cimientos, que antes estaban oprimidos por la tierra, serán abiertos y sacados a la luz, y los ídolos que se habían fabricado serán destrozados; sino que también la gloria y las riquezas que parecía tener de la fornicación y de su propio error serán consumidas por mi fuego, del cual dije en el Evangelio: 'He venido a traer fuego a la tierra, ¡y cómo quisiera que ya estuviera ardiendo!' (Lucas 12:49): y serán quemadas y reducidas a nada, porque no fueron contraídas de la verdad de los dogmas, sino que fueron reunidas de la fornica-

ción del alma y del error de aquí y de allá. Pues los herejes no tienen riquezas que provengan de una herencia paterna, sino que diariamente encuentran algo que adorar, y se fabrican ídolos con mano hábil y mente curiosa.

Por esto, cuando su campo se haya convertido en un puesto de vigilancia de frutos, y preparado para viñedos, y las piedras con las que se edificó la ciudad hayan sido arrastradas a lo profundo, y sus cimientos hayan sido revelados, y todas las imágenes esculpidas hayan sido destrozadas e incendiadas, y los salarios que se prometían con vana esperanza, y todo lo que parecían adorar como a Dios, haya sido reducido a nada, porque de la fornicación del alma se habían procurado todo precio: entonces, comprendiendo su error anterior, vueltos en sí, llorarán por aquello en lo que antes reían, y se lamentarán por aquello en lo que, fornicando, antes en cierto modo se regocijaban. Y depondrán de sus pies todo lo mortífero que tenían, y estarán descalzos, porque la tierra en la que han de estar es un lugar santo, y arrojarán todas las vestiduras de su fornicación; y estarán desnudos, para que puedan revestirse de la vestidura de Cristo, y harán un lamento como de dragones. Pues también los dragones lamentarán un día, cuando vean al dragón más grande capturado, y colgando del anzuelo del pescador, y el mar desolado. Y se lamentarán como las hijas de las Sirenas, pues dulces son los cantos de los herejes, que engañan a los pueblos con voz suave. Y nadie puede pasar de largo sus cánticos, a no ser quien haya tapado su oído y escapado como si

fuera sordo. Por tanto, sin embargo, esta Samaría de tal clase llorará y se lamentará, porque, herida por la flecha del Señor y recibiendo el golpe de su palabra, reconocerá su error. Pero no solo pecó ella misma, sino que también quiso introducir su iniquidad y su error en las puertas de Judá. De donde se dice de ella: 'Llegó hasta Judá, y tocó hasta las puertas de mi pueblo, hasta Jerusalén.'

'Tocó las puertas', dice, que entendemos como los oídos. Sin embargo, no pudo entrar en medio de la ciudad: pues si hubiera entrado, habría hecho de Jerusalén una Samaría. Cuantas veces veamos a algunos de la Iglesia escandalizarse por las palabras de los herejes, y preguntar cómo responder a sus cuestiones, sin por ello apartarse de la Iglesia, digamos: 'Ha llegado Samaría', o 'la plaga de Samaría ha llegado hasta el pueblo que confiesa, hasta los oídos del pueblo de Dios, hasta los oídos de Jerusalén'. Pues esto que se dice, 'tocó hasta las puertas de mi pueblo', debe entenderse *apo koinou* (ἀπὸ κοινοῦ), de modo que se sobreentienda, 'tocó también hasta las puertas de Jerusalén'. Hasta aquí contra Samaría y contra Jerusalén; veamos también las demás cosas que siguen.

(Vers. 10 y ss.) En Gat no lo anunciéis, no lloréis con lágrimas, en la casa del polvo esparcíos de polvo; pasad, habitantes de Safir [Vulgata: hermosa], en vergonzosa confusión; la que habita en Zaanán [Vulgata: en la salida] no ha salido. La casa de Ezel [Vulgata: de la vecina] recibirá de vosotros un lamento; la que se mantuvo por sí misma, porque se ha debilitado en el bien la que

habita en Marot [Vulgata: en amarguras]; porque ha descendido el mal de parte del Señor hasta la puerta de Jerusalén. Tumulto del carro de estupor para la que habita en Laquis, es el principio del pecado para la hija de Sion: ¿pues en ti se hallaron los crímenes de Israel? Por eso dará emisarios sobre la heredad de Gat; casas de mentira como engaño para los reyes de Israel. Aún te traeré un heredero a ti que habitas en Maresá, hasta Odolam llegará la gloria de Israel.

441 LXX: Vosotros que estáis en Gat, no os magnifiquéis; vosotros que estáis en Baquim, no reedifiquéis de una casa de irrisión; esparcid con tierra vuestra irrisión, tú que habitas bien sus ciudades; no ha salido la moradora de Zaanán. Llorad por la casa junto a ella: recibirá de vosotros una plaga de dolor, ¿quién ha comenzado para bien, la que habita en dolores? porque han descendido males de parte del Señor sobre las puertas de Jerusalén. El sonido de carros y jinetes es la morada de Laquis; ella es el príncipe del pecado para la hija de Sion; porque en ti se encontraron las iniquidades de Israel. Por eso enviará emisarios hasta la heredad de Gat; casas vanas; en vano fueron para los reyes de Israel; hasta que te traiga herederos, a ti que habitas en Laquis, la heredad llegará hasta Odolam.

Mucho difiere el hebreo de la interpretación de los LXX, y tanto mi traducción como la de ellos está envuelta en tan grandes dificultades que, si alguna vez hemos necesitado del Espíritu de Dios (y siempre necesitamos su venida al exponer las sagradas Escrituras), ahora muy especialmente

deseamos que esté presente y que nos revele lo que ha hablado en los profetas, para que también de nosotros pueda entenderse lo que él mismo se digna prometer en otro lugar: Abre tu boca, y yo la llenaré (Sal. 80:11).

Gat, como atestigua también la historia de los Reyes (1 Re. XVII), es una de las cinco ciudades de Palestina, vecina al confín de Judea, y para quienes van de Eleuterópolis a Gaza, es hasta hoy una aldea muy grande, de donde era aquel Goliat geteo, a quien David mató en combate. Por tanto, como el profeta, o más bien el Señor por medio del profeta, había dicho: Lloraré y aullaré, andaré despojado y desnudo; haré lamento como los dragones y luto como los avestruces, porque la plaga de Samaria es desesperada e incurable, y ha llegado hasta Judá, y ha tocado la puerta de mi pueblo, Jerusalén, por esta razón, todavía con voz de quien llora, ordeno: No lo anunciéis en Gat, para que no oigan y se alegren los enemigos; no lloréis con lágrimas, es decir, que ni siquiera el dolor irrumpa en sollozos; disimulad el llanto, para que no se congratulen [alt. se alegren] los adversarios, que el rostro no tenga lágrimas, aunque el pecho tenga dolor, no salgáis fuera, sino en la casa del polvo, y con la ceniza que cae esparcíos con las ruinas. Pasad [alt. Pasará de] vosotras, oh morada de SAFIR, que en lengua siríaca y hebrea se dice hermosa. Pues Samaria, situada en el lugar más hermoso y fértil de Judea, todavía hoy se muestra. Se le dice, por tanto, a ella: Oh tú 442 que habitas en una región fertilísima, porque has sido confundida con ignominia, así pasa, así sé

conducida al cautiverio, de modo que por la magnitud de tus males, ni siquiera tu vecino filisteo oiga tu voz.

Además, lo que sigue: No ha salido la que habita en Zaanán, que se interpreta como salida, o como tradujo Símaco, no ha salido la morada abundante, se dice de la misma Samaria, que está a las puertas mismas del cautiverio de Asiria, y tan pronto como es movida de sus confines, entra en tierra hostil. Pues morada abundante debe entenderse en el mismo sentido que lo que ya dijimos antes, una morada hermosa. No salió, pues, la que habita [alt. habitaba] en la salida o en la abundancia por su propia voluntad, sino que fue llevada a la fuerza a los asirios. De donde la casa vecina y la que está a su lado, que se interpreta como ESEL, a saber, el reino de Judá, recibirá de vosotros un lamento, la cual por ahora, capturada Samaria, se ha mantenido firme y tuvo a Dios como defensor. Pero recibió un lamento, y fue golpeada por el terror, y fue debilitada en su bien, la que habita en Marot [alt. Ramot], es decir, en amarguras, o como tradujo Símaco, morada que provoca a la amargura, esto es: ἡ κατοικία ἡ παραπικραίνουσα; que en hebreo se dice JOSEBETH MAROTH, a causa del cautiverio de las tribus vecinas, porque descendió el mal de parte del Señor a la puerta de Jerusalén, pues el asirio, devastada Samaria, vino también a Jerusalén, en el tiempo en que Rabsaces fue enviado a insultar, de lo cual tanto el cuarto libro de los Reyes (4 Re. 18) como Isaías (Is. 36) escriben más plenamente. Allí se dice que el rey de Asiria envió desde Laquis

a Jerusalén, y después, capturada Laquis, pasó a sitiar Libná.

Vendrá, pues, oh Laquis, ciudad entregada a los ídolos, también a ti el carro y los jinetes de los asirios, porque también en ti se encontraron los crímenes de Israel, y tú fuiste el principio de la idolatría en Judá: pues a través de ti, como por una puerta, la impiedad de las diez tribus emigró a Jerusalén. Pero no solo sobre Laquis vendrá el tumulto y los carros, sino también sobre Gat, la metrópoli de Palestina, de la que dije antes: En Gat no lo anunciéis: pues el asirio enviará a sus merodeadores, a los que llama emisarios, y poseerá la casa de la idolatría y la ciudad de la mentira, que fue un tropiezo para los reyes de Israel. En cuanto a lo que 443 sigue: Aún te traeré un heredero a ti, que habitas en Maresá, aludió bellamente al nombre: pues como MARESÁ se dice heredad, llamó a la llegada de enemigos a ella como herederos, y hasta Odolam, ciudad de Judá, llegará MARESÁ, es decir, la heredad: la cual Odolam es gloriosa entre las ciudades de Israel. Finalmente, también Símaco lo tradujo así: Ἐπικληρονόμον ἄξω καὶ σοι κατοικία Μαρέσα, ἕως Ὀδολλὰμ ἥξει τῆς δόξης Ἰσραήλ, esto es, aún traeré un heredero también a ti, oh morada de Maresá, hasta Odolam llegará la gloria de Israel, es decir, tú que eres gloriosa entre las ciudades de Israel. Y donde se dice de la gloria (gloriae), debe ser el caso genitivo singular, de esta gloria, y no el nominativo plural, estas glorias. O ciertamente entendámoslo así: El cautiverio de Israel que vino sobre Laquis, y Gat, y Maresá, también llegará

hasta Odolam. Y de la gloria de Israel debe leerse más enfáticamente, para que por antífrasis (κατὰ ἀντίφρασιν) se entienda ignominia o devastación. Además, en cuanto a lo que interpretamos antes como la heredad del profeta de Moréset, sepa el lector que en el mismo versículo que citamos: Por eso dará emisarios sobre la heredad de Gat, en el hebreo, en lugar de heredad de Gat, se encuentra MARASET GET [alt. MORASSET].

Hasta aquí, según el hebreo, como hemos podido, y como nos ha parecido, ciertamente como hemos oído de los hebreos, hemos gobernado nuestra pequeña barca como entre rocas y escollos agudísimos; si ha entrado en el puerto o todavía se agita en el mar, será prudencia del lector juzgarlo. Ahora, con vuestras oraciones, procedamos a otras olas, y con el naufragio de la exposición amenazando por todas partes, escapemos, si podemos.

GET se interpreta como lagar (torcular); por tanto, los que están en Gat, es decir, en el lagar, pensando que han vendimiado el fruto de la vida y han pisado el racimo de la viña de Sorec, se ensoberbecen, ignorando que el racimo de la tierra de Judea no se encuentra en los confines de los filisteos. No os ensoberbeczáis, dice, vosotros que estáis en los lagares: Porque su viña es de la viña de Sodoma, y su vástago es de Gomorra; y su uva es de amargura, y su racimo es de hiel, y el furor de los dragones es su vino, el furor incurable de los áspides. Pues aunque produjeráis fruto (ya que vuestra vendimia no es solo de Sodoma 444 y Gomorra, sino también de Egipto y de las demás

naciones enemigas), el Señor entregará vuestro fruto a la roya, y vuestros trabajos a la langosta, y matará vuestras viñas con granizo, y vuestras moreras con escarcha. No os engañe la semejanza del vino, ni digáis que lo amargo es dulce; gustad diligentemente vuestro vino, y encontraréis, en lugar del vino de Sorec, el furor de los dragones y el veneno de los áspides. Por tanto, no os ensoberbeczáis, sino más bien humillaos bajo la mano poderosa del Señor, y pasad a aquel lagar del que, subiendo de Edom y rojo de Bosra [alt. Bosor], habla en el profeta Isaías: He pisado yo solo el lagar, y de los pueblos no hubo hombre conmigo.

De nuevo, porque hay otros entre los extranjeros (pues la provincia de los filisteos tiene muchas regiones y ciudades) que, por malas obras y sentidos contrarios a Dios, dicen: Hemos sido destruidos, pero volviendo, edifiquemos lo que ha sido destruido. De donde también son llamados los confines de la impiedad, y un pueblo con el que el Señor está airado. Se les dice a ellos: Vosotros que estáis en Baquim, no edificuéis de una casa de irrisión. BAQUIM en nuestra lengua significa lamento y llanto. De hecho, a excepción de los Setenta, todos lo han traducido como κλαυθμὸν, es decir, llanto. Vosotros, pues, que estáis en tales obras y sentimientos, que son dignos de llanto, no restauréis una edificación pésima, ni consideréis vuestra construcción como la de Dios, ni edificuéis sobre la arena (Mt. 7), no sea que cuando venga la tempestad y vuestra casa se derrumbe, vuestro trabajo vano provoque la risa de los que lo ven. Más bien, entendiendo que

vuestra edificación es digna de irrisión, esparcid vuestras cabezas con sus ruinas y polvo, y haced penitencia, porque quisisteis edificar sin consejo una casa destinada a caer.

Sigue: La que habita bien en sus ciudades, la moradora de Zaanán no ha salido. Esto me parece que tiene este sentido: Vosotros que os ensoberbecéis en Gat y en Baquim, en vano intentáis edificar una casa digna de risa; esparcíds de polvo y haced penitencia, porque quisisteis prensar un vino detestable y construir una edificación contraria a Dios. Pero la Iglesia de Cristo, que habita bien, y posee Iglesias en todo el orbe, está unida en la unidad del espíritu, y tiene 445 las ciudades de la Ley, los profetas, el Evangelio y los apóstoles, no ha salido de sus propios confines, es decir, de las sagradas Escrituras; sino que retiene la posesión que comenzó; porque habita en Zaanán, que, como dijimos antes, Símaco interpretó como abundancia; pues tiene al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, con quienes están todas las gracias espirituales y la plenitud de las virtudes. De donde se le dice a ella: Haya paz en tu fortaleza, y abundancia en tus torres (Sal. 121:7).

Pero vosotros, que habitáis junto a Zaanán, es decir, junto a la Iglesia abundante, oh herejes, oh dogmas contrarios, llorad por vosotros mismos, porque os habéis edificado una casa para irrisión, y habéis pisado el lagar con soberbia, y no en las Escrituras, sino en la vecindad de las Escrituras habéis construido vuestra casa, ya no digna de risa, sino de lamento y lágrimas. De donde se añade, llorad por la casa que está junto a ella, es

decir, junto a Zaanán. Pero esto que también se añade, recibirá de vosotros una plaga de dolor, se dice a los mismos herejes, a quienes se les ordena llorar por la casa vecina a la Iglesia, porque el enemigo y vengador, el diablo, a quien han de ser entregados para suplicio, él mismo les infligirá plagas, y les arrancará el dolor de las plagas por su pésima edificación. Estas se infligen por esta razón, para que, sintiendo los pecados que habían cometido, hagan penitencia, y la morada de los dolores sea para ellos ocasión de bienes. O bien, se indica un dolor para la Iglesia, que llora a sus antiguos hijos, y ella misma sea la causa de la salvación de los herejes, si quisieran volver a su madre afligida.

Además, en cuanto a lo que se añade: Porque han descendido males de parte del Señor sobre las puertas de Jerusalén: tanto los marcionitas como los maniqueos usan esta escritura, con el pretexto de que el Dios de la Ley es el creador de los males. Digamos que los males descendieron del Señor de la misma manera que el Salvador habla en el Evangelio: Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo (Lc. 10:18). Pues así como allí cayó del cielo Lucifer, que por la mañana nacía (Is. 14), y fue quebrantado sobre la tierra el que era enviado [alt. se enviaba] a las naciones: así también estos males que cayeron de parte del Señor y llegaron a las puertas de Jerusalén, antes de caer no eran males; pero porque se apartaron del Señor, por eso se hicieron males. Y para que conozcamos las asechanzas de los malignos: vieron, dice, a las puertas de Jerusalén, las cuales,

porque son firmes y adamantinas, son cerradas por los apóstoles, a quienes se han confiado las llaves de Jerusalén: ante ellas rondan los enemigos, 446 y a quienes ven salir, los matan.

Si alguno, por tanto, es de Jerusalén, la que habita bien en sus ciudades, no sale, puesto que habita en la abundancia; sino que siempre permanece dentro, ni sale de sus puertas, pues quien sale de ellas es muerto; y es muerto por aquellos que se enaltecen en Gat, y habitan en Baquim, y edifican una casa para irrisión. Finalmente, los males que descendieron del Señor a las puertas de Jerusalén solo tienen el estrépito de los carros y el tumulto de los caballos, y un sonido confuso ante las puertas de Jerusalén, para que con la lanza de su boca maten a cuantos vean vagar.

Después de esto está escrito: Tú que habitas en Laquis: ella es el príncipe del pecado para la hija de Sion. Laquis se interpreta como πορεία ἑστίν, es decir, caminata o jornada. Y así, estos que han subido a sus carros, y tuvieron jinetes, y solo un clamor y un sonido vano, a quienes habló la que habita bien en sus ciudades: estos confían en carros y aquellos en caballos, pero nosotros invocaremos el nombre del Señor nuestro Dios (Sal. 19:8); porque movieron sus pies, y fueron llevados por todo viento de falsa doctrina (Ef. 4), y quisieron salir de la Iglesia, que se interpreta como atalaya, es decir, Sion, fueron los príncipes del pecado para la hija de Sion. Y en ella, es decir, entre los latinos, se encontraron las impiedades de Israel, que separaron al pueblo del prístino reino de Dios. El príncipe del pecado para la hija

de Sion, por tanto, es la que habita en Laquis, es decir, una caminata pésima, con paso continuamente vacilante, y la impiedad de Israel está en aquellos que siempre mueven sus pies, y se dice que habitan en Laquis.

También se darán emisarios hasta la heredad de Gat: esa pésima Gat, y el lagar de los venenos, que se edifica contra la casa de Dios, donde hay casas vanas, que fueron edificadas para irrisión. Y estas casas vanas, en vano fueron hechas para los reyes de Israel. En cuanto pertenece a la historia, para aquellos reyes cuyos pecados están escritos en los libros de los Reyes y de las Crónicas; pero en cuanto pertenece al sentido anagógico (anagogen), para los líderes de los herejes y los jefes de los dogmas perversos; pues para ellos las casas son vanas y construidas en vano. Y perseveran por tanto tiempo, hasta que las posean los herederos que han de ser traídos por el Señor.

Después de esto sigue: Tú que habitas en Laquis, la heredad llegará hasta Odolam. Odolam se interpreta como testimonio del sacar agua, o de su extracción, lo que en griego se dice más significativamente 447 como μαρτυρία ἀντλήσεως αὐτῶν. Leemos en los Proverbios: Si eres malo, tú solo sacarás los males (Prov. 9:21). Por tanto, la que habita en Laquis, es decir, en un camino pésimo, llegará hasta el testimonio de su agotamiento, que agotará y beberá según la medida de sus obras. O ciertamente debe distinguirse así, de modo que lo que se dice, tú que habitas en Laquis, se refiera a lo anterior, y el orden y el sentido sea: Te traeré herederos de la Iglesia, a ti que habitas

en Laquis, porque también tú serás de la heredad del Señor, cuando hayas sacado y recibido lo que mereces.

Al final del capítulo, suplico al lector que no considere la necesidad como voluntad, ni que estime una exposición prolija como verbosidad, sino que más bien se maraville de que en lugares tan ásperos yo encuentre algo, que de que no omita nada de lo que debe decirse.

(Versículo 16.) Hazte calvo y córtate el pelo por los hijos de tus delicias; ensancha tu calvicie como el águila, porque han sido llevados cautivos de ti. Setenta: Gloria de la hija de Israel, hazte calvo y córtate el pelo por tus hijos delicados: ensancha tu calvicie como el águila, porque han sido llevados cautivos de ti. Esto que fue dicho por los Setenta, 'gloria de la hija de Israel', añadiendo 'hija', los hebreos lo leen al final del capítulo anterior. Pero a nosotros, que así lo habéis querido y una vez lo hemos aceptado, nos incumbe la necesidad de interpretar las Escrituras tal como se leen en la Iglesia, y no obstante, no omitir la verdad hebrea. Se dice, pues, a Israel por ahora según la letra, para que entendamos o las diez tribus en Samaria, o en común a todo Israel; porque el pueblo ha sido llevado cautivo, y toda Judea ha sido devastada por los asirios y babilonios, que asuman el lamento y lloren a sus hijos. Y así como el águila, que es la reina de las aves, en cierto tiempo pierde sus plumas y queda implume, así también Israel deponga toda su gloria, de la que antes estaba rodeado, y llore a sus hijos, sometidos al poder de los enemigos. Además, que el

águila suele perder sus plumas en cierto tiempo, también está escrito en el Salterio: 'Se renovará como la del águila tu juventud' (Sal. 102:5). Y el poeta cómico en su *Heautontimorumenos* dice: 'Verdaderamente pareció lo que se suele decir, la vejez del águila' (Terencio, Acto III, esc. 2). Pero si quisiéramos entender esto mismo también sobre el tiempo presente de la ruina judaica, veremos que toda la gracia con la que en otro tiempo floreció ante Dios se ha apartado de ellos por completo. ¿Pues dónde está el profeta? ¿Dónde el doctor de la Ley? ¿Dónde la protección de los Ángeles? ¿Dónde la inesperada [alternativamente, esperada] victoria de pocos contra muchos? Ha sido rapada Jerusalén, que perdió toda la cabellera de su antigua gloria (Isaías 33:18; 1 Cor. 1), y sus hijos, que clamaron contra el Señor, 'crucifícalo, crucifícalo' (Juan 19:6), han sido llevados a la cautividad. He leído en los Comentarios de cierto autor que esto que se dice, 'hazte calvo y córtate el pelo por los hijos de tus delicias', puede entenderse de la condición humana: de modo que la palabra de Dios se dirija a Adán, o a la Jerusalén celestial. ¡Oh alma humana! Oh ciudad, en otro tiempo madre de los santos, que antes estabas en el paraíso, y gozabas de las delicias de diversos árboles, y tenías una cabellera hermosísima: ahora, porque has sido arrojada de las alturas y llevada a Babilonia, y has llegado a un lugar de cautiverio, y has perdido tu cabellera, rápate y asume el hábito de penitente, y tú que antes volabas como un águila en las alturas, llora a tus hijos, llora a tu prole, que ha sido llevada cautiva de ti.

(Capítulo II, Versículo 1 y sig.)

Ay de vosotros que pensáis lo inútil y obráis el mal en vuestros lechos: a la luz de la mañana lo hacen, porque su mano está contra Dios, y han codiciado campos y los han tomado con violencia, y han arrebatado casas, y calumniaban a un hombre y a su casa, a un hombre y a su herencia. Por eso, así dice el Señor: He aquí que yo pienso un mal sobre esta familia, de donde no quitaréis vuestros cuellos, y no caminaréis soberbios: porque es un tiempo pésimo. En aquel día se tomará sobre vosotros una parábola, y se cantará un cántico con dulzura de los que dicen: Por la despoblación hemos sido devastados: la parte de mi pueblo ha sido cambiada. ¿Cómo se alejará de mí, cuando regrese el que ha de dividir nuestras regiones? Por esto, no habrá para ti quien eche el cordel de la suerte en la asamblea del Señor.

LXX: Se convirtieron en pensadores de fatigas y obradores de males en sus lechos, y al mismo tiempo en el día los consumirán: porque no levantaron sus manos a Dios, y deseaban campos, y saqueaban a los huérfanos, y oprimían las casas, y arrebataban a un hombre y su casa, a un hombre y su herencia. Por tanto, así dice el Señor: He aquí que yo pienso males sobre esta tribu, de los cuales no quitaréis vuestros cuellos, para que no andéis erguidos; de repente, porque es un tiempo pésimo. En aquel día se tomará sobre vosotros una parábola, y se lamentará un lamento en un cántico de los que dicen: Con miseria hemos sido hechos miserables, la porción de mi pueblo ha sido medida con un cordel, y no había quien se lo

impidiera, para que se apartara. Nuestros campos han sido divididos: por esto, no habrá para ti quien eche el cordel en la heredad.

Lo que hemos puesto al final del capítulo según el hebreo, "en la asamblea del Señor", por lo cual los Setenta tradujeron, "en la Iglesia del Señor", es, según la edición Vulgata, el principio del capítulo siguiente. Y por lo tanto, lo discutiremos en aquél, si el Señor lo ordena. Ay, por tanto, de vosotros, oh asamblea de los judíos, que tanto pensáis el mal como lo consumáis con la obra. Y contamináis con estupros los lechos dados para el descanso: y cualquier iniquidad que tramáis de noche, como si no fuera lícito posponerla, os apresuráis a cumplirla tan pronto como amanece el día, sin considerar que vuestra mano es fuerte contra el Señor. Y para que la Escritura enseñara qué era lo que pensaban de noche y hacían de día, lo expone por partes. "Codicieron", dice, "campos, y los tomaron con violencia": y "casas", se sobreentiende, codiciaron, y las que habían codiciado, las saquearon: y no solo calumniaban a los hombres y sus casas, sino que también devastaban con boca rabiosa a sus descendientes, que merecían misericordia por su tierna edad. Porque, por tanto, habéis hecho estas cosas, y habéis pensado lo inútil, también yo, el Señor, pensaré un mal sobre esta familia: no que sea malo lo que yo pienso, sino que a los que lo padecen les parece malo lo que inflijo: lo cual os oprimirá de tal manera que no podréis levantar vuestros cuellos, ni caminar soberbios, a saber, vosotros a quienes el tiempo de la cautividad había oprimido.

Entonces se pronunciará sobre vosotros una parábola, y vuestras miserias se convertirán en un cántico: "Hemos sido devastados por la desolación, ¡oh porción de mi pueblo! Mi templo", dice, "el cual yo solo poseía en mayor grado entre las demás gentes, será convertido en ruina". ¿Cómo se alejará de mí el asirio, cuando regrese para distribuirse mis campos por sorteo? Por tanto, oh familia de Israel, sobre la cual yo medito el mal, no tendrás parte en la herencia de los justos. Pero esto mismo puede también entenderse de la cautividad final, que todas estas cosas les sucedieron porque crucificaron al Señor, de tal modo, sin embargo, que se discuta la edición de los Setenta intérpretes.

Pues la gloria de la hija de Israel ha sido decalvada y rapada por sus hijos otrora delicadísimos, y si algo de cabello renació después, fue truncado por otra posterior rasura y tonsura. Entonces todos sus consejos se convirtieron en fatiga, y lo que planearon, mientras su mente y su alma dormían, les trajo trabajos; y todo lo que obraron, tan pronto como apareció la luz de Cristo y su venganza, fue conturbado. Pues aunque habían leído que Israel vencía cuando Moisés levantaba sus manos al Señor, y que era vencido por Amalec cuando Moisés bajaba sus brazos cansados (Éxodo 17), no levantaron sus manos al Señor, sino que, perpetrando toda clase de crímenes contra los pobres y el pueblo del Señor, desearon campos, y saqueaban las casas de los huérfanos, y despojaban al hombre juntamente con su mujer, sus hijos y su hacienda. Por eso el Señor meditó (o, meditaba)

males sobre aquella tribu —de ninguna manera las doce tribus, sino la tribu manchada por la malicia y el crimen—, de los cuales no pudieron levantar su cerviz, ni caminar rectamente. Finalmente, hasta el día de hoy están sometidos al imperio romano, y son oprimidos por el yugo de la cautividad, y no levantan sus cuellos.

Sin embargo, lo que sigue, ἐξαίφνης, es decir, "súbitamente", no se encuentra en los volúmenes hebreos, y no obstante puede concordar de tal modo con el presente pasaje que digamos: "Por tanto, así dice el Señor: He aquí que yo medito males súbitamente sobre esa tribu, de los cuales no puedan (o, no pueden) levantar sus cervices, y por eso no podrán levantarlas, porque es un tiempo malo". Pues así como obraron males contra el Señor Jesús, así sufrirán los males de una cautividad perpetua, y llegarán a tal angustia que todos sus cánticos y salmos se convertirán en luto. Y el pueblo no sabrá decir otra cosa sino esto: "Hemos sido hechos desdichados por la miseria".

Pues la tierra de la promesa, que primero había sido dividida por sorteo al otro lado del Jordán para dos tribus y media, echando Moisés el cordel, y después fue repartida por Josué hijo de Nun a las tribus restantes, esta tierra fue dividida entre los gentiles por un agrimensor romano; y no hubo nadie que lo prohibiera, sino que, como él domina a todas las naciones, no hay nadie entre los judíos que posea el antiguo suelo con su prístina libertad.

Pero si quisiéramos seguir la tercera exposición, que todo el discurso, del que hablé más

arriba, se dirige al alma humana, la cual, habiendo caído del paraíso, ha venido a la cautividad de este mundo, veremos que todo nuestro pensamiento es trabajo y dolor, y nuestros lechos están llenos de males, y la misma luz que se ve está mezclada con tinieblas; y lo que tratamos de noche, lo completamos en la oscuridad. Pues, ¿quién de nosotros levanta a Dios manos santas sin ira y sin malos pensamientos? ¿Quién no desea las villas de este siglo, olvidado de las posesiones del paraíso? Verás a unos juntar campos a campos, y linderos a linderos, y que las tierras de las ciudades no son suficientes para el pequeño cuerpo de un hombre. Por eso el Señor medita males sobre nosotros, de los cuales no podemos levantar nuestras cervices, ni andar rectos, porque el tiempo es pésimo, según las palabras de Juan, que dice: "El mundo está puesto en el maligno" (1 Juan 5:19). Lo mismo significa también aquella hija de Abraham en el Evangelio, el alma noble a quien Satanás había atado y encorvado, y que no pudo ser erguida a lo alto antes del advenimiento del Señor, ni mirar (o, recibir) a su Creador. De donde el Salvador dice: "¿Y a esta", dice, "hija de Abraham, a quien Satanás había atado, no convenía soltarla de esta atadura en día de sábado?" (Lucas 13:16). Porque, por tanto, toda nuestra gloria ha sido rapada, y hemos ensanchado nuestra "rasura", o "nuestra desnudez" (pues así se encuentra en algunos códigos), han sido enviados quienes nos lloren con Jeremías, y pronuncien sobre nosotros una parábola, y digan con el Apóstol: "Lloraré por muchos que pecaron

y no hicieron penitencia" (2 Cor. 12:21). Pues, ¿quién no llorará al ver las almas humanas poseídas por demonios y diversos vicios como si fueran un ajuar variado? Un demonio lanza el cordel de la fornicación, otro el de la avaricia; aquél tiende las líneas del homicidio, éste las del perjurio: una parte del pueblo de Dios es dividida por el cordel; y los campos, en otro tiempo de santidad y del paraíso, con cuyo aroma se deleitaba Isaac en su hijo Jacob (Gén. 27), han sido entregados a los asirios y al rey de Babilonia. Y mientras las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos, el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza (Mat. 8).

He expuesto, según lo permitían las estrecheces de mi pequeño ingenio, tanto la primera cautividad del pueblo por los asirios y babilonios, como la segunda por los romanos, porque crucificaron al Señor, y la tercera, espiritual, por la cual cada uno de nosotros cayó con Adán del paraíso y se encuentra en la cautividad de este mundo, de la cual, cuando venga el Señor, "levantará a los oprimidos y soltará a los encadenados" (Salmo 144); y a los que antes eran cautivos del diablo, los conducirá de nuevo a su posesión, y se cumplirá la palabra del Salmista que dice: "Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad" (Salmo 67:19). Según esta exposición, puede entenderse también una cuarta cautividad acerca de la Iglesia, de la cual cada uno sale por el pecado, y después es conducido de vuelta a Jerusalén por Esdras, que se interpreta como "ayudador", es decir, por la palabra de Dios (1 Esdras 7).

Pero si alguien, habiendo meditado en la Ley del Señor día y noche, ha tenido mayor celo, mayor ingenio, ocio y gracia, y puede decir algo más probable sobre el presente capítulo, no lo envidio, no lo desprecio; más bien, deseo aprender de él lo que ignoro, y con gusto me declararé su discípulo, con tal de que enseñe y no denigre. Pues nada es tan fácil como para una persona ociosa y adormilada disputar sobre el trabajo y las vigiliass de otros.

(Vers. 6-8) 'No habléis, los que habláis; no goteará sobre estos, no los alcanzará la confusión', dice la casa de Jacob. ¿Acaso se ha acertado el espíritu del Señor, o son tales sus pensamientos? ¿No son mis palabras buenas para el que camina rectamente? Y, por el contrario, mi pueblo se ha levantado como adversario; habéis quitado el manto de sobre la túnica, y a los que pasaban sencillamente, los habéis convertido en guerra.

LXX: En la Iglesia del Señor, no lloréis con lágrimas, ¿ni lloren sobre esto? pues no desechará los oprobios, que dice: La casa de Jacob provocó al espíritu del Señor, si estas son sus invenciones: ¿no son sus palabras buenas con él, y no anduvieron rectamente? Y antes mi pueblo se opuso con enemistad a su propia paz: desollaron su piel, para quitar la esperanza de la contrición de la guerra.

'No habléis', dice, 'los que habláis'; lo cual Áquila interpretó: 'no goteéis, los que goteáis', ya que en el idioma hebreo, a la elocuencia, por el hecho de que fluye y llega a los oídos de los oyentes, a semejanza de la lluvia que desciende, se la

llama 'goteo'. No os engañéis, oh casa de Jacob, y digáis para consuelo mutuo: 'Dios es bueno; no vendrá el cautiverio que tememos'. ¿Acaso su abundante misericordia, y su clementísimo espíritu, que ha surgido amplia y abundantemente para todos, se acortará y será severo solo para con nosotros? ¿O son sus pensamientos de tal clase como los que vemos en los hombres, que guarde una ira antigua y se excite a la venganza con furor repentino? A lo cual respondió el Señor: Ciertamente soy bueno, y mis palabras suenan a clemencia; pero para aquellos que andan por el camino recto. Pero aquel que —no digo hace mucho, sino ayer— veneró ídolos para mi deshonra y, en cuanto estuvo en él, tomó armas tiránicas contra mí; que despojó al pueblo infeliz del auxilio de Dios y, como si fuera, quitó el manto de sobre la túnica; que volvió a los sencillos creyentes y a los que se sometían a la autoridad de sus mayores a la guerra contra mí, ¿acaso no goteará sobre él el Señor y no lo apresará la confusión?

Ahora bien, en cuanto a lo que nosotros traducimos: 'Y, por el contrario, mi pueblo se ha levantado como adversario'; como la palabra MUL () significa tanto 'contrario' como 'el día de ayer', Símaco lo tradujo más claramente diciendo: 'un día antes mi pueblo resistió como un enemigo', para resolver la cuestión de que Dios no imputaba al pueblo los vicios pasados, sino los recientes, y los que parecían cometidos como el día anterior. Esto es según la interpretación hebrea; por lo demás, los intérpretes de la Septuaginta en este pasaje no son en absoluto coherentes entre sí. Pues,

a lo que se dijo antes, 'En la Iglesia del Señor, no lloréis', ¿qué consecuencia se sigue para que se infiera 'pues no desechará los oprobios', que dice, 'la casa de Jacob provocó al espíritu del Señor'? Pero también aquello que sigue: 'Si estas son sus invenciones: ¿no son [o: no] sus palabras buenas con él, y anduvieron [o: andarán] rectamente'? ¿A qué se refieren, en lo posterior, las palabras que se dicen: 'Y antes mi pueblo se opuso como adversario, contra su propia paz, desollaron su piel, para quitar la contrición de la guerra'?

Me parece, sin embargo, en un pasaje muy difícil, que el sentido puede ser restituido o expresado así, si es que el lector prudente asiente a nuestro razonamiento. Así pues, se le manda a la Iglesia que no tenga tristeza ni solicitud por las cosas del siglo, ni por los daños que suelen ocurrir en este mundo, y se dice a sus habitantes: Oh vosotros que estáis en la Iglesia del Señor, alegraos siempre, y por cualquier cosa que os suceda de sus juicios, dad gracias. Y no digo esto porque no debáis llorar —pues 'Bienaventurados los que lloran, porque ellos reirán' (Lucas 6:21)—, sino que advierto esto: que no os lamentéis por las cosas del siglo. Si ha muerto algún pariente, si el fisco ha embargado vuestros bienes, si la gota o cualquier otra enfermedad ha oprimido vuestro cuerpo, no lloréis, no derramáis lágrimas, ni consideréis las cosas presentes, sino las futuras, y afligíos más bien por habitar más tiempo en este tabernáculo de muerte. Más bien, guardaos de esto: de no insultar a los caídos y de no considerar la ruina ajena como vuestra edificación; que cada

uno se mida por sus propias fuerzas, no por la debilidad de otro. De lo contrario, ¿qué justicia es esta, que las ramas del olivo silvestre insulten a las ramas del olivo, que fueron quebradas por su incredulidad (Rom. 11), y digan: 'La casa de Jacob provocó a ira al espíritu del Señor, matando a los profetas, adorando ídolos, crucificando al Hijo de Dios'? Quien hace esto no estará libre de oprobio, y con la medida con que juzgó, se le juzgará a él; y así como él habla de los pecados del que ha caído, así otro insultará su ruina.

Sigue: 'Si estas son sus invenciones: ¿no son sus palabras buenas con él, y anduvieron rectamente?' Que el pueblo judío tropezara, dice, para que entrara la plenitud de los gentiles, es parte de la dispensación de Dios, para que después, creyendo Israel, todos se salvaran y todos necesitaran de la misericordia de Dios. De donde también el Apóstol, llegando a la cuestión de este pasaje (ibid.), proclama que el profundo abismo de la sabiduría y de la ciencia y de los juicios de Dios es inescrutable. Si, por tanto, son invenciones y pensamientos de Dios que se quiebran las primeras ramas del olivo y se injerten otras del olivo silvestre, no debes insultar, sino temer no sea que caigas, ni estimes que en eso complaces a Dios, si lees sus palabras, es decir, sus Escrituras. Entonces las Escrituras aprovechan al que lee, si lo que se lee se cumple con la obra. Si, hablando de las Escrituras, puedes decir: '¿Buscáis una prueba de que es Cristo quien habla en mí?' (2 Cor. 13:3)? Pues el Señor dará la palabra a los que evangelizan con gran poder (Sal. 67:12): y

'Sube a un monte alto, tú que evangelizas a Sión, y alza tu voz con fortaleza, tú que evangelizas a Jerusalén' (Is. 40:9). Y de este modo las palabras de Dios son buenas, si están con él, es decir, si Dios no abandona al predicador cuyo corazón y labios concuerdan. Por lo demás, para aquel que confiesa con los labios, pero su corazón está lejos de Dios, y que narra sus justicias, y toma su testamento en su boca, y se mancha con la inmundicia de los pecados, con este no están las buenas palabras de Dios. Y no solo del pecador, sino también de aquel que no tiene la gracia espiritual —es decir, de profecía y de doctrina, y de interpretación, y de los carismas mayores—, esto debe decirse: que un hombre de tal clase, si quisiera dar razón de las causas de los elementos y de su fe, y de por qué Dios, que es bueno y Creador de todos, vino solamente a los judíos, y ya en el último siglo llamó a las naciones, no tiene consigo las buenas palabras de Dios; sino que por su propia impericia contamina incluso aquellas palabras de Dios que son buenas, las cuales palabras caminan rectamente y requieren oídos rectos.

Y estas cosas, en verdad, el Señor las manda al pueblo sucesor, y a la Iglesia congregada de entre los gentiles, que no insulte a la generación anterior, y que no se exponga a oprobios por insultar. Pero Él mismo, que es el juez verdadero y habla sin perturbación, refiere cómo en su pasión Israel le fue contrario, y que hizo esto no porque pudiera dañar a su Creador, sino porque perpetró todas las cosas contra su propia paz. De donde también es la palabra a Jerusalén: 'Si

conocieras las cosas que son para tu paz' (Lucas 19:42). Pero, perdida la paz, desollaron su propia piel, es decir, se quitaron el auxilio de Dios con el que eran protegidos, y dejaron sus carnes como desnudas, sin piel ni cobertura, de modo que todo lo que parecía hermoso, mientras la misericordia de Dios lo cubría desde arriba, esto, al retirarse aquella, ofreciera su fealdad a los que miraban. Pero al retirarse la paz y el auxilio de Dios, porque se habían resistido al Señor, de quien se dice: 'El Señor que quebranta las guerras, el Señor es su nombre' (Judit 16:3), no pudieron resistir a sus adversarios, sino que fueron vencidos en toda contienda, y no hubo quien quebrantara contra ellos las guerras nacientes, según la doble clase de enemigos: ya sea los hombres que los llevaron cautivos, ya sea la fortaleza de los adversarios que diariamente degollaban sus almas blasfemando.

A las mujeres de mi pueblo las habéis arrojado de la casa de sus delicias; de sus pequeños habéis quitado mi alabanza para siempre. Levantaos e id, porque no tenéis aquí descanso; por su inmundicia será corrompida con una podredumbre pésima.

La interpretación de los Setenta (si es que es de los Setenta; pues Josefo escribe, y los hebreos transmiten, que solo los cinco libros de la ley de Moisés fueron traducidos por ellos y entregados al rey Ptolomeo) difiere tanto en el presente pasaje de la verdad hebrea que no podemos ni comparar los puntos principales ni explicar simultáneamente sus sentencias. Por esta razón, discútase primero nuestra traducción, y después

volveremos a la de ellos. El discurso es todavía contra el pueblo de Dios, al cual ya había dicho antes: *Por el contrario, mi pueblo se ha levantado como un adversario; habéis quitado el manto de encima de la túnica*, porque no solo hicieron esto, sino que también hicieron que las mujeres, es decir, las matronas antes delicadas, fueran al cautiverio, o, bajo una metáfora, las ciudades de Judea, a las que en Isaías también llama hijas de Sión (Isaías 26), porque Sión era la metrópoli. También de sus pequeños, dice, habéis quitado mi alabanza para siempre; no quedó nadie en el pueblo, pues todos fueron muertos o capturados, que pudiera cantar mis salmos; e incluso los pocos que sobrevivieron en Babilonia testifican que no pueden cantar. *¿Cómo*, dicen, *cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña?* (Salmo 136:4). Levantaos, pues, e id al cautiverio, porque en esta tierra no tenéis descanso, la cual ha sido contaminada por vuestros crímenes y no podrá ser purificada si antes no celebra un largo sábado. Por esto, además, os digo: no tenéis aquí descanso, porque vuestra tierra está contaminada y será corrompida con una podredumbre pésima, a saber, por la cautividad babilónica o la romana, porque bebió la sangre del Señor; pues puede entenderse según la verdad de ambas historias.

Los jefes de mi pueblo serán arrojados de las casas de sus delicias; por sus malas invenciones han sido arrojados.

Esto puede entenderse tanto de manera general sobre los príncipes del pueblo judío, los sacerdotes y los fariseos, que después de la pasión del

Señor fueron arrojados de la ciudad de sus delicias, en la que antes habían vivido lascivamente por sus malas invenciones, como específicamente de la estirpe de David, porque tan pronto como nació el Señor, faltó el príncipe de Judá y el caudillo de sus lomos (Génesis 49), al venir Aquel para quien estaba reservado y al aparecer la expectación de las gentes. Pero el discurso profético también describe a los príncipes de la Iglesia que abundan en delicias y creen conservar su pudor en medio de banquetes y lascivias, que han de ser arrojados de sus espaciosas casas, de sus espléndidos convites y de los manjares conseguidos con mucho trabajo, y arrojados por sus malos pensamientos y obras. Y si quieres saber a dónde han de ser arrojados, lee el Evangelio: a saber, *a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes* (Mateo 22:13): [¿No es acaso una confusión y una ignominia predicar a Jesús crucificado, maestro, pobre y hambriento, con cuerpos hartos, y proferir la doctrina de los ayunos con mejillas sonrosadas y rostros hinchados? Si estamos en el lugar de los Apóstoles, no solo imitemos su palabra, sino que también abracemos su modo de vida y su abstinencia.] Ciertamente es santo el ministerio de los Apóstoles de servir a las viudas y a los pobres (Hechos 6:2). *No es justo*, dicen, *que, abandonando la palabra de Dios, nos dediquemos a servir a las mesas*. Pero ahora, no digo a los pobres, no digo a los hermanos, y a los que no pueden invitar a su vez (de quienes, excepto la gracia, ninguna otra cosa debe esperar la mano episcopal), sino que el sa-

cerdote de Cristo invita a comer a soldados y a los que están ceñidos con la espada, y a jueces, mientras centuriones y tropas de soldados montan guardia ante sus puertas. Los clérigos recorren toda la ciudad: buscan ofrecer a los jueces cosas que ellos en sus pretorios o no pueden encontrar, o ciertamente, si las encuentran, no las compran. En verdad, no debe pensarse que esta invectiva se dirige de manera general a todos; sino que el discurso profético golpea a los que son tales; y les amenaza con suplicios y tinieblas sempiternas: para que los que no se contienen por el pudor y la vergüenza, hagan penitencia al menos por la amenaza de los castigos.

LXX: Acercaos a los montes eternos. Podemos entender los montes eternos como los Ángeles o los profetas, de quienes también está escrito en el salmo: Sus cimientos están en los montes santos (Sal. 86:1). Y en otro lugar: He levantado mis ojos a los montes, de donde vendrá mi auxilio (Ibíd. 120:1). Además, se acerca a los montes eternos quien no está separado por sus pecados de la compañía de los bienaventurados: así como Moisés se acercaba a Dios, no por lugar, sino por mérito. Y a aquellos que se acercaban a los montes eternos, el Señor mismo les hablaba. Yo soy un Dios cercano, y no un Dios lejano (Jer. 23:23). Pero se les llama montes eternos para distinguirlos de los que no son eternos, es decir, el principio de los montes tenebrosos de este siglo: los cuales, cuando hayan sido erigidos como un cedro del Líbano que pasa con el mundo, no se podrá encontrar su lugar.

LXX: Levántate y anda, porque no hay aquí descanso para ti. Se nos manda no pensar que hay descanso para nosotros en ninguna cosa del mundo; sino, como resucitando de entre los muertos, tender a lo sublime, y caminar en pos del Señor nuestro Dios, y decir. Mi alma se ha adherido a ti (Sal. 62:9). Pero si descuidamos esto, y no queremos oír al que dice: 'Despierta, tú que duermes, y levántate, y te iluminará Cristo' (Ef. 5:14), dormiremos ciertamente, pero sere-
mos engañados, y no encontraremos descanso, porque donde Cristo no ilumina al que resucita, lo que parece ser descanso es tribulación.

LXX: Por la inmundicia habéis sido consumidos con corrupción. En lugar de lo que dijimos, 'habéis sido consumidos,' puede, según la inteligencia griega, sonar en el discurso latino como, 'habéis sido corrompidos': de modo que el orden sea, por la inmundicia habéis sido corrompidos con corrupción. Esto, sin embargo, se dice a aquellos que, sirviendo al placer del cuerpo y de la lujuria, corrompen no solo su alma, sino también su cuerpo, siendo amantes de los placeres más que amantes de Dios. También podría haber dicho, por la inmundicia habéis sido corrompidos, y el sentido habría quedado completo incluso sin 'con corrupción'. Ahora bien, porque dice, 'habéis sido corrompidos con corrupción,' me parece que lo dijo para distinguirlo de una corrupción saludable: según la cual también habla el Apóstol: Y aunque nuestro hombre exterior se corrompe, sin embargo, el interior se renueva de día en día (2 Cor. 4:16). Quien siempre lleva la mortifi-

cación de Jesús en su cuerpo, y corrompe al hombre exterior, y somete la carne al imperio del alma, este ciertamente se corrompe, pero no con corrupción, porque su corrupción es saludable.

Habéis huido, sin que nadie os persiguiera. Esto se dice a aquellos que, por la inmundicia, han sido corrompidos con corrupción, que la conciencia de sus pecados hace que no se atrevan a resistir a sus enemigos y luchar, incluso sin castigos.

De donde también los temerosos en la batalla de los santos, para que no aterroricen las mentes de sus hermanos, son expulsados del campamento y repelidos de la línea de batalla (Deut. 20), y en las maldiciones del Levítico la palabra se dirige a hombres de este tipo: 'Os perseguirá la voz de una hoja que vuela, y huiréis, sin que nadie os persiga' (Lev. 26:36). Sé que he leído en los comentarios de cierto autor, que exponía el principio del evangelista Juan: 'Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada fue hecho', que refirió esto que se dice, 'nada', a la malicia: y de nuevo, que interpretó la malicia misma como el diablo, y por este paso, por así decirlo, entendió que lo que fue hecho sin Cristo, 'nada', era el diablo. Si, por tanto, la malicia, o el diablo, es nada, y huyeron los que han sido corrompidos con corrupción, sin que nadie, es decir, sin que nada los persiguiera, entonces el diablo los ha perseguido en la nada. Pero si a alguien le parece esto demasiado forzado, y disertado con el artificio de la elocuencia más que con una verdadera interpretación contra

la simplicidad de la Escritura, que siga la exposición anterior o la que él mismo encuentre.

(Versículos 11, 12) Ojalá no fuera yo un hombre que tiene espíritu, y que más bien hablara mentira. Destilaré para ti en vino y en embriaguez, y será sobre quien se destila este pueblo. Con una congregación [Alt. Congregando] congregaré a Jacob, a todo tú: reuniré en uno las reliquias de Israel igualmente.

Y en este capítulo, los Setenta intérpretes discrepan mucho del hebreo. Por lo tanto, expongamos primero según lo que nos ha sido transmitido por los hebreos, y después, si el Señor quiere, trataremos de la traducción de ellos. Oh pueblo judaico, a quienes pertenecen las promesas, de quienes son los testamentos y la ley, y de quienes procede Cristo según la carne (Rom. 9), a quien, ante la inminencia de los babilonios o de los romanos, he dicho: 'Levantaos e id al cautiverio, porque no hay para vosotros descanso en esta tierra, la cual por su inmundicia será corrompida con una devastación final', no penséis que hablo de buen grado, ni que me regocijo en predicar lo que veo que ha de venir: yo mismo desearía ser anatema por mis hermanos, que son los israelitas (Rom. 9:3). Ojalá hablara por mi propio sentir y no tuviera el Espíritu Santo; y, contado más bien entre los falsos profetas, pereciera yo solo, y no fueran verdaderas las cosas que digo: y tan grande multitud creyera en el Hijo de Dios, y no fuera entregada a la cautividad eterna. Pero como soy profeta, y hablo por el espíritu de Dios, y he sido enviado por la divinidad [o: la verdad], predigo

la verdad: por eso destilaré para ti mi palabra en vino puro que te embriague y te haga caer. Mas mientras yo destilo y canto el mal de la futura cautividad, este pueblo recibirá mis lluvias, es decir, quiera o no quiera, ha de soportar lo que digo. Y para que no penséis que soy profeta solamente de males [o: de tan grandes males], ahora ciertamente vendrá la predicha cautividad; pero he aquí que en mí [o: para que se reconozca que en mí, etc.] habla la palabra que llega a todos los profetas. Cuando esta Palabra calla, el profeta no habla, y ahora dice: Vendré, y asumiré un cuerpo humano, naceré de una Virgen. O de este modo: Porque vine en la humildad de la carne, y no me creísteis, vendré en la consumación del mundo en mi majestad con los Ángeles y las demás virtudes, y entonces te congregaré por completo, oh Jacob: entonces reuniré en uno a las reliquias de Israel, y las juntaré igualmente con el pueblo de los gentiles en mi redil: entonces te cercaré con un muro firmísimo, y tan grande será la multitud de los creyentes, y la agitación del rebaño puesto entre los apriscos, que el número de las ovejas será vencido por su abundancia. Y para que no pienses acaso, porque dije: 'Lo pondré como un rebaño en el redil, y como un ganado en medio de los apriscos', que hablo de ovejas, entiende que estas ovejas son hombres. Pues sigue: 'Se agitarán por la multitud de hombres'. El tumulto es la voz de muchos, y el clamor de una multitud excesiva emitido al unísono: no estimemos que es la voz de uno, sino la común de todos, que alaban al buen pastor, que habrá allanado toda aspereza y la

habrá nivelado con su pie, que es él mismo el guía de su camino, la puerta del paraíso, y que dice: 'Yo soy la puerta': por quien, al dividir y preceder el camino, y siendo la puerta de la vía, pasará el rebaño creyente. Mas este pastor es rey y Señor. De donde se sigue. 'Y su rey pasará delante de ellos, y el Señor a su cabeza'. Pero si quisiéramos entender todas estas cosas sobre su primer advenimiento, y referir a todo Jacob y a las reliquias de Israel a los Apóstoles, y a aquella multitud que fue salvada de entre los judíos en los Hechos de los Apóstoles, la exposición del comentarista no se apartará de la verdad. Pues a estos verdaderamente los congregó el Señor en su redil, y los puso en medio de los apriscos, e hizo un camino delante de ellos, y los introdujo en la Iglesia, y fue su rey delante de ellos, y es el Señor a su cabeza para siempre.

LXX: El espíritu estableció la mentira. Destilará para ti en vino y embriaguez, y será de la gota de este pueblo, Jacob será congregado. No debe leerse, como la mayoría estima, "un espíritu mentiroso se presentó", sino "el espíritu estableció la mentira", lo que en griego se dice πνεῦμα ἔστησε ψευδὲς, es decir, τὸ ψεῦδος. Pues así como en las heridas putrefactas, para que no se extienda el cáncer y el tejido muerto devore las carnes vivas, los médicos establecen [o: cortan] la herida y la queman con un cauterio o con un polvo cáustico, así el Espíritu de Dios ha puesto fin a la mentira, para que el pueblo de Dios no sea más subvertido por las voces de los falsos profetas. Además, que la palabra "espíritu" tanto en

el Nuevo como en el Antiguo Testamento, dondequiera que se pone sin añadido, debe entenderse en buen sentido, lo hemos dicho a menudo, y ahora lo expondremos en parte, para que a nadie le quede duda. "Mas el fruto del Espíritu es caridad, gozo, paz" (Gál. 5:22). Y: "Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu" (Ibíd. 5:25). Y en otro lugar: "Mas si por el Espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis" (Rom. 8:13). Y en el Antiguo Testamento: "Dando aliento al pueblo que está en ella, y espíritu a los que la pisan" (Is. 42:5): no hay duda por lo precedente que significa la tierra. Pues quienes pisan las obras terrenas y las someten bajo sus pies, ciertamente merecen recibir no un espíritu malo, sino uno bueno. Por el contrario, un espíritu malo siempre se lee con un añadido, como allí: "Cuando el espíritu inmundo ha salido del hombre" (Mt. 12:43). Y en otro lugar: "Reprendió al espíritu inmundo" (Lc. 9:42). Y: "Un espíritu malo invadió a Saúl" (1 Sam. 16:14), y otros pasajes semejantes. Por tanto, el Espíritu de Dios, que puso fin a la mentira en los falsos profetas, él mismo te destilará en vino y embriaguez. El vino que alegra el corazón del hombre (Sal. 104:15); y la embriaguez con la que se embriagó Noé, y de la que se dice: "Comed, amigos míos, y embriagaos" (Cant. 5:1). Mas toda esta alegría y embriaguez, en comparación con la sabiduría de Dios, que como un río riega la Jerusalén celestial, es una gota, y una gotita muy pequeña. Ni dudarán en hablar de una gota de la sabiduría de Dios en los hombres, quienes hayan leído sobre la piedra cortada del monte sin manos

(Dan. 2), y que la necesidad de Dios es más sabia que los hombres, y que los mismos Apóstoles conocieron en parte y profetizaron en parte (1 Cor. 13:9). De esta sabiduría, pues, es decir, de la gota del pueblo judío (pues no vino sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel), es congregado Jacob: todo aquel que suplanta a Esaú, y le arrebató su primogenitura y bendición, y que, antes de nacer, puesto aún en el útero, agarra el talón de su hermano velludo.

LXX: Recibiendo con todos, recibiré las reliquias de Israel. Cuando, dice, el pueblo de los gentiles haya creído, y todo el orbe haya sido conducido a mi fe, y haya entrado la plenitud de los gentiles, entonces también las reliquias de Israel serán salvadas; no aquellas reliquias de las que está escrito en el libro de los Reyes: "Me he reservado siete mil hombres que no han doblado la rodilla ante Baal" (1 Reyes 19:18). Y de quienes dice Pablo: "Así también en este tiempo ha quedado un remanente, escogido por gracia" (Rom. 11:5); de quienes el profeta aquí testifica más arriba: "Y será de la gota de este pueblo, Jacob será congregado". Sino aquel remanente que, después de que todos hayan sido recibidos, será recibido por Dios al final. Y de quienes ahora se dice: "Recibiendo con todos, recibiré las reliquias de Israel", para que, según lo que está escrito: "Pues Dios encerró a todos en la desobediencia, para tener misericordia de todos" (Rom. 11:32).

LXX: Pondré su aversión como ovejas en tribulación. El remanente de Israel, que he de recibir después de haber recibido a todos los demás:

ahora, entretanto, porque se han apartado de mí, los pondré en tribulación, y los angustiaré, y los haré sentarse sin sacerdote, sin altar y sin profeta, para que a aquel a quien no percibieron por los beneficios, lo entiendan por los castigos.

LXX: *Como un rebaño en medio de su redil*: se sobreentiende, "pondré". No solo, dice, su aversión, por la cual se apartaron de mí, será puesta como un rebaño en la tribulación; sino que después de que hayan sido atribulados, 463 y hayan cumplido el tiempo de la angustia, serán puestos en reposo, esto es, en su propio redil. Y entonces [alt: ahora] emigrarán de entre los hombres y trascenderán el estado de la condición humana, y cumplirán lo que sigue: *Saltarán de entre los hombres*. Y no solo ellos saltarán y se irán; sino que todos a quienes se dirige la palabra de Dios, y que, abandonando los vicios humanos, imitan el modo de vida divino, y oyen: *Yo dije: sois dioses, y todos vosotros hijos del Altísimo*, saltarán de entre los hombres, y serán llevados, por así decirlo [alt: son llevados], al cielo.

LXX: *Asciende por la división*. Este pasaje presente tiene, por así decirlo, su propio exordio y una apóstrofe de elocuencia profética, dirigida a aquel que desea salvarse, a quien se le ordena que ascienda por la división. Esto, en verdad, se hará más manifiesto si tomamos un ejemplo del Génesis, donde nacen gemelos de Tamar, con quien el patriarca Judá yació: *Y aconteció*, dice, *que al dar a luz, teniendo gemelos en el útero: en el mismo parto uno sacó la mano, y la partera la tomó y ató en su mano un hilo escarlata,

diciendo: Este saldrá primero.* Pero habiendo él retirado la mano, al instante salió su hermano, y ella dijo: ¿Por qué ha sido rota la barrera por tu causa? y llamó su nombre Fares, que se interpreta *división*. *Y después de esto salió su hermano, en cuya mano estaba el hilo escarlata, y llamó su nombre Zara,* que en nuestra lengua se dice *semilla*, u *oriente* (Gén. XXXVIII, 27 y ss.). Mostró, por tanto, el pueblo más antiguo, en el cual estaba el origen y la semilla antes de que la Iglesia naciera de los gentiles, su mano en las obras, y después la retiró, oyendo por Isaías: *Porque vuestras manos están llenas de sangre* (Is. I, 15). Y habiendo aquel retirado [alt: retiró] la mano, y cesado de las obras de justicia, salió su hermano, el pueblo de los gentiles. Y por causa de él fue dividida la cerca, y el Señor y Salvador destruyó, para que aquel pudiese avanzar, la pared que estaba en medio, y la barrera que separaba a los dos pueblos: e hizo un solo rebaño, y de los dos creó en sí mismo un solo hombre nuevo, haciendo la paz. De donde también la partera, hablando proféticamente, dice a Fares, el pueblo más joven: *¿Por qué ha sido rota la barrera por tu causa?* Si has entendido el ejemplo del Génesis, asciende, tú que deseas salvarte, de ninguna manera por el pueblo antiguo que tiene la mano retirada, sino por el nuevo, en quien Cristo es el camino, en quien Jesús es la puerta, por quien vamos al Padre. Pues él mismo derribó 464 la pared intermedia y la barrera, es decir, la oscuridad de los antiguos profetas, y abrió todos los sacramentos de la Antigua Ley, y, disipada la dificultad de

avanzar, reveló el camino a los ojos de todos: para que quien quiera proseguir no sea enredado por ningún obstáculo, ni aterrorizado por la tiniebla de la oscuridad.

LXX: Ante su faz dividieron y atravesaron la puerta, y salieron por ella. Salió su rey ante su faz; mas el Señor será su príncipe [Alt. erit, será]. Por eso te dije: «Asciende por la división», tú que has resucitado con Cristo y buscas las cosas de arriba; porque los Ángeles, o el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, dividieron lo que parecía ser un obstáculo, e hicieron un camino para los que querían entrar, y porque, abierto el camino, se adentraron en la senda, no solo entraron por la puerta, sino que también la atravesaron. Entraron, además, porque también su rey entró por la misma puerta y les abrió el camino, para que avanzaran sin dificultad alguna. Pues el Señor mismo, rey y pastor, es a la vez camino y puerta, y dice: «Yo soy la puerta; quien por mí entrare, será salvo; entrará y saldrá, y hallará pastos» (Juan 10:9). Sobre esta puerta también se profetiza en otro lugar: «Esta es la puerta del Señor; los justos entrarán por ella» (Sal. 118:20). Pero quienquiera que haya entrado, no debe permanecer en el estado en que había entrado, sino que salga a los pastos, para que en el entrar haya un comienzo, y en el salir y encontrar los pastos, la perfección de las virtudes. Quien entra, todavía está en el mundo, y a partir de las criaturas entiende [Alt. intelliget, entenderá] al Creador. Mas quien sale, trasciende toda la creación y, considerando como nada todas las cosas que se pueden ver, encon-

trará pastos sobre los cielos, y se alimentará de la palabra de Dios, y dirá: «El Señor me apacienta, y nada me faltará» (Sal. 23:1). Esto es para que entendiéramos el testimonio del Evangelio: «Entrará y saldrá, y hallará pastos»; y lo que ahora se dice por el Profeta: «Y atravesaron la puerta, y salieron por ella»; cuyo tránsito y salida, sin embargo, no puede atribuirse sin Cristo nuestro rey, que es rey y Señor. Pues inmediatamente se conecta: «Mas el Señor será el príncipe».

(CAPÍTULO III.—Versículo 1 y siguientes.)

Y dije: Oíd, príncipes de Jacob, y jefes de la casa de Israel. ¿No es vuestro saber el juicio, vosotros que odiáis el bien y amáis el mal, que violentamente les quitáis la piel de encima, y su carne [Vulg. carnes, carnes] de sobre sus huesos, que habéis comido la carne de mi pueblo, y les habéis desollado la piel, y habéis quebrado sus huesos, y los habéis despedazado como en una caldera, y como carne en medio de una olla? Entonces clamarán al Señor, y no los escuchará, y esconderá su rostro de ellos en aquel tiempo, así como obraron perversamente en sus maquinaciones. Manifiestamente, el discurso es contra los príncipes de Israel, y su crueldad se describe bajo la metáfora de leones o ladrones: que despojaron a los pobres, y los mataron, y trituraron sus carnes y huesos, y como en medio de una olla, así en la ciudad de Jerusalén afligieron a la miserable plebe, y por estas cosas se les inflige después un suplicio en el día de la cautividad, ya sea por Nabucodonosor, o por Vespasiano y Tito. Y que clamen al Señor, y que Él no los escuche, y que esconda su rostro

de ellos, porque obraron perversamente en sus crímenes.

LXX: Y dirá: Oíd esto, príncipes de la casa de Jacob, y vosotros, resto de la casa de Israel. La sentencia se adhiere a lo anterior. Pues arriba había dicho: Mas el Señor será el príncipe, y dirá: Oíd, príncipes de la casa de Jacob, y vosotros, resto de la casa de Israel. En lugar de "resto de la casa de Israel", todos, a excepción de los Setenta, tradujeron "caudillos de la casa de Israel". Por tanto, el Señor, que hizo camino para su pueblo y salió delante de ellos, y es él mismo el príncipe del camino del pueblo más sencillo, al que llama rebaño, a aquellos que no quieren seguirle como guía, sino que se ensoberbecen y, como si fueran jueces del pueblo, no siguen sus huellas, los amenaza y dice: Oíd, príncipes de la casa de Jacob, y caudillos de la casa de Israel. Mas ¿qué es lo que les obliga a oír? "¿No es vuestro", dice, "conocer el juicio, vosotros que odiáis el bien y buscáis el mal?"; es decir, no merecéis conocer el juicio de Dios, que es un abismo profundo, y una mente perversa no encuentra la profundidad de su justicia. O ¿cómo podéis conocer el juicio de Dios, vosotros que odiáis el bien, cómo podéis conocer el juicio de Dios, vosotros que odiáis el bien y buscáis el mal, que detestáis a los santos pobres y honráis a los ricos pecadores? Y al mismo tiempo, consideremos el significado de las palabras: no amar lo bueno es pecado; ¿de cuán gran crimen es también odiarlo? y por el contrario, si no huir de lo malo es un vicio, ¿de cuán grande impiedad es también buscarlo diligentemente? Después de

esto se describe la sevicia de los jueces y su crueldad para con sus súbditos.

LXX: Arrebatándoles sus pieles, y sus carnes de sus huesos. Así como devoraron las carnes de mi pueblo, y les desollaron las pieles, y quebraron sus huesos, y los despedazaron como carnes en la caldera, y como carnes en la olla: así clamarán al Señor, y no los escuchará, y apartará su rostro de ellos en aquel tiempo, porque obraron pésimamente en sus invenciones. No había bastado con despojar al rebaño sometido; sino que también afligieron sus cuerpos con duro imperio, y trituraron sus huesos, para que cualquier fuerza que en ellos hubiera, la quebrantaran y la deshicieran. Por tanto, así como ellos despojaron a mi pueblo, y lo desnudaron de toda la belleza y el decoro de la piel, y echaron sus carnes y huesos en la olla hirviente que encendió el rey asirio, entregando mi rebaño al diablo y a sus ángeles: así también ellos, cuando llegue el día de la venganza, clamarán al Señor y no serán escuchados, porque tampoco ellos escucharon a los que rogaban; y extenderán sus manos al Señor, y Dios apartará su rostro de ellos, porque también ellos apartaron su rostro de los que suplicaban. Y sufrirán todas estas cosas porque obraron pésimamente en sus afanes y placeres: y no fueron reyes, sino tiranos; ni prefectos, sino leones; ni maestros de discípulos, sino lobos de ovejas, y se saciaron de carnes, y engordaron, y como la más pingüe víctima para el sacrificio, fueron preparados para los suplicios del Señor. Hasta aquí contra los príncipes malos; el discurso siguiente, en verdad, es contra los pseudoprofe-

tas y los pésimos doctores, que suplantán al pueblo de Dios con adulación, prometiendo el conocimiento de las Escrituras.

(Versículos 5 y ss.) Esto dice el Señor sobre los profetas que seducen a mi pueblo: los que muerden con sus dientes y predicán la paz; y si alguien no ha puesto algo en su boca, santifican la guerra contra él: por tanto, la noche será para vosotros en lugar de visión [o: división], y las tinieblas para vosotros en lugar de adivinación, y el sol se pondrá sobre los profetas, y el día se oscurecerá sobre ellos, y serán confundidos los que ven visiones: y serán confundidos los adivinos, y todos cubrirán sus rostros, porque no hay respuesta de Dios. Pero yo estoy lleno de la fortaleza del espíritu del Señor, de juicio y de poder [o: verdad], para anunciar a Jacob su crimen y a Israel su pecado. LXX: Esto dice el Señor sobre los profetas que seducen a mi pueblo 467, y muerden con sus dientes, y predicán sobre él la paz, y no fue dado en su boca, santificaron la guerra contra él: por tanto, la noche será para vosotros en lugar de visión [o: indivisión], y las tinieblas serán para vosotros a partir de la adivinación, y el sol se pondrá sobre los profetas, y el día se oscurecerá sobre ellos, y serán confundidos los que ven sueños, y serán escarnecidos los aríolos, y todos estos hablarán contra ellos, porque no hay quien los escuche, a menos que yo haya llenado de fortaleza en el espíritu del Señor, y de juicio y de poder, para anunciar a Jacob sus impiedades y a Israel sus pecados. Leemos que hubo falsos profetas (*pseudoprophetas*) en Israel, quienes

a causa de los dones predicaban una paz que no les era dada, y si alguien no les daba regalos, por muy santo que fuera, anunciaban que la ira de Dios vendría sobre él. De donde ahora se les dice que hablan mentiras, y que su palabra no es profecía, sino adivinación falsa; y que no tienen luz, sino tinieblas y error. Y cuando las cosas que habían prometido resulten al contrario, entonces serán cubiertos de confusión, porque, dice, no había respuesta de Dios.

Pues ni los demonios recibirán la potestad de engañarlos con su fraude. Mudos estarán los oráculos, callará el espíritu inmundo y no se atreverá a burlarse. Esto es acerca de los pseudo-profetas. A su vez, se introduce el discurso del profeta que habla de sí mismo: mientras aquellos vaticinan falsedades y están cubiertos de confusión e ignominia, yo hablo lo que hablo, instruido por el Espíritu Santo, y hablo el juicio del Señor y su poder [o: verdad]. Y mientras los pseudoprofetas muerden con sus dientes y predicán la paz, yo, sin temor alguno, anuncio a Jacob su crimen y a Israel su pecado; porque en lugar de Dios, o han venerado ídolos o han crucificado al Hijo de Dios.

Pero si, según la Septuaginta, quisiéramos entender lo que se dice como referido a los herejes, que son verdaderamente pseudoprofetas y dicen: «esto dice el Señor», cuando el Señor no los ha enviado, no erraremos. Pues ellos engañan con el error al pueblo, que en otro tiempo fue de Dios, y hacen esto para devorarlos, ya sea simplemente al aceptar dones, ya sea místicamente en la matanza de sus almas; y les prometen la paz

y los reinos celestiales, y dicen: «no es necesario que vivas continente y santamente, ten la fe que enseñamos y conseguirás todas las promesas del Señor»: y al decir estas cosas, más bien concitan contra ellos la ira del Señor y santifican la batalla contra ellos.

Por lo cual, oh herejes, que pensáis tener profecía e imitáis a la Iglesia de Dios, donde estimáis que hay visión, allí habrá noche; y donde os jactáis de vaticinio profético, allí hablará un espíritu inmundo. Pues el sol de justicia se pondrá sobre profetas de esta clase, y verán sus propias tinieblas y serán confundidos. Y cuando hayan sido probados como adivinos más que como Profetas, se reirán de sus sueños, y los pueblos que antes habían sido engañados por ellos, hablarán en su contra. Entonces también los mismos maestros harán penitencia, y nadie los escuchará, excepto yo, a quien habían ofendido. Y porque soy clemente, y no quiero la muerte del pecador (Ez. 18), sino que deseo que se convierta y viva, cuando los haya escuchado, les daré la virtud de mi espíritu, y los llenaré de mi juicio y fortaleza, para que quienes antes engañaban al pueblo con halagos, después los disuadan anunciando la verdad, y los llamen de nuevo al camino recto, y para que quienes habían sido causa de error, comiencen a curar las heridas que habían infligido, y sean ocasión de sanación.

Advierte en el presente pasaje que alguien puede enseñar después de pecar, si, no obstante, ha lavado sus vicios anteriores con una digna penitencia. De ahí que también David, después

del adulterio y el homicidio, hable en el salmo: «Me rociarás con hisopo y quedaré limpio; me lavarás y quedaré más blanco que la nieve». Y no se contenta con su propia pureza, sino que añade: «Devuélveme la alegría de tu salvación, y confírmame con un espíritu soberano». Y cuando hayas hecho esto. «Enseñaré», dice, «a los inicuos tus caminos, y los impíos se convertirán a ti» (Sal. 10).

(Vers. 9 ss.) Oíd esto, príncipes de la casa de Jacob y jueces de la casa de Israel: vosotros que abomináis el juicio y pervertís todo lo recto, que edificáis a Sión con sangre y a Jerusalén con iniquidad. Sus príncipes juzgaban por sobornos, sus sacerdotes enseñaban por salario, y sus profetas adivinaban por dinero, y se apoyaban en el Señor, diciendo: ¿No está el Señor en medio de nosotros? No vendrán sobre nosotros males. Por esto, por vuestra causa, Sión será arada como un campo, y Jerusalén será como un montón de piedras, y el monte del templo como las alturas de los bosques.

LXX: Oíd esto, jefes [Alt. jueces] de la casa de Jacob y resto de la casa de Israel, que abomináis el juicio y pervertís todo lo recto; que edificáis a Sión con sangre y a Jerusalén con iniquidades. Sus jefes juzgaban por sobornos, y sus sacerdotes respondían por salario, y sus profetas adivinaban por dinero, y se apoyaban en el Señor, diciendo: ¿No está el Señor entre nosotros? No vendrán sobre nosotros males. Por tanto, por vuestra causa, Sión será arada como un campo, y Jerusalén será

como una choza de melonar, y el monte del Señor como un soto del bosque.

Nadie duda que Jerusalén fue destruida por los crímenes que se describen en este capítulo, y porque anteriormente se había dirigido una amenaza ya a los jueces, ya a los pseudoprofetas: *Oíd, príncipes de la casa de Jacob, y jefes de la casa de Israel*. Y después de unos pocos versículos: *Así dice el Señor sobre los profetas que seducen a mi pueblo*, y lo demás. Ahora, el discurso profético se teje de manera general contra los jueces, los pseudoprofetas, los sacerdotes y contra aquellos que se prometían a sí mismos el conocimiento de Dios, y los acusa de que por sus crímenes Sión ha de ser arada como un campo, Jerusalén ha de caer como un montón de piedras, y el monte del templo se convertirá en las alturas de los bosques. Vemos cumplido lo que se dijo: los ojos prueban la elocuencia de la boca; la vista es testigo de la profecía. Este mismo testimonio está también escrito en el volumen de Jeremías (Jer. 26), donde se hace mención del profeta Miqueas y se predice la devastación de Jerusalén. Los jueces y príncipes de la casa de Jacob y de la casa de Israel, es decir, tanto de las dos como de las diez tribus, no solo no hacían justicia, sino que la abominaban y pervertían todo lo recto, para que no quedara ni una pequeña justicia en la ciudad. Edificaron a Sión con sangre y a Jerusalén con iniquidad, con las rapiñas de los pobres, la matanza de los inocentes, el asesinato de los santos. Y si alguno de los príncipes parecía juzgar lo que era recto, más bien vendía la sentencia y juzgaba por

sobornos. Los sacerdotes tampoco enseñaban al pueblo si no recibían un precio; y aunque se dice a los santos: *Gratis lo recibisteis, dadlo gratis* (Mt. 10:8), ellos, pronunciando la respuesta de Dios tras recibir dinero, vendían la gracia del Señor por una avara recompensa. Y después de estos males, sin comprender su pecado, como si con crímenes redimieran la caridad de Dios, los jueces, sacerdotes y profetas recordaban que eran de Dios, y según su corazón impenitente decían: *El Señor está en medio de nosotros, y no vendrán sobre nosotros males*. Por tanto, como no hicieron penitencia, y todo el pueblo siguió los vicios de los príncipes, sacerdotes y profetas, Sión será arada como un campo, y Jerusalén será como un montón de piedras, y el templo que antes brillaba con oro y plata, se derrumbará en ruinas definitivas. Estas cosas se dicen contra el pueblo de los judíos, cuya verdadera cautividad y ruina extrema fueron infligidas por sus crímenes anteriores, pero sobre todo por el derramamiento de la sangre del Señor. De ahí que Sión fuera arada como un campo, y Jerusalén convertida en montones de escombros, y aquel templo, en otro tiempo noble y sublime, fuera reducido a cenizas. Pero si alguien transfiere estas cosas que se dicen de Jerusalén y de Sión a la Iglesia (pues ella es la casa de Jacob y la casa de Israel, según lo que está escrito en Isaías: *Jacob mi siervo, yo lo sostendré* (Is. 41:8). Y aquello a Timoteo: *Para que sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la Iglesia* (1 Tim. 3:15)), percibirá claramente que los príncipes de la casa de Jacob

y el resto de la casa de Israel (o, como mejor está escrito en el hebreo, *Jueces de la casa de Israel*) no son otros que los obispos, presbíteros y diáconos, quienes, si no guardan su corazón con toda custodia, abominan el juicio y pervierten todo lo recto. Pues cuando juzgan según la persona, y en la discusión de un asunto no vale el mérito de la causa, sino el poder de los reos, ¿no abominan el juicio y pervierten todo lo recto? Pero también puede entenderse de otro modo, que los príncipes de la casa de Jacob y los jueces de la casa de Israel abominen y detesten el juicio, rechazando la sentencia de Dios juez y depravando toda regla de las Escrituras con malas interpretaciones; estos son los que edifican a Sión con sangre y a Jerusalén con iniquidad. Pues como la Escritura manda: *No introduzcas al impío en el tabernáculo de los justos* (Sal. 5), y el Señor abomina al hombre sanguinario y doloso, estos ordenan como clérigos a cualesquiera de sus secuaces, y exponiendo sus vidas para escándalo de los pueblos, son reos de la infidelidad de los que se escandalizan (Mt. 18). De ahí que se diga que más le vale al hombre que se le ate una piedra de molino al cuello y sea arrojado a lo profundo, que escandalizar a uno de los más pequeños de la Iglesia. Y mientras que el profeta Malaquías llama ángeles a los sacerdotes (Mal. 2), y su boca es oráculo del Señor (Deut. 19:19), no juzgan sin aceptar sobornos, leyendo: *Los regalos ciegan los ojos incluso de los sabios, y como un freno en la boca, desvían la reprensión* (Eccl. 20); y aunque se dice a los apóstoles: *No poseáis oro, ni plata, ni cobre en vuestros

cinturones* (Mt. 10:9), y de las manos del varón santo se sacude incluso el dinero ganado con el trabajo, ellos venden las palabras del Señor y comercian con palomas en el templo. Pero también los profetas de Jerusalén adivinaban por dinero, sin saber que una cosa es la profecía y otra la adivinación; pues la adivinación nunca se toma en buen sentido en las Escrituras. *No habrá*, dice, *augurio en Jacob, ni adivinación en Israel* (Núm. 23:23). Se veían a sí mismos como profetas, pero como aceptaban dinero, su profecía se convirtió en adivinación. El apóstol Pedro dice: *No tengo plata ni oro* (Hch. 3:6); ciertamente podría haber vendido a Simón el Mago lo que pedía; más aún, podría haber simulado venderlo (pues el Espíritu Santo no puede ser vendido ni comprado), pero condenó el dinero ofrecido junto con el que lo ofrecía (Hch. 8). Ahora puedes ver a los profetas de Jerusalén no tener profecía en su boca, y sin embargo descansar en el Señor y decir: *No vendrán sobre nosotros males*; por su causa, la atalaya de Dios es dividida por el arado enemigo, y el lugar que antes era de paz se llena de ruinas, y el templo del Señor se convierte en zarzas y espinos y es morada de fieras. Y que a nadie le perturbe lo que leemos en el primer libro de los Reyes, que Saúl, queriendo ir a Samuel, dijo a su siervo que no podía ir a él porque no tenía un precio que ofrecer por el vaticinio, y que el siervo respondió: *He aquí que se ha encontrado en mi mano la cuarta parte de un siclo de plata, y se la daré al varón de Dios, y nos anunciará nuestro camino* (1 Re. 9); pues no está escrito que Samuel lo

aceptara, ni que ellos lo ofrecieran; más bien, son alimentados por el profeta e invitados a comer. Pero supongamos que lo aceptó; deben estimarse más como limosnas para el tabernáculo que como pago por la profecía. Pues un siclo tiene veinte óbolos, y la cuarta parte de un siclo son cinco óbolos. Y así nuestros sacerdotes, si quieren vender la profecía y poner en sus cátedras las palomas que el Señor derribó con un látigo (Jn. 2), que acepten cinco óbolos, no el precio de fincas. Esto mismo resuena en el tercer libro de los Reyes, que la esposa de Jeroboam, enfermando su hijo, va a Ahías, hombre de Dios, y le lleva panes, uvas pasas y un vaso de miel (3 Re. 14). Pues se dice lo que ella llevaba consigo, y sin embargo no está escrito que el profeta lo aceptara; de hecho, la reprendió y le predijo el luto venidero. Aunque es posible que aquellos que solían acudir a los adivinos (pues había muchos adivinos y agoreros en Israel) por mala costumbre estimaran lo mismo también de los profetas, y quisieran ofrecer a los varones santos lo que solían ofrecer a los adivinos, y que la Escritura solo narrara lo que ellos quisieron, sin dar a entender que ellos se atrevieran a ofrecerlo o que los profetas lo aceptaran. El apóstol Pablo dice: **Los que sirven al altar, del altar participan y viven** (1 Cor. 9:13). Se te permite, oh sacerdote, vivir del altar, no vivir en el lujo. **Al buey que trilla no se le cierra la boca** (ibid., 9). Sabemos estas cosas, y sin embargo el Apóstol no abusa de esta licencia; y teniendo sustento y vestido, está contento; noche y día trabaja con sus manos, para no ser una carga para nadie. Y jura en sus Epístolas

que se ha comportado santamente y sin avaricia en el Evangelio de Cristo, y afirma esto no solo de sí mismo, sino también de sus discípulos: que no envió a nadie que pudiera pedir algo a las Iglesias o quisiera recibirlo (1 Tes. 3). Si, por otra parte, se regocija en algunas Epístolas y llama a los regalos de los que los envían benevolencia de Dios, no los recoge para sí, sino para los pobres de entre los santos que estaban en Jerusalén. Ahora bien, los santos pobres eran aquellos en Jerusalén que habían sido los primeros en creer en Cristo de entre los judíos, y, expulsados por sus padres, parientes y afines, habían perdido tanto sus posesiones como todo su ajuar a manos de los sacerdotes del templo y del pueblo que los saqueaba. Si son tales pobres, que reciban. Pero si, con el pretexto de los pobres, se enriquecen unas pocas casas, y comemos oro en vidrio y vasija de barro, o cambiamos nuestras vestiduras junto con nuestros tesoros, o si un hábito pobre no busca las riquezas de los senadores. ¿De qué sirve no tener un pañuelo de lino alrededor del cuello para secar el sudor? ¿De qué aprovecha ser **monochitones** (vestidos con una sola túnica) y aparentar pobreza en el vestir, cuando toda la turba de los pobres suspira por nuestra bolsa? Por esto, por causa de nosotros, que somos tales, que edificamos a Sión con sangre y a Jerusalén con iniquidad, que juzgamos por sobornos, que respondemos por salarios, que adivinamos por dinero, y sobre esto, reclamando para nosotros una santidad fingida, decimos: **No vendrán sobre nosotros males**. Oigamos la sentencia del Señor que sigue: Sión y Jerusalén, y el

monte del templo, la atalaya, y la visión de paz, y el templo de Cristo, en la consumación y en el fin, cuando la caridad se enfríe y la fe sea rara, serán arados como un campo, y serán reducidos a montones, y se convertirán en las alturas de los bosques o en una choza para guardar huertos: de modo que donde antes había amplias casas e innumerables montones de grano, apenas habrá una pequeña cabaña que conserve la apariencia de alimento, para aquellos que no tienen alimento para el alma.

CAPÍTULO IV. (Versículo 1 y ss.)

Y acontecerá en los últimos días [la Vulgata añade *erit*, será] que el monte de la casa del Señor será preparado en la cumbre de los montes, y elevado sobre las colinas, y afluirán a él los pueblos, y se apresurarán muchas gentes, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará acerca de sus caminos, y andaremos por sus sendas, porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén, y juzgará entre muchos pueblos, y reprenderá a gentes fuertes hasta en lo lejano: y forjarán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en podaderas, no alzará espada nación contra nación: y no aprenderán más a guerrear, y se sentará cada uno debajo de su vid, y debajo de su higuera, y no habrá quien los espante; porque la boca del Señor de los ejércitos ha hablado; porque todos los pueblos andarán, cada uno en el nombre de su dios: pero nosotros andaremos en el nombre del Señor nuestro Dios eternamente y para siempre. En aquel día, dice el Señor, congregaré a la que

cojea, y a la que había arrojado, recogeré, y a la que había afligido: y pondré a la que cojeaba como remanente, y a la que había trabajado, como nación robusta, y el Señor ha reinado sobre ellos en el monte Sion, desde ahora y hasta la eternidad.

LXX: Y será en los últimos días manifiesto el monte del Señor, preparado sobre la cumbre de los montes: y será elevado sobre las colinas, y se apresurarán a él los pueblos, e irán muchas gentes y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob, y nos mostrará su camino, y andaremos en sus sendas, porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén, y juzgará entre muchos pueblos, y argüirá a gentes fuertes hasta en lo lejano, y forjarán sus espadas en arados, y sus lanzas en hoces: y no levantará más espada nación contra nación, y de ningún modo aprenderán a guerrear, y descansará cada uno bajo su vid, y cada uno bajo su higuera, y no habrá quien los espante, porque la boca del Señor omnipotente ha dicho estas cosas, porque todos los pueblos irán, cada uno por su camino. Mas nosotros iremos en el nombre del Señor nuestro Dios por la eternidad y más allá. En aquel día, dice el Señor, congregaré a la que está quebrantada, y a la que había sido arrojada, acogeré, y a los que había rechazado: y pondré a la quebrantada como remanente, y a la rechazada como nación fuerte, y reinará el Señor sobre ellos en el monte Sion, desde ahora y hasta el siglo.

Porque los príncipes de los judíos abominaron el juicio, y pervirtieron todo lo recto, y edificaron

a Sion con sangre, y a Jerusalén con iniquidad: y no solo habían hecho esto, sino que también habían juzgado por sobornos, y los sacerdotes de Jerusalén habían respondido por un precio, y sus profetas habían adivinado por dinero, y por causa de ellos, Sion fue arada como un campo, y Jerusalén se derrumbó en montones de piedras, y el monte del templo de Dios quedó desolado en las alturas de los bosques, por eso ahora, abandonada y desierta su casa, cuando el Hijo de Dios, saliendo del templo, dijo: **Levantaos, vámonos de aquí** (Juan 14:31): y: **Vuestra casa os es dejada desierta** (Lucas 13:15). También los ángeles, según relata Josefo, dijeron: **Salgamos de estas moradas**, pues en lugar del monte Sion, se ha elevado el monte del Señor, del cual se dice al príncipe de Tiro: **Y fuiste herido en el monte del Señor** (Ezequiel 28).

Mas este monte del Señor se manifestó en los últimos días, cuando se acercó el reino de los cielos. Pues ciertamente, en la consumación de los siglos, para la reprobación de los pecadores, nuestro Salvador apareció por medio de su propio sacrificio, y a la undécima hora vino a contratar obreros. Y completada su pasión, Juan dice: **Es la última hora** (1 Juan 2:18): pues en seis mil años, si se dividen quinientos años por cada una de las horas del día, la última hora se llamará consecuentemente el tiempo de la fe de los gentiles.

Y manifiesto, dice, **será el monte del Señor, preparado sobre las cumbres de los montes**. Será manifiesto, el que antes estaba oculto, y preparado no solo en los montes, sino sobre las cumbres

de los montes, Moisés y los Profetas, que vaticinaron sobre él. Pues aunque escribieron todas las cosas santas, sin embargo, en comparación con la profecía en la que predijeron el advenimiento del Salvador, las demás son humildes y de ninguna manera alcanzan la cumbre de los montes.

Y será exaltado, dice, *sobre las colinas* (Filipenses 2:8-9). Ciertamente apareció como hombre, y tomó la forma de siervo: se humilló a sí mismo hasta la muerte, y muerte de cruz; pero el Padre lo exaltó, y le dio el nombre que está sobre todo nombre, y en comparación con su modo de vida, toda la vida de los hombres se llama campos y valles.

A este monte, pues, que está preparado sobre las cumbres de los montes, y exaltado sobre las colinas, *se apresurarán*, o, como se encuentra en el hebreo, *afluirán todos los pueblos*, es decir, se congregarán innumerables multitudes a la manera de los ríos. Y se apresurarán los pueblos (Hechos 2), cuando crean en él juntamente partos y medos, y elamitas, y los que habitan en Mesopotamia, Judea y Capadocia, el Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las partes de Libia que está junto a Cirene, y los forasteros de Roma, judíos y prosélitos, cretenses y árabes. ¿No os parece que se apresuraron al monte, aquellos a quienes se dijo: *Seguidme, y os haré pescadores de hombres* (Mateo 4:19-20), y al instante siguieron al Salvador? Y de nuevo, la Escritura refiere de Santiago y Juan que, dejando la barca y al padre y las olas del siglo, se apresuraron al monte. Y Mateo el publicano, al oír: *Sígueme* (Mateo

9), corrió al instante. Y también aquel pasaje en el Evangelio, cuando le siguieron grandes multitudes de Galilea, y de Decápolis y de Jerusalén, y de Judea y de más allá del Jordán, y las curó, prueba que los pueblos se apresuraban.

Y apresurándose los pueblos, también muchísimas gentes irán al monte: es decir, todo el orbe creyendo en él, y dirán, provocándose mutuamente al estandarte de la cruz: *Venid, subamos al monte del Señor*. Es necesaria la ascensión para que uno pueda llegar a Cristo, y a la casa del Dios de Jacob, la Iglesia, que es la casa de Dios, columna y fundamento de la verdad. Además, que Jacob significa el Salvador, ya lo dijimos antes: *Jacob mi siervo, yo lo sostendré* (Isaías 42:1). Pero también dirán esto a aquellos a quienes habían hablado: *Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob*; y añadirán: Para que nos muestren su camino, que puedes entender ya sea en los Ángeles que presiden las Iglesias, o en las sagradas Escrituras, que muestran de antemano el camino del Señor, y a aquel que dice: *Yo soy el camino* (Juan 14). Y andemos por sus sendas, es decir, en los Apóstoles, por quienes hemos creído en Cristo.

Porque de Sion ha salido una ley espiritual, y la palabra de Dios ha pasado de Jerusalén a los gentiles, quien juzgará entre muchos pueblos (Juan 5:22): pues el Padre ha dado todo el juicio al Hijo. Y reprenderá a muchas gentes hasta en lo lejano (Salmo 94:11): pues el Señor prende a los sabios en su propia astucia, y conoce los pensamientos de los sabios, que son vanos. Pero él juzga entre

los pueblos quiénes son dignos de salvación y quiénes indignos, y en su advenimiento todo afán de guerrear se convertirá en paz (Isaías 2:4).

Las espadas se cambiarán en arados, las lanzas se forjarán en hoces, una nación dejará de guerrear contra otra. Nadie aprenderá a luchar, depuesta la necesidad de luchar. Y tan grande será el reposo, que no solo en las ciudades, sino también en las aldeas y en los campos, cada uno estará seguro: y esto sucederá porque la boca del Señor ha hablado.

Y primero, ciertamente, según la letra, antes de que nos naciera el niño, cuyo principado está sobre su hombro, todo el orbe estaba lleno de sangre, pueblos contra pueblos, reyes contra reyes, gentes luchaban contra gentes. Finalmente, incluso la misma República Romana era desgarrada por guerras civiles, luchando Cinna y Octavio y Carbón: Sila y Mario, Antonio y Catilina, César y Cneo Pompeyo, Augusto y Bruto, y el mismo Augusto y Antonio: en cuyas batallas todos los reinos derramaron sangre. Pero después de que Roma obtuvo un imperio singular en el tiempo del imperio de Cristo, el orbe se hizo transitable para el viaje de los Apóstoles, y se les abrieron las puertas de las ciudades, y se estableció un imperio singular para la predicación del único Dios.

Lo que se dice, *Forjarán sus espadas en arados, y sus lanzas en hoces* (Joel 3:10), también puede tomarse tropológicamente: para que digamos que con la fe en Cristo, la ira y los insultos desenfrenados son depuestos, de modo que cada

uno ponga su mano en el arado y no mire hacia atrás, y rompiendo los dardos y lanzas de las injurias, desee cosechar frutos espirituales, para que, mientras otros trabajan, nosotros entremos en sus labores, y se diga de nosotros: *Pero los que vienen, vendrán con regocijo, llevando sus gavillas* (Salmo 126:6). Ahora nadie lucha contra otro, porque leemos: *Bienaventurados los pacificadores* (Mateo 5:9). Nadie aprende a contender para la subversión de los oyentes, sino que pone silencio a su boca, y calla; porque el tiempo es malo (Amós 5:13).

Y cada uno descansará bajo su vid, para prensar el vino que alegra el corazón del hombre, bajo aquella vid cuyo agricultor es el Padre (Juan 15), y bajo su higuera, recogiendo los dulces frutos del Espíritu Santo: caridad, gozo, paz, y lo demás. Pero todas estas cosas sucederán, según ambas exposiciones, porque las palabras del Señor son verdaderas, y para él haber dicho es haber hecho.

Todos los pueblos irán, cada uno por su camino: pero nosotros andaremos en el nombre del Señor nuestro Dios por los siglos y más allá. Mientras todas las naciones, dicen, van según su propio error, nosotros nos hemos apresurado al monte del Señor, y hemos dicho: *Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob* (Isaías 2:3), y andaremos en el nombre de Cristo nuestro Señor, porque él mismo es el monte que es Dios.

En aquel día en que brillará el sol de justicia, será congregada la que antes estaba quebrantada, y la que fue expulsada será acogida, y para

esto será congregada la quebrantada, para ser convertida en un remanente, y la abandonada en una nación fuerte. *Porque si el Señor de Sabaoth no nos hubiera dejado un germen, como Sodoma habríamos sido, y a Gomorra nos habríamos asemejado* (Romanos 9:29).

Pero según el hebreo se dice bellamente: *Congregaré*, dice, *a la que cojea*, es decir, a la que había andado mal y a la que Elías había dicho: *¿Hasta cuándo cojearéis* (1 Reyes 18)? cuyo pie que causaba escándalo había sido cortado (Marcos 9). A la que había arrojado, y a la que había dado libelo de repudio, la recogeré: y a la que había afligido con diversas cautividades, o había entregado al diablo y a sus ángeles.

Y para que un lector diligente no nos objete de inmediato, ¿cómo afirmas que la coja es congregada, y la que fue arrojada es recogida, cuando los judíos permanecen en la infidelidad? Que oiga que esto se dice de la primera Iglesia de Cristo que creyó de entre los judíos, de la cual también fueron los Apóstoles, sobre la cual Lucas describe en los Hechos de los Apóstoles: que en un día creyeron tres mil, y en otro lugar cinco mil (Hechos 2), y de quienes Santiago habla a Pablo: *Ves, hermano Pablo, cuántos miles hay de judíos que creen, y todos ellos son celosos de la Ley* (Hechos 21:20).

Pero considera también la significación profética: No dijo, pondré a toda la coja a salvo; sino *pondré a la que cojea como remanente*, para que el remanente y la elección se salven, y a la que había trabajado, en una nación robusta, a saber,

en el nombre cristiano, que ni la espada, ni los fuegos, ni los tormentos vencerán. Mira la fe y la pasión de los Mártires, y no dudarás acerca de la nación robusta.

Y reinará el Señor sobre ellos, es decir, sobre muchas gentes, y sobre el remanente de los cojos en el monte Sion, en la Iglesia, en la atalaya, en la contemplación de las virtudes, desde el siglo presente y hasta el futuro.

Pero si alguien quisiera entender lo que se dice: *Congregaré a la que fue quebrantada, y acogeré a la que fue arrojada*, y lo demás, acerca del alma humana, que antes del advenimiento de Cristo sirvió a diversas pasiones y vicios, y como oveja errante y enferma fue desgarrada por las mordeduras de los lobos, no errará: siempre que sepa que la que fue quebrantada y afligida estaría después bajo el reino del Señor, y viviría en Sion, y sería llevada de vuelta al monte original sobre los hombros del buen pastor (Lucas 15).

También debe saberse que este capítulo que ahora hemos expuesto, y el similar de Isaías, los judíos y los herederos de su error lo refieren a un imperio de mil años de Cristo y los santos. Y lo que se dice: *Todos los pueblos andarán, cada uno en el nombre de su Dios*, lo interpretan así, que cada nación será atormentada con su ídolo, y enviada al fuego del suplicio eterno. Pero son refutados por lo que sigue, que esto no se dice del fin de los siglos, sino del primer advenimiento de Cristo, en el cual se recogen los remanentes de la que cojea, y los gentiles son salvados antes.

Por tanto, Isaías expuso un testimonio de este tipo: *La palabra que vino a Isaías hijo de Amós acerca de Judá y Jerusalén: porque será en los últimos días que el monte del Señor será manifiesto, y la casa de Dios sobre la cumbre de los montes, y será exaltado sobre las colinas, y vendrán a él todas las gentes, e irán muchas naciones, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob, y nos anunciará nuestro camino, y andaremos en él: porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén: y juzgará entre muchas gentes, y argüirá a un pueblo numerosísimo, y forjarán sus espadas en arados, y sus lanzas en hoces, y no alzará espada nación contra nación, y no aprenderán más a guerrear* (Isaías 2):

Significativamente se dice aquí que la palabra de Dios, saliendo de Jerusalén, juzga entre muchas gentes, y propiamente reprende al pueblo judío. Pues a nosotros nos juzgará como pecadores según la medida de nuestras obras: pero a ellos, como impíos y negadores, no los juzgará, sino que los argüirá como ya condenados.

LIBRO SEGUNDO.

Siempre respondemos a los envidiosos, porque la envidia no cesa: y los comienzos de nuestros libros confutan las maldiciones de los rivales, quienes comúnmente se jactan de que escribo ciertas tonterías de discurso estéril y ayuno, y que, ya que no sé hablar, no puedo callar. Por tanto, os ruego, oh Paula y Eustoquio, que cerréis los oídos a ladridos de este tipo y, ayudando a mi "infancia" (como dicen ellos) con vuestras oraciones, obtengáis para mí, según el Apóstol, una apertura de mi boca, de modo que pueda adaptarse a quien habla desde las Escrituras: *El Señor dará la palabra a los que evangelizan con mucha virtud* (Salmo 67:12). Advierto, además, a los toros gordos que me han rodeado (Salmo 21:13), que descansen y dejen de maldecir, para que no conozcan sus malas acciones, que serán presentadas después si persisten en dañarme. Pues en cuanto a lo que dicen, que "compilo" los volúmenes de Orígenes, y que no conviene contaminar los escritos de los antiguos —lo que ellos consideran una maldición vehemente, yo lo tomo como la mayor alabanza, ya que deseo imitar a aquel que no dudo agrada a todos los prudentes y a vosotras. Pues si es un crimen traducir las obras benditas de los griegos, acúsese a Enio y a Marón [Virgilio], a Plauto, Cecilio y Terencio, también

a Tulio [Cicerón] y a otros varones elocuentes, que no solo tradujeron versos, sino muchos capítulos y libros larguísimos y fábulas íntegras. Pero incluso nuestro Hilario sería reo de robo, porque en los salmos tradujo al sentido casi cuarenta mil versos del susodicho Orígenes. De todos los cuales deseo emular la "negligencia", antes que la "oscura diligencia" de aquellos hombres. Pero ya es tiempo de forjar el segundo libro sobre Miqueas, y de aplastar las cabezas renacientes de la hidra con la maza (*rhopalō*) profética.

(Vers. 8, 9.) Y tú, torre del rebaño, nebulosa hija de Sion, hasta ti vendrá; y vendrá la potestad primera, el reino de la hija de Jerusalén. ¿Por qué ahora te contraes con el dolor? ¿Acaso no hay rey para ti, o ha perecido tu consejero, porque te ha asaltado el dolor como a parturienta?

LXX: Y tú, torre del rebaño, caliginosa hija de Sion, a ti vendrá, e ingresará el principado primero, el reino ÷ de Babilonia de la hija de Jerusalén. Y ahora ¿por qué has conocido males? ¿Acaso no había rey para ti, o ha perecido tu consejo, porque te han obtenido los dolores como a parturienta?

No debemos aceptar como la torre del rebaño nebulosa o escuálida, que en hebreo se llama OFEL, a ninguna otra sino a aquella de la que dice Isaías: *Y edificué una torre en medio de ella*, es decir, de la viña. Pues *la viña del Señor es la casa de Israel* (Is. 5:2). Esta torre, mientras tiene lagar, es decir, altar, y un muro en su contorno, a saber, los auxilios de los ángeles, y no entra el jabalí del bosque en la viña, no es escuálida, no es tenebrosa; sino que, habiendo obtenido el

nombre del Señor resplandeciente, es llamada ciudad que, situada en el monte, no puede ocultarse. Por tanto, la torre que en otro tiempo fue del rebaño y del pueblo de Dios (porque los pésimos colonos mataron al hijo del padre de familia (Lucas 20)) ahora está escuálida y desvalida, y bajo el nombre de Ariel, clama desde la tierra en Isaías. *Y esta torre es de la hija de Sion*, o, como traduce Símaco al griego: *Ella misma es la hija de Sion* (Is. 29); y hasta ella vendrá Dios, o la potestad primera, cuya potestad es el reino de la hija de Jerusalén. Pues vino a esta torre la potestad primera, o el principado primero, aquel que había dicho: *Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último* (Apoc. 22:13). Y el que, en la persona del hombre asumido, dice en los Proverbios: *El Señor me creó en el principio de sus caminos para sus obras* (Prov. 8:22), o, como se escribe en el hebreo: *El Señor me poseyó*; pues CANANI (qānānî) no significa *me creó*, sino que significa *me poseyó* y me tuvo. Y vino la potestad primera, y el reino de la hija de Jerusalén, para que después de la primera se hiciera también la segunda; pues así como él mismo habla con confianza: *Yo soy la luz del mundo* (Juan 8:12), así también concede a sus discípulos que ellos también sean llamados luz del mundo, y les dice: *Vosotros sois la luz del mundo* (Juan 6). Pero también llamándose a sí mismo la verdadera viña en el Evangelio, habla de los creyentes a través de Jeremías: *Mas yo te planté como viña fructífera, toda verdadera* (Jer. 2:21). Y siendo el pan vivo que desciende

del cielo, concedió a los discípulos que fueran llamados pan. De donde también el apóstol Pablo habla con confianza: *Pues todos somos un solo pan* (1 Cor. 10:17). De este modo, pues, ingresa la potestad primera y el reino en Jerusalén, para que a los que creen en ella los haga potestad y reino. En cuanto a lo que se lee en algunos libros: *E ingresará el principado primero, el reino de la hija de Sion, y es de Babilonia*, sepamos que ha sido añadido, porque no se encuentra ni en el hebreo ni en los otros intérpretes. Y me parece a mí que se refirió ciertamente a la cautividad babilónica, porque el pueblo que salía de allí vino a Jerusalén.

Sigue: *¿Y ahora por qué te contraes con el dolor?* o, como está escrito en los LXX: *Y ahora ¿por qué has conocido males*, a la cual, dice, vendrá el Señor y la potestad primera y el reino? ¿Por qué ahora te contraes con el dolor, o por qué has conocido males? Al instante se responde y se dice: Porque no hay rey para ti, y ha perecido tu consejero, porque te ha asaltado el dolor como a parturienta. O ciertamente, aunque tengas todas estas cosas, por tu vicio no mereces el auxilio ni del rey ni del consejero. En cuanto a lo que dice: *¿Por qué has conocido males?*, debe aceptarse en el sentido de que todo el que merece y padece males, se dice que conoce los males e ignora los bienes. Según aquello que también está escrito en el primer libro de los Reyes: *Los hijos de Helí, hijos de pestilencia, no conocieron al Señor* (1 Sam. 2:12). Y en otra parte: *Quien guarda el mandamiento, no conocerá palabra mala* (Ecl. 8:5). Y a los pecadores: *Apartaos de mí*, dice el

Señor, *los que obráis la iniquidad, porque no os conozco* (Sal. 6:9). Al contrario sobre el Señor: *Aquel que, no habiendo conocido el pecado, por nosotros se hizo pecado* (2 Cor. 5:21), se sobre-entiende, Dios Padre.

Además, el rey y el Ángel del gran consejo se entiende como el Salvador, que pereció por el pueblo no creyente, a quien asaltaron los dolores como a parturienta; pues pensando Israel que obtendría el imperio, de repente fue devastado. Y así como la parturienta no puede evitar el dolor, así él no pudo evitar ni diferir la inminente cautividad y el ejército rodeado en torno a la ciudad. Leamos las Escrituras, y nunca encontraremos que las santas mujeres, a excepción de Raquel, hayan parido con dolor; quien, porque estaba en el camino y en el hipódromo, es decir, la carrera de caballos que se venden en Egipto, parió un hijo del dolor, al que después el padre llamó hijo de la derecha (Gén. 35). Eva, arrojada del paraíso y oyendo: *Con dolores parirás* (Gén. 3:16), es descrita habiendo parido con dolor. La mujer de Finees, contraída y sin erguirse, como aquella a la que el diablo ligó en el Evangelio (Lucas 13), parió después de haber conocido que el arca de Dios había sido tomada y la ruina del pueblo (1 Sam. 4). Pero Sara, porque era santa y le habían cesado las cosas de las mujeres, nacido Isaac, dice: *Risa me ha hecho el Señor, pues quienquiera que lo oiga, se alegrará conmigo* (Gén. 21:6). Por tanto, los dolores que obtuvieron la torre del rebaño son los dolores del infierno y los dolores de la muerte, que ciertamente rodearon e inclu-

so cercaron al Salvador; pero de ningún modo pudieron obtenerlo, como él mismo habla en el salmo decimoséptimo: *Me rodearon los dolores de la muerte, y los torrentes de la iniquidad me conturbaron, y los dolores del infierno me cercaron* (Sal. 17:5-6). Algunos piensan que la torre escuálida o tenebrosa y la hija de Jerusalén debe entenderse de la Jerusalén celestial, que es la madre de los santos, de la cual también dice el Apóstol: *Os habéis acercado al monte Sion, y a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial* (Heb. 12:22), la cual está escuálida mientras sus hijos no son reducidos a ella, y el rey y consejero no esté en ella, y los dolores como de parturienta la asalten, porque en vano parió, viendo a tantos hijos muertos.

(Vers. 10.) Duélete y esfuérzate, hija de Sion, como parturienta: porque ahora saldrás de la ciudad, y habitarás en la región, y vendrás hasta Babilonia: allí serás librada, allí te redimirá el Señor de la mano de tus enemigos.

LXX: Duélete, y pórtate varonilmente, hija de Sion, como parturienta, porque ahora saldrás de la ciudad, y habitarás en el campo, y vendrás hasta Babilonia: de allí te libraré, y de allí te redimirá el Señor tu Dios de la mano de tus enemigos.

A quien se le manda que se duela, o que dé a luz, y después se le añade, *pórtate varonilmente*, no se le manda en vano; sino para que, soportando los dolores con paciencia, salga de la ciudad, y habite en el campo o en la región, y venga hasta Babilonia; y cuando, sosteniendo la cautividad por el pecado, haya llevado con forta-

leza lo que le ha sido impuesto, entonces el Señor la libre, y su Dios la redima de la mano de sus enemigos, para que después de haber sido librada, diga a los que la insultan: *No te alegres de mí, enemiga mía, porque he caído: me levantaré; pues aunque camine en tinieblas, el Señor es mi luz:* *la ira del Señor soportaré porque pequé contra él, hasta que justifique mi causa, y haga mi juicio, y me saque a la luz, y vea su justicia, y mi enemiga lo vea, y se cubra de ignominia* (Miqueas 7:8-10). De donde también se canta con voz congruente en los Salmos: *No se airará para siempre, ni amenazará el Señor por la eternidad* (Sal. 102:9). Además, aquello de *Duélete, y pórtate varonilmente*, pertenece a la salvación del que se duele y del que se porta varonilmente, como también es testigo Josué hijo de Nun, a quien el Señor dice: *Esfuézate, y pórtate varonilmente* (Josué 1:7).

Pero la hija de Sion se duele y se porta varonilmente, porque salió de la ciudad descalza y desnuda, y ha de ser llevada cautiva al campo de Sennaar, y ha de estar en Babilonia hasta que venga Zorobabel, y Esdras, que se interpreta como *ayudador*, y la libre de la mano de los caldeos. Aunque esto es manifiesto según la letra, me parece a mí que significa el alma expulsada de la Iglesia por el pecado, y entregada al enemigo y vengador para la destrucción de la carne, para que el espíritu se salve: salir de la ciudad a la que el ímpetu del río alegra, y habitar no en el monte, donde antes había estado, sino en el campo, en el que vaga el ejército de los asirios, y estar en

la confusión de sus vicios; y después que haya tenido grilletes, y haya tirado de la muela, y hecho harina para los babilonios, volviendo en sí, diga: *¡Cuántos jornaleros de mi padre se sacian de pan, y yo aquí perezco de hambre!* (Lucas 15:17), y después volviendo a la casa paterna sea recibida por el clementísimo padre, y redimida de la mano de un durísimo señor.

Pongamos un ejemplo para que lo que se manda a la hija de Sion, y se dice: *Duélete, y pórtate varonilmente como parturienta*, lo refiramos no a su castigo, sino a su utilidad. Habla Pablo a los Gálatas: *Hijitos míos, a quienes vuelvo a dar a luz, hasta que Cristo sea formado en vosotros* (Gálatas 4:19). Y dolió tanto tiempo, dio a luz tanto tiempo, hasta que los generara de nuevo por la penitencia, a los que por el delito habían perecido. Imagina que un médico le dice a un febril o a un herido: *Duélete, y pórtate varonilmente*, soporta la sed, lleva el cauterio, para que siga una salud más cierta.

(Vers. 11-13.) Y ahora se han congregado sobre ti muchas gentes, que dicen: Sea lapidada, y vea en Sion nuestro ojo. Pero ellos no conocieron los pensamientos del Señor, y no entendieron su consejo: porque los congregó como el heno de la era. Levántate y trilla, hija de Sion, porque tu cuerno pondré de hierro, y tus pezuñas pondré de bronce, y desmenuzarás a muchos pueblos: e inmolarás [Al. inmolaré] al Señor sus rapiñas, y su fortaleza al Señor de toda la tierra.

LXX: Y ahora se han congregado sobre ti muchas gentes que dicen: Insultemos y vean en

Sion nuestros ojos. Pero ellos no supieron los pensamientos del Señor, y no entendieron su consejo, porque los congregó como gavillas de la era. Levántate y trállalos, hija de Sion: porque tus cuernos pondré de hierro, y tus pezuñas pondré de bronce, y desmenuzarás a muchos pueblos, y consagrarás al Señor la multitud de ellos, y su robustez al Señor de toda la tierra.

Oh Jerusalén, oh hija de Sion, que vendrás hasta Babilonia, y allí serás librada, y te redimirá el Señor de la mano de tus enemigos: ahora entretanto [Al. de nuevo] se han congregado sobre ti muchas gentes, que como de una adúltera hablan, y dicen: *Sea lapidada, y vea en ella nuestro ojo*. O como está escrito en los LXX: *Insultemos y alegrémonos, y desprecien sobre Sion nuestros ojos*: y no conocieron la voluntad del Señor ni su consejo: porque para esto han sido congregadas contra ti las naciones, para que las quebrantes, como el heno o la paja de la era. Levántate, pues, hija de Sion, y con los cuernos de hierro que prometo darte, y con las pezuñas de bronce que vas a recibir, avienta y quebranta a los pueblos, e inmólos para el Señor de toda la tierra. Pues con tal víctima y con tal sacrificio se deleita.

Los judíos, viendo estas cosas aún no cumplidas, se las prometen en el futuro advenimiento de Cristo, y dicen que todas las naciones servirán al pueblo judío, y que el mismo imperio de los romanos, que interpretan bajo el nombre de Edom, ha de ser quebrantado por sus pezuñas y aventado por sus cuernos. Cuán estúpido sea esto, se comprueba fácilmente por todas las Escrituras;

pero esto es para otro tiempo. Nosotros, pues, que seguimos no la letra que mata, sino el espíritu que vivifica, decimos que contra la hija de Sion, que se interpreta como la Iglesia, se congregan muchas naciones de demonios, y en el presente siglo, que está puesto en el maligno, la insultan, y se alegran en la matanza de sus hijos, no conociendo los pensamientos del Señor, ni reconociendo su consejo. Pues si hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la majestad (1 Cor. 2:8). Los congregará, pues, como gavillas de la era, para que todo lo espinoso y disperso, vacío y leve que parecían tener, lo quebrante ella con sus pezuñas y lo aviente con sus cuernos, y quedando puro el trigo, sea ofrecido en los dones del Señor. Además, qué signifique en aquello que dice: *Y desmenuzarás a muchos pueblos, y consagrarás al Señor la multitud de ellos, y su robustez al Señor de toda la tierra*. Leamos Números, y a Josué hijo de Nun, y el primer libro de los Reyes, y veremos cómo, de las naciones sometidas, habiendo perecido todas al filo de la espada, el oro y la plata, y tanto de los hombres como de los animales, fue consagrado al Señor un número cierto de la presa. Finalmente también Acor, que robó algo del anatema de Jericó, conturbó al pueblo, y por su pecado se impuso el nombre al valle, EMEC ACHOR, es decir, *valle del tumulto* o *de las turbas* (Josué 7). Pero para que sepas que según los intérpretes LXX, que dijeron: *Consagrarás al Señor la multitud de ellos, y su robustez al Señor de toda la tierra*, debe aceptarse en buena parte la consagración: Teodoción, en lugar de multitud,

tradujo *dones*: la Quinta edición, *emolumento*, es decir, *ōpheleian*: Símaco, *lucro*, es decir, *to kerdos autōn*.

(Cap. 5. --- Vers. 1.) Ahora serás devastada, hija del ladrón: han puesto sitio contra nosotros: con una vara herirán la mejilla del juez de Israel.

LXX: Ahora será obstruida la hija con una obstrucción: ha puesto angustia sobre nosotros: con una vara herirán sobre la mejilla de las tribus de Israel.

No porque una tribu hiera la mejilla de otra, sino porque otros herirán a las tribus de Israel en la mejilla. Te prometí ciertamente, oh hija de Sion, que vendría el tiempo en que pondría tu cuerno de hierro y tus pezuñas de bronce, y que, desmenuzada la multitud de los demonios, ofrecerías lo que ellos antes habían poseído al Señor de toda la tierra (Rom. 11). Pero porque esto ha de ser entonces, cuando haya entrado la plenitud de las naciones y todo Israel haya sido salvado: ahora entretanto, por tus méritos, eres devastada, o como se dice en el hebreo, *cortada*. Pues de ningún modo, según el Apóstol (Fil. 3:2), eres llamada Circuncisión, sino concisión [mutilación]: ni te llamo hija mía, sino hija de un ladrón, lo que en hebreo se dice BATH GEDUD, es decir, del diablo siempre ceñido para el pillaje. Pues has hecho de mi casa una cueva de ladrones, has luchado contra mí, y tus hijos han puesto sitio contra mí, y contra mi Hijo y mi Espíritu. ¿Acaso no es una injuria a la Trinidad cuando, por obra tuya, los romanos hirieron la cabeza del juez de Israel con una vara y una caña, diciendo:

*Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió?
 * (Mt. 26:68); o cuando uno de tus ministros le hirió en la mejilla, diciendo: *¿Así respondes al pontífice?* (Jn. 18:22). Esto según el hebreo, con cuya interpretación concuerdan Aquila y Símaco, y Teodoción, y la quinta edición.

Según los LXX, sin embargo, el sentido es mucho más profundo, y se entiende como desde su propio comienzo. Ahora la sinagoga es obstruida con una obstrucción: y dirán los que en ella estuvieren encerrados: *Puso angustia sobre nosotros*; y sometidas a las potestades romanas, serán heridas en la mejilla las tribus de Israel. Pues quitó el Señor de Judea y de Jerusalén al fuerte y al robusto, y al sabio arquitecto, y al inteligente oyente [Al. ayudador], y sus caminos hasta el día de hoy están cerrados y cercados, ni puede salir de la cautividad; sino que es oprimido por un imperio durísimo (Is. 3:1-2). Pero si, según el sentido superior, quisiéramos aceptar lo dicho sobre la Iglesia: *Ahora será obstruida la hija con una obstrucción*, propongamos aquel ejemplo de Oseas, en el cual la adúltera habla: *Iré tras mis amantes, que me daban mi pan y mi agua, y mis vestidos y mis linos, mi aceite y todas las cosas que me aprovechan* (Os. 2:5). Y después Dios, queriendo impedir su pésimo pensamiento, no hace que ella cumpla lo que desea; sino que obstruye sus caminos, para que no siga a sus amantes y fornique más. Dice en efecto: *Por tanto, he aquí que yo obstruiré sus caminos con estacas, y cercaré sus caminos: y no hallará su senda, y perseguirá a sus amantes y no los alcan-

zará, y los buscará y no los hallará, y dirá: Iré y volveré a mi primer marido, porque entonces me iba bien* (Os. 2:6-7, según los LXX). Advierte que la obra del Señor ha aprovechado: pues la adúltera, no hallando su camino y no pudiendo ir a donde quería, obligada por la necesidad vuelve a su primer marido, y confiesa que le es mejor en la casa del marido anterior de lo que antes le había sido entre sus amantes; e Israel es instruido por las tribulaciones y las plagas. De donde también se dice místicamente sobre David bajo el tipo de Cristo: *Si sus hijos abandonaren mi ley, y en mis juicios no anduvieren, si mis justicias profanaren, y mis preceptos no guardaren, visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus pecados: mas mi misericordia no apartaré de él* (Sal. 88:31-34). Por tanto, puso Dios tribulación sobre la hija de Israel, y la herirán los Ángeles, que están puestos sobre las plagas, en la mejilla. Y para que no ignorases por ventura quién era la hija que es obstruida con una obstrucción y es puesta en angustia, al instante se añade y se dice, *las tribus de Israel*. Mas nosotros somos el Israel que vemos a Dios con la mente, para cuya distinción habla el Apóstol: *Ved al Israel según la carne* (1 Cor. 10:18). Pues nunca lo llamaría Israel carnal, si no supiera que existía también uno espiritual.

(Vers. 2.) Y tú, Belén Efrata, pequeña eres entre los millares de Judá: de ti me saldrá el que ha de ser dominador en Israel, y su salida es desde el principio, desde los días de la eternidad. LXX: Y tú, Belén, casa de Efrata, mínima eres para estar entre los millares de Judá: de ti me saldrá para

ser el príncipe de Israel, y su salida es desde el principio desde los días del siglo. En el Evangelio según Mateo (Mt. 2), cuando los magos vinieron de Oriente y Herodes preguntó a los escribas dónde nacería el Cristo el Señor, se narra que respondieron: *En Belén de la tierra de Judá*; quienes, añadiendo el testimonio del profeta, dijeron: Y tú, Belén, tierra de Judá, de ningún modo eres la mínima entre los jefes de Judá: pues de ti saldrá el jefe que rija a mi pueblo Israel. Que este testimonio no concuerda ni con el hebreo ni con los setenta intérpretes es evidente aun sin que yo lo diga; y considero que Mateo, queriendo reprender la negligencia de los escribas y sacerdotes respecto a la lectura de la Divina Escritura, lo puso así tal como fue dicho por ellos. Hay, sin embargo, quienes afirman que en casi todos los testimonios que se toman del Antiguo Testamento existe un error de esta clase, de modo que o se cambia el orden o las palabras, y a veces incluso el sentido mismo es diverso, porque los apóstoles o los evangelistas no tomaban los testimonios del libro sino que confiaban en su memoria, que a veces se equivoca.

Expongamos, pues, el hebreo: Y tú, Belén, esto es, *casa del pan*, que eres llamada *Efrata*, pequeña eres ciertamente entre las ciudades de Judá, y comparada con tantos millares, apenas eres una pequeña aldea; pero de esta pequeña aldea saldrá el Cristo, que es el dominador en Israel. Y para que no pienses que es solo del linaje de David, a quien prometí diciendo: *Del fruto de tu vientre pondré sobre mi solio* (Sal. 131, 11), la

asunción de la carne no impide su majestad divina: pues de mí nació antes de todos los siglos, y el creador de los tiempos no está sujeto al tiempo. Él mismo es a quien dije también en otro salmo: *Antes del lucero te engendré* (Sal. 109, 3). *En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios* (Jn. 1, 1). Este era en el principio con Dios. Y por ello su salida es desde el principio, desde los días de la eternidad.

Que Belén misma sea Efrata lo muestra el libro del Génesis, en el cual la Escritura conmemora: *Murió Raquel y fue sepultada en el camino de Efrata, esta es Belén* (Gén. 35, 19). Y en ambos nombres se significa un misterio: pues se llama *casa del pan* por el pan vivo que descendió del cielo (Jn. 6); y *Efrata*, que se interpreta como *ve el furor*, por la locura de Herodes, quien, burlado por los magos, se airó sobremanera y, enviando, mató a todos los niños en Belén y en todos sus confines de dos años para abajo, según el tiempo que había inquirido de los magos; y por la mucha sangre se oyó una voz en lo alto, el llanto y el gemido de Raquel que lloraba a sus hijos (Jer. 31, 15). Leemos, al menos según los setenta intérpretes, en Josué, donde se describen las ciudades y los pueblos de la tribu de Judá, entre otros también esto escrito: *Tecoá y Efrata, esta es Belén, y Fagoró*, *y Etam, y Culón, y Tatamí, y Soris, y Carem, y Galim, y Beter, y Manocó, once ciudades y sus aldeas* (Jos. 15), lo cual no se encuentra ni en el hebreo ni en ningún otro intérprete; y ya sea que haya sido borrado de los libros antiguos por la malicia de los judíos, para que no pareciera que

Cristo nació de la tribu de Judá, o añadido por los Setenta, al no conocerlo con claridad, nada sabemos con certeza. No obstante, también por el libro de los Jueces podemos corroborar esto mismo, que Belén está en la tribu de Judá, pues está escrito: *Y hubo un varón levita que habitaba en los lados del monte Efraín, y tomó para sí una mujer concubina de Belén de Judá, y se airó con él su concubina y se fue a la casa de su padre en Belén de Judá* (Juec. 19, 1). Bellamente se dice, *en Belén de Judá*, para distinción de aquella Belén que está situada en Galilea, como hallé en el mismo volumen de Josué. Efrata puede sonar en nuestra lengua como *karpophoron*, ubérrima y fructífera, y mostrar eso mismo en misterio que la *casa del pan*.

(Vers. 3.) Por esto los entregará hasta el tiempo en que la que está de parto dé a luz, y las reliquias de sus hermanos se convertirán a los hijos de Israel. LXX: Por tanto los entregará hasta el tiempo de la que da a luz: dará a luz, y las reliquias de los hermanos volverán a los hijos de Israel. Porque de Belén, que es Efrata, salió Cristo el dominador en Israel, y su salida no había sido solo en aquel tiempo en que fue visto en la carne, sino desde el principio de la eternidad, o desde el principio del siglo. Porque él mismo siempre habló por los profetas, y la palabra de Dios fue hecha en la mano de ellos: por tanto entregará a los judíos, y les permitirá reinar hasta el tiempo de la que da a luz, cuando se cumple aquello: *Alégrate, estéril que no das a luz, rompe a gritar y clama tú que no estás de parto, porque muchos son los hijos de

la desolada más que de la que tiene marido* (Is. 54, 1, según los LXX). Pues cuando la estéril haya dado a luz siete, y la que había tenido muchos hijos se haya debilitado, y por el delito del pueblo judaico haya entrado la plenitud de las naciones, entonces todo Israel será salvo, y las reliquias de sus hermanos se convertirán a los hijos de Israel; y viniendo el profeta Elías, que se interpreta como *Dios Señor*, convertirá los corazones de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a sus padres (Lc. 1, 17), y el pueblo novísimo se unirá al antiguo, para que verdaderamente sean llamados hijos de Abraham, cuando hayan creído en aquel a quien Abraham vio y se alegró (Jn. 8). ¿And cuál es el tiempo en que la estéril da a luz? Según creo, aquel del que habla Isaías: *En tiempo aceptable te oí, y en el día de la salvación te auxilié* (Is. 49, 8). Lo cual también Pablo, entendiendo que fue predicado sobre el tiempo de Cristo, dice: *He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de la salvación* (2 Cor. 6, 2). Esto mismo pienso que se demuestra místicamente por lo que está escrito en el Eclesiastés: *Tiempo de dar a luz, y tiempo de morir* (Ecl. 3, 2), porque en aquel tiempo en que de la estéril nació el pueblo de las naciones, la sinagoga perdió a sus hijos.

Pero también puede entenderse de otro modo: El Señor entregará el templo y a Jerusalén, y a los judíos hasta aquel tiempo en que la virgen dé a luz, la cual después de que haya dado a luz, y el párvulo nacido haya recibido los despojos de Samaria y la fuerza de Damasco, muerto el pueblo de los judíos, las reliquias de Israel se salvarán.

Y los hermanos de Cristo, esto es, los apóstoles, se convertirán a la fe de los profetas y patriarcas, que anunciaron al Cristo que había de venir, y se cumplirá el vaticinio del salmo: *En lugar de tus padres, te han nacido hijos*, y lo demás que sigue (Sal. 44, 17).

(Vers. 4.) *Y estará y apacentará en la fortaleza del Señor, en la sublimidad del nombre del Señor su Dios, y se convertirán, porque ahora será magnificado hasta los términos de la tierra.* LXX: *Y estará, y verá, y el Señor apacentará a su grey en fortaleza, y en la gloria del nombre del Señor su Dios estarán, porque ahora serán magnificados hasta los términos de la tierra.* Después de que el sol de justicia haya salido de la cumbre de los cielos, y haya llegado hasta los términos de ellos, y la que está de parto haya dado a luz, y las reliquias de sus hermanos se hayan convertido a los hijos de Israel: entonces el mismo Señor que antes caminaba, y con los que estaban puestos en el camino aún no tenía el paso fijo, estará y los apacentará en la fortaleza del Señor, para que puedan decir: *El Señor me apacienta, y nada me faltará: en lugar de pastos, allí me colocó, sobre aguas de refrigerio me nutrió: convirtió mi alma* (Sal. 22, 1-3). Además los apacienta, no solo en la fortaleza del Señor, sino también en la sublimidad del nombre del Señor su Dios, cuando dice al Padre: *Padre santo, guarda en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno así como nosotros: cuando estaba con ellos, yo los guardaba en tu nombre: a los que me diste, los custodié, y ninguno de ellos pereció* (Jn. 17, 11-12). *Y se

convertirán*, o como mejor interpretó Símaco, *habitarán*. Pues la palabra hebrea *YASHUBU* significa ambas cosas. Habitarán, pues, en la Iglesia del Señor, porque Cristo ha sido magnificado hasta el término de la tierra. O, según los LXX, porque serán magnificados ellos mismos con su pastor hasta el extremo de la tierra, para que *por toda la tierra salga el sonido de ellos y hasta los fines del orbe de la tierra las palabras de ellos* (Sal. 18, 5).

(Vers. 5.) *Y este será paz: el Asirio cuando viniere a nuestra tierra, y cuando hiciere pie en nuestras casas.* LXX: *Y esta será la paz; el Asirio cuando sobreviniere a vuestra tierra, y cuando subiere sobre vuestra región.* Cuando viniere el diablo, que se interpreta como *euthynōn*, esto es, el que arguye y corrige, sobre la tierra y la región de los creyentes, y de aquellos a quienes el Señor apacienta en fortaleza y en la sublimidad del nombre del Señor su Dios, y los hollare con varias tribulaciones, y sobre las casas de nuestras almas, esto es, los cuerpos, como soberbio subiere y los oprimiere, y sin embargo nada nos separare de la caridad de Cristo: entonces la paz de Cristo, o el mismo Cristo estará en nosotros, y se dirá del santo: *Nada le aprovechará el enemigo en él.*

Pongamos un ejemplo, para que lo que decimos pueda hacerse más manifiesto. Vino el Asirio sobre la tierra del que fuera Pablo, y subió sobre su región, cuando estuvo en trabajos sobremana; en azotes más abundantemente, en cárceles muchísimo, en muertes frecuentemente: cuando

de los judíos cinco veces recibió cuarenta menos una, tres veces fue azotado con varas, una vez fue apedreado, tres veces padeció naufragio, noche y día estuvo en lo profundo del mar, en peligros de ladrones, peligros entre falsos hermanos, peligros por su linaje, peligros por las naciones; pero en todas estas cosas vencía por aquel que lo había amado. Y por ello se llenaba de paz, porque había sido llenado de contumelias (1 Cor. 11). Los judíos, en el advenimiento del Cristo que se fingen para sí, sostienen que todas estas cosas han de ser futuras según la letra.

(Vers. 6.) *Y suscitaremos sobre él siete pastores y ocho primates hombres, y apacentarán la tierra de Asur con la espada, y la tierra de Nemrod con sus lanzas, y librára de Asur cuando viniere a nuestra tierra, y cuando hiciere pie en nuestros confines.* LXX: *Y se levantarán sobre él siete pastores y ocho mordeduras de hombres, y apacentarán a Asur con la espada, y a la tierra de Nemrod en su fosa, y librára de Asur cuando viniere sobre vuestra tierra, y cuando subiere sobre vuestros términos.* Donde nosotros hemos puesto *primates hombres*, y en el hebreo está escrito *NESICHE ADAM*, Símaco interpretó *Cristos de los hombres*; Teodoción y la quinta edición, *príncipes de los hombres*; Aquila, *graves* o *constituidos hombres*, esto es, *kathistamenous*. De nuevo, en aquello donde yo y Aquila tradujimos *con sus lanzas*, para que se sobreentienda de la tierra de Nemrod, Símaco vertió *entos pylōn autēs*, esto es, *dentro de sus puertas*; Teodoción, *en las puertas

de ellos*; la quinta edición, *en paraxiphēsīn autōn*, lo que nosotros podemos decir *en sus puñales*: en el hebreo, sin embargo, se ha puesto *BAPHETHEE*. Entonces, por tanto, habrá paz, cuando las reliquias de los hermanos de Cristo se hayan convertido a los hijos de Israel, y viniere el Asirio a nuestra tierra, y ayudados por el Señor, a aquel que deseaba hollar nuestras casas, velozmente lo hayamos quebrantado bajo nuestros pies. Pues el mismo Señor dice: *Suscitaremos sobre él siete pastores y ocho primates de hombres*, o *mordeduras de hombres*. Suscitaremos, pues, yo y mi Hijo y el Espíritu Santo, según aquello que está escrito en el Génesis: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra* (Gén. 1, 26). Y en el principio de Abdías: *Levantaos y subamos contra ella en batalla.* Los siete pastores pienso que son todos los patriarcas y profetas y varones santos que sirvieron a la semana, esto es, al Antiguo Instrumento. Los ocho mordiscos de hombres, sin embargo, u ocho primates hombres, y como interpretó Símaco, *Cristos*, son todos los del Nuevo Testamento, que desde los apóstoles hasta esta edad han mordido al Asirio y con sus dientes lo han lacerado. De donde también en el Eclesiastés se preceptúa: *Que demos siete partes, demos también ocho* (Ecl. 11, 2). Y en el templo de Ezequiel, que se interpreta como la Iglesia y la Jerusalén celestial, se asciende por siete y ocho gradas (Ez. 40). Y en el Salterio hay quince gradas por las cuales, a través de la semana y la ogdóada, subimos para cantar alabanzas a Dios. En el octavo día se celebra la circuncisión espiritual, y

en el templo de los judíos se destruye el sábado, y ciertos salmos se inscriben *para la Octava*.

Estos siete pastores, por tanto, y ocho mordeduras de hombres, apacentarán a Asur con la espada. Pues la palabra de Dios viva y eficaz, *y más aguda que toda espada de dos filos* (Heb. 4, 12), fue enviada por aquel que vino a traer la espada sobre la tierra, para que se dividan dos contra tres (Mt. 10, 34-35). Y la tierra de Nemrod (que se interpreta como *tentación que descien-de*) la apacentarán en su fosa; pues la tierra del gigante y del cazador y del que se ensoberbece contra el Señor no está en los montes, sino en las fosas. Este cayó como un rayo del cielo, y siempre anda entre las fieras; y porque es cazador, recorre los bosques y selvas infructuosos. Por tanto, cuanto puedo recordar en mi memoria, nunca leí "cazador" en buen sentido. Ismael y Esaú fueron cazadores (Gén. 16 y 27), y precedieron en el tipo del pueblo judaico, de los cuales uno es hijo de la egipcia, caminando según la carne y viviendo según la carne: el otro perdió las primicias por una lenteja, y envidiando las bendiciones de su hermano, lo ahuyenta a Mesopotamia. Reducida, pues, la tierra de Nemrod en sus fosas: *Pues el que cava una fosa, caerá en ella* (Prov. 26, 27): y *el que abrió un lago y lo excavó, caerá en la fosa que hizo, y su dolor volverá sobre su cabeza, y sobre su coronilla descenderá su iniquidad* (Sal. 7, 16-17). Y atravesado el Asirio por los siete pastores y los ocho mordiscos, nos libró Cristo de la mano de Asur, que había venido sobre nuestra tierra y deseaba hollar los términos de Israel. En cuanto

a lo que dice Símaco: *Y apacentarán la tierra de Asur con la espada, y la región de Nemrod dentro de sus puertas*, esto debe entenderse como que en su propia casa es atado el fuerte y es herido el adversario. Y según Aquila y la quinta edición, con los puñales y las lanzas de los siete pastores y los ocho cristos de los hombres sea atravesado.

(Vers. 7 sig.) *Y serán las reliquias de Jacob en medio de muchos pueblos, como rocío del Señor, y como gotas sobre la hierba, que no espera al varón y no aguarda a los hijos de los hombres.* *Y serán las reliquias de Jacob en las naciones, en medio de muchos pueblos, como león entre los jumentos de las selvas, y como cachorro de león en las greyes de las ovejas, el cual cuando pasare y hollare y capturaré, no habrá quien arrebate.* *Se exaltará tu mano sobre tus enemigos, y todos tus enemigos perecerán.* *Y será en aquel día, dice el Señor, quitaré tus caballos de en medio de ti: y dispersaré tus cuadrigas, y perderé las ciudades de tu tierra, y destruiré todas tus municiones, y quitaré los maleficios de tu mano, y no habrá en ti adivinaciones.* *Y haré perecer tus esculturas, y tus estatuas de en medio de ti, y no adorarás más las obras de tus manos.* *Y arrancaré tus bosquecillos de en medio de ti, y quebrantaré tus ciudades, y haré con furor y con indignación venganza en todas las naciones que no oyeron.*

LXX: *Y serán las reliquias de Jacob en las naciones, en medio de muchos pueblos, como rocío que cae del Señor, y como corderos sobre la hierba: para que nadie se congregue ni esté entre los hijos de los hombres.* LXX: *Y serán las

reliquias de Jacob en las naciones, en medio de muchos pueblos, como león entre los jumentos, en el soto, y como cachorro de león en las greyes de las ovejas: de modo que si pasare y dividiendo arrebatare, no haya quien libre.* LXX: *Se elevará tu mano sobre los que te atribulan, y todos tus enemigos se perderán.* LXX: *Y será en aquel día, dice el Señor, mataré tus caballos de en medio de ti, y dispersaré tus carros, y subvertiré las ciudades de tu tierra: y quitaré todas tus municiones.* LXX: *Y quitaré tus maleficios de tus manos, y los que hablan no estarán en ti: y dispersaré tus esculturas, y tus estatuas de en medio de ti, y ya no adorarás las obras de tus manos.* LXX: *y cortaré los bosquecillos de en medio de ti, y demoleré tus ciudades, y haré con ira y con furor venganza en las naciones, por cuanto no oyeron.*

Librados nosotros del Asirio, cuando hubiere venido sobre nuestra tierra y subido sobre nuestros términos, y librados por el Señor que suscitó sobre él siete pastores y ocho mordeduras de hombres, las reliquias de Jacob, que entendemos ser los apóstoles y la primera Iglesia de entre los judíos, serán en medio de muchos pueblos como rocío que cae del Señor. Pues ardían con los dardos encendidos del diablo los corazones de los pueblos: y todas las naciones, adulterando de Dios, tenían los corazones como horno encendido por el fuego (Os. 7). De donde el rocío que cae del Señor se hizo salud de los enfermos. Y lo que leemos en Ananías, Azarías y Misael (Dan. 3), que el espíritu de rocío silbante extinguió el horno de fuego, sintamos esto de todos en general: que en

medio de todas las naciones la doctrina de los Apóstoles fue como rocío del Señor. En cuanto a lo que sigue: *Y como corderos sobre la hierba, para que nadie se congregue ni esté entre los hijos de los hombres*, tomemos esto sobre aquellos de las naciones que no quisieron creer, que sobre ellos los Apóstoles y las reliquias de Jacob son como corderos paciando la hierba y segando el pasto con los dientes. Y esto harán para que los que no quisieron ser Ángeles, recibiendo el rocío espiritual, de ningún modo se congreguen entre los hombres, ni sean contados en la parte racional, sino que se diga de ellos: *En el trabajo de los hombres no están, y con los hombres no serán azotados* (Sal. 72, 5). Y serán las reliquias de Jacob en medio de las naciones como león entre los jumentos en el soto, y como cachorro de león en las greyes de las ovejas. Pues el Señor Jesús, de quien se profetiza en el Génesis: *Cachorro de león Judá, del germen, hijo mío, subiste: recostado dormiste como león y como cachorro de león* (Gén. 49, 9); y en otro lugar: *Recostado reposó como león, y como cachorro de león, ¿quién lo suscitará?* (Núm. 24, 9), dio también a sus apóstoles a quienes había dicho: *Id, bautizad a todas las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo* (Mt. 28, 19): para que del mismo modo que al león nadie puede resistir entre los jumentos, y al cachorro de león entre las ovejas, así ellos, librados de la mano del Asirio y de la mano del diablo, arrebataran jumentos y ovejas; pues *a hombres y jumentos salvará el Señor* (Sal. 35, 7). Y arrebataran, no para matar,

sino para dividir, esto es, separar de los infieles, y no hubiera quienes les resistieran. Vagando así el león y el cachorro de león entre los jumentos y entre las ovejas, la mano de Dios se ensalza sobre aquellos que antes habían atribulado o a Dios o a las reliquias de Israel. Y todos sus enemigos se dispersarán, no porque perezcan los enemigos y dejen de ser, sino porque perezcan en aquello que son enemigos. Como se escribe a los tesalonicenses: *A quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca* (2 Tes. 2, 8). Esta matanza no significa abolición, sino el cese de la vida pésima con que antes vivían mal. Finalmente añade: *Y destruirá con la ilustración de su advenimiento.* Nunca destruiría si la matanza sonara a abolición, cuando ya hubiera dejado de ser: así también aquí el consumo de los enemigos se toma según los Proverbios de Salomón, en los cuales está escrito: *El perecimiento se hospedará con los impíos*: no será perpetuo, no los reducirá a la nada, sino que se hospedará entre ellos en tanto que la impiedad que hay en ellos se consuma. Pues Dios creó al hombre para que no pereciera, y no hizo la muerte.

Tras esto sigue: *Y será en aquel día*, cuando sea elevada tu mano sobre tus enemigos, oh Israel, y todos tus enemigos hayan perecido, *mataré tus caballos de en medio de ti*, esto es, los lascivos ímpetus de la parte principal (*hegemonikon*) de tu corazón y que, al modo de los caballos, rotos los vínculos, irrumpen; y tus carros en los cuales te complacías en tus vicios y, asociando pecados a pecados, eras llevado como

triunfante en cuadrigas. *Y dispersaré las ciudades de tu tierra*: Pues no edificaste la ciudad que alegra el ímpetu del río de Dios (Sal. 45, 5), y que está situada en los montes, y la Jerusalén celestial (Mt. 5, 14), sino la que había edificado Caín (Gén. 4). De donde se llaman ciudades de la tierra, construidas con obras terrenales. *Y quitaré*, dice, *todas tus municiones*, las riquezas, a saber, y la pompa del siglo, y la elocuencia de los retóricos y las trampas de los dialécticos, en las cuales confiabas como en municiones. *Y quitaré los maleficios de tus manos*, con los cuales o tú mismo eras engañado por otros, o engañado engañabas a otros, y los que hablan o pronuncian no serán para ti. Ahora lleno está el orbe de los que hablan y pronuncian: hablan lo que no saben: enseñan lo que no han aprendido: son maestros cuando antes no han sido discípulos. Cuando, por tanto, Dios haya enseñado al hombre la ciencia, cesarán las falsas presunciones y será quitada la doctrina perversa. *Y dispersaré tus esculturas y tus títulos de en medio de ti.* Esculturas nuestras son las que han sido hechas por los que hablan, o las que nosotros mismos nos fingimos. De donde se preceptúa en la Ley (Ex. 20) que no nos hagamos escultura, y que no pongamos títulos en nuestra tierra (Lev. 26); y *ya no adorarás más las obras de tus manos* (Dt. 5). Infeliz la condición humana y llena de insensatez y de error: sabe que de su propio sentido han sido compuestos los dogmas, no ignora que por ella ha sido simulado el ídolo, y en lugar de Dios adora las obras de sus manos, y se encorva el hombre para que, engaña-

do, engañe. Se añade en la repromisión que se dirige a las reliquias, esto es, al *hypoleimma* de Jacob: *Y cortaré los bosquecillos de en medio de ti, y destruiré tus ciudades*, para que todos los leños de las selvas y los bosquecillos que se prohíbe plantar en el templo de Dios, y las ciudades mal construidas, que antes había llamado ciudades de la tierra, las destruya y consuma. Pero después de que haya hecho esto a las reliquias de Jacob, entonces se convertirá a las naciones que devoraron los Apóstoles como los corderos la hierba. Y porque no quisieron recibir el rocío del sermón, *haré*, dice, *en ira y en furor venganza en las naciones, por cuanto no quisieron oír.* De donde también el profeta dice: *Señor, no en tu furor me arguyas: ni en tu ira me corrigas* (Sal. 6, 2). Esto, según los setenta intérpretes, porque la inteligencia es espiritual y debimos unir el sentido con los capítulos superiores, ha sido discutido.

Por lo demás, los hebreos sueñan delirios de esta clase: Después de que los siete que fingen y que quieren que sean pastores, y los ocho príncipes de hombres hayan vencido a los asirios, y hayan apacentado la tierra de Nemrod con sus espadas, y esto haya sido hecho cuando antes el Asirio vino a la tierra de Judá: entonces, dicen, viniendo el Cristo, todas las reliquias de Jacob que pudieren quedar en las naciones estarán en bendición, como rocío que viene del Señor y como lluvia sobre la hierba, y de ningún modo esperarán en los hombres ni en los hijos de los hombres, sino en Dios. Y estarán en medio de las naciones y de los pueblos sanguinarios y crueles,

y vengándose de sus antiguos señores, como león entre los jumentos de las selvas y como cachorro de león en las greyes de las ovejas, y no habrá nadie que pueda resistir a su fortaleza. Entonces se exaltará, oh Dios u oh Israel, tu mano sobre los asirios, y todos tus ejércitos y enemigos que ahora te poseen perecerán. En aquel día, a saber, cuando hayas sido librado de las naciones, quitaré los caballos y las cuadrigas que están en medio de tus ciudades. No porque entonces Israel haya de tener caballos y cuadrigas, sino los caballos y las cuadrigas de los asirios que se encuentran en medio de tus ciudades: y dispersaré todas tus ciudades y las municiones que dedicaste a los ídolos: y quitaré los magos y los agoreros de tu tierra, y haré perecer todas tus esculturas y estatuas, y no adorarás más las obras de tus manos. Arrancaré también y subvertiré todos tus bosquecillos y tus ciudades que habías dedicado a los ídolos. Y cuando te haya hecho esto y así haya sido aplacado que todo lo que hay de malo en ti sea quitado: entonces también en mi furor y en mi indignación me vengaré por ti de todas las naciones que no quisieron oír mi sermón.

Responda en este lugar el Israel carnal si dice que estas cosas han sido hechas o son futuras? Si conmemora cosas hechas, ofrezca la historia, dé la autoridad de los libros antiguos: enseñe que todas las naciones y el Asirio estuvieron alguna vez sujetos a Israel. Pero si, jugando con vana esperanza, piensa que es futuro lo que se dice: cuando venga el Cristo, ¿qué ídolos se quitarán entonces de Israel, que ahora no adora? ¿qué bos-

quecillos se cortarán, que no tiene? ¿qué urbes se derrumbarán, que hace tiempo fueron derrumbadas? ¿qué agoreros se quitarán, a quienes como no tiene ni se gloria de tener? Sin embargo, por tanto tiempo ha sido abandonada la hija de Sion, y se sienta sin altar y sin sacerdotes; y comiendo otros sus frutos, ellos mismos con las fauces secas se prometen cosas futuras que no conocen.

(Capítulo VI.—Versículos 1, 2.) Escuchen lo que dice el Señor: Levántate, contiente en juicio contra los montes, y que los collados oigan tu voz. Escuchen (Vulg. Que escuchen), montes, el juicio del Señor, y los fuertes fundamentos de la tierra, porque el juicio del Señor es con su pueblo, y con Israel se adjudicará. LXX: Escuchen lo que el Señor ha hablado: Levántate, juzga ante los montes, y que los collados oigan tu voz. Escuchen, montes, el juicio del Señor, y los valles los fundamentos de la tierra, porque el juicio del Señor es contra su pueblo, y con Israel se juzgará. En lugar de los "fuertes fundamentos de la tierra" que los LXX interpretaron como "y los valles los fundamentos de la tierra", Simaco y Teodoción tradujeron: "y los antiguos fundamentos de la tierra"; la quinta edición, sin embargo, puso el mismo hebreo, ETHANIM, fundamentos de la tierra.

La primera voz, por tanto, es la del profeta: "Escuchen lo que dice el Señor". Luego Dios habla al profeta: "Levántate, contiente en juicio contra los montes, y que los collados oigan tu voz". De nuevo el profeta, tal como se le había ordenado, habla a los montes, y no solo a los montes, sino también a los fuertes fundamentos de la tierra, y

dice: "Escuchen, montes, el juicio del Señor, y los fuertes fundamentos de la tierra". Y da la razón por la cual los obliga a escuchar. Porque el juicio del Señor es con su pueblo, y con Israel se adjudicará. En lugar de los montes a los que el profeta habla, y en lugar de los fuertes fundamentos de la tierra, los LXX tradujeron "collados y valles", entendiendo esto, según me parece, porque el pueblo no hizo nada digno del oído de los montes, sino o de los collados que son inferiores a la altura de los montes, o de los valles sumergidos en lo profundo.

"Levántate", dice, "contiene en juicio ante los montes, y que los collados oigan tu voz". Se le ordena levantarse al que o está sentado, o está acostado, o calla, o duerme, o está muerto, según aquello que dice el Apóstol: "Despiértate tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo" (Ef. 5:14). Levántate de entre los muertos, para que camines en novedad de vida, de modo que abandonando la tierra, te esfuerces por las cosas más altas. Y "contiene en juicio contra los montes", que no creo que signifiquen otra cosa que los Ángeles, a quienes se ha encomendado la administración de los asuntos humanos, concordando en esto mismo el Cántico del Deuteronomio: "Cuando el Altísimo dividió las naciones, cuando dispersó a los hijos de Adán, estableció los términos de la tierra según el número de los Ángeles de Dios" (Deut. 32:8). Estos son los espíritus administradores (*administrato-rii spiritus*), enviados para servicio a causa de los que han de poseer la herencia de la salvación.

"Y contiene en juicio"; para que ya sea que los montes o los collados se encuentren que no han administrado dignamente a los pueblos, o parezca ser culpa mía que puse a tales jefes, o se quite la culpa del pueblo y se refiera a los príncipes. Leamos el Apocalipsis de Juan el Apóstol, en el cual son alabados y acusados los Ángeles de las Iglesias por sus virtudes y vicios, sobre los cuales se dice que presiden. Pues así como a veces la culpa es del obispo, a veces de la plebe; y a menudo peca el maestro, a menudo el discípulo, a veces es falta del padre, a veces del hijo, según sean educados bien o mal: así en el juicio de Dios, o el crimen se referirá a los Ángeles, si no hicieron todo lo que pertenecía a su oficio, o al pueblo, si haciendo ellos todo, ellos mismos despreciaron escuchar.

Hay quienes interpretan los montes y collados y los fuertes fundamentos de la tierra como Abraham, Isaac y Jacob, y los demás patriarcas, ante quienes como auditores y convocados al juicio, debe ventilarse el asunto del pueblo de Israel. Otros piensan que los montes, collados y valles son Ángeles, como dijimos arriba, que o sirven a Dios en los cielos, o presiden a los hombres sobre esta tierra, o establecidos entre los de abajo, son llamados los fundamentos de aquellos que por su propio vicio resultaron terrenales: de cuyos fundamentos de la tierra también en otro lugar encontramos escrito: "Un fuego se ha encendido por mi furor, arderá hasta los infiernos más profundos: devorará la tierra y sus fundamentos" (Deut. 32:22).

Los fuertes y antiguos fundamentos de la tierra (por cuya causa hasta ahora la tierra no pasa, y colgando sobre el vacío, permanece equilibrada) son los méritos de los justos, de quienes el Apóstol habla: "Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas" (Ef. 2:20). Así como, por tanto, los apóstoles y profetas y todo el coro de los Mártires son los fuertes fundamentos de la tierra: así según los LXX los valles y precipicios, que más significativamente se llaman pharagges en griego, son los fundamentos de aquellos que recibieron la imagen de lo terrenal (choici). El juicio del Señor, por tanto, se adjudicará con su pueblo, y con Israel. El que podía como Dios imponer suplicios por los crímenes del pueblo pecador, no quiere parecer poderoso, sino justo, y provoca al juicio a los pecadores, según aquel dicho profético: "Vengan, y juzguémonos, dice el Señor" (Is. 43:26). Incluso ahora obliga al pueblo de Israel, ante los Ángeles y toda criatura, si tiene algo que responder, para que Dios sea justificado en sus palabras y venza cuando es juzgado (Sal. 50).

(Versículo 3 sig.). Pueblo mío, ¿qué te he hecho? ¿y en qué te he sido molesto? respóndeme. Porque te saqué de la tierra de Egipto, y de la casa de los que servían te libré, y envié ante tu faz a Moisés, y Aarón, y María. Pueblo mío, recuerda, te ruego, qué tramó contra ti Balac rey de Moab, y qué le respondió Balaam, hijo de Beor, desde Setim hasta Galgal, para que conocieras las justicias del Señor. LXX: Pueblo mío, ¿qué te he hecho? ÷ ¿o en qué te contristé? ** ¿o en qué te fui molesto?

respóndeme: porque te saqué de la tierra de Egipto, y de la casa de la servidumbre te redimí, y envié ante tu faz a Moisés, y Aarón, y María. Pueblo mío, recuerda qué tramó contra ti Balac, rey de Moab, y qué le respondió Balaam, hijo de Beor, desde los Schoinoi hasta Galgal: para que se conociera la justicia del Señor. En lugar de "justicias", o "justicia", Simaco interpretó "misericordias"; y donde los LXX tienen Schoinoi, todos tradujeron el mismo hebreo SETTIM. Es, además, el lugar en el que Balac rey de los moabitas reunió un ejército contra Israel, homónimo (homonymos) con los árboles que todavía hoy se producen por el desierto del monte Sinaí. Pues donde en los LXX o el Arca del Testamento, o el altar y el tabernáculo, y las demás cosas que se refieren como hechas de maderas imputrescibles, en el hebreo se ponen "maderas de Setim", que tienen semejanza con el árbol que vulgarmente llamamos espinas blancas. Por lo cual creo que los LXX también interpretaron schinos, esto es, lentisco (lentiscum); pero que poco a poco por error de los libreros ocurrió que se leyeron schoinos, esto es, sogas (funes), en lugar de schinos, esto es, lentiscos.

Habla, pues, Dios al pueblo de Israel, y lo provoca al juicio, y le concede libertad de disputar contra él. Pueblo mío, ¿qué te he hecho, que no debiera haber hecho? ¿o en qué te contristé? aunque esto no se encuentre en el hebreo. Pues el padre contrista al hijo azotado, y el pastor visita las iniquidades de las ovejas con la vara. ¿En qué te fui molesto? o, como se escribe más significativamente en el hebreo, ¿con qué trabajo te

oprimí? ¿acaso interpretarás mis beneficios como una contumelia, y deseando los melones y las carnes egipcias, te dolerás de haber sido sacado de la tierra de Egipto, y librado de la casa de la servidumbre por mi auxilio, porque te di como guías a Moisés mi amigo, y a Aarón mi sacerdote, y a María mi profetisa? Pero si esto te parece poco, recuerda aquel tiempo cuando Balac rey de Moab alquiló por precio al adivino Balaam contra ti, y mira cómo contra su voluntad, deseando el agorero maldecirte, te bendijo (Núm. 22): desde Setim hasta Galgal, recorriendo con sus ojos todo el ejército de Israel, y cambiando de lugar, como si yo no pudiera ir con el que va, y pasar con el que pasa: y esto hice para que mis misericordias y justicias te fueran conocidas, amándote tanto que, aunque yo sea diariamente maldecido por la boca de los blasfemos, no permití que por el enemigo fueras maldecido. Los hebreos explican este lugar en el que se dice, "desde Setim hasta Galgal, para que conocieras las justicias del Señor" (Núm. 25), de este modo: desde aquel tiempo en que fornicaron en Madián, hasta el tiempo en que Saúl fue ungido como rey en Galgal (1 Sam. 10), repitan en su memoria qué males han obrado, y cuántos bienes les he hecho, y conocerán mi misericordia hacia ustedes.

Esto, según la historia, lo ha hablado Dios al Israel carnal. Pero nosotros, que deseamos contemplar la gloria del Señor a cara descubierta, y verdaderamente tenemos por padre a Abraham, oigamos a Dios disputando contra nosotros cuando hemos pecado, y arguyéndonos

por la magnitud de sus beneficios. Pues servimos alguna vez a Faraón, y para el pueblo egipcio fabricamos lodo y ladrillos: y nos redimió el que se dio a sí mismo como redención por todos, para que dijéramos los que fuimos redimidos por el Señor, a quienes redimió de la mano de los enemigos, y a quienes congregó de las regiones: "Porque para siempre es su misericordia" (Sal. 106:1). Envío también ante nuestra faz la ley espiritual (Moisés), y al gran sacerdote (Aarón), no portando un Efod típico y la verdad, sino teniendo en la frente el sello de la santidad que Dios Padre selló. Y envió a María, el vaticinio de los profetas, y no solo nos prestó eso; sino que también de las manos de los enemigos nos libró. Pues recordemos qué tramó contra nosotros aquel que quiso devorar y lamer a nuestra congregación, el verdadero Balac, el diablo. Pues Balac se interpreta como "lamer" (elingens), el rey del agua paterna: puesto que Moab según otra etimología se llama "agua paterna" (aqua paterna).

Cuando, por tanto, Balac nos acechaba, y acechaba por medio de su "pueblo vano", que se interpreta como Balaam, no permitió Dios que estuviéramos sujetos a sus maldiciones; sino que al contrario nos bendijo, siendo compelido por la verdad de la cosa misma el vano pueblo de las naciones, nacido de aquel que está "en la piel": pues Beor se interpreta como "en la piel" (in pelle), siempre dedicado a la carne y a las obras de muerte: y respondió por nosotros el pueblo vano, nacido de aquel que está todo en la piel, siempre cambiando de lugar, o estando sobre espinas,

o sobre soguillas, para que sigamos también el error de la edición Vulgata. Pues las espinas, según la palabra del Salvador, son las preocupaciones de este siglo, y las riquezas, y los placeres en los cuales es vano el pueblo (Mt. 13, Mc. 4). Pero el que esté en sogas, a saber, en los vínculos de los pecados (pues cada uno es constreñido por las sogas de sus propios pecados [Prov. 5], e Isaías es testigo, diciendo: "¡Ay de los que arrastran sus pecados como una soga larga, y las iniquidades como la correa del yugo de la ternera!" (Is. 5:18). Si, por tanto, está en pie, no está sino en espinas y en sogas: pero si quisiera circundar, no tiene paso estable, sino siempre fluctuante y vacillante, llega hasta Gálgala, que se interpreta como "rodamiento" (kylismos), esto es, volubilidad o revolcadero (volutabrum). Si alguna vez viéramos levantarse a algunos contra nosotros, y con fauces ávidas sedientos de nuestra sangre, y por la imprevista dispensación de Dios, se hicieran a favor nuestro los que habían venido contra nosotros, digamos: Balaam vino desde las sogas hasta Galgal, para que se conozca la justicia de Dios.

(Versículos 6, 7.) ¿Qué cosa digna ofreceré al Señor? ¿doblaré la rodilla ante el Dios excelso? ¿Acaso le ofreceré holocaustos y becerros de un año? ¿Puede aplacarse el Señor en millares de carneros, o en muchos millares de machos cabríos gordos? ¿Acaso daré a mi primogénito por mi crimen, el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma? LXX: ¿En qué aprehenderé al Señor? ¿recibiré a mi Dios excelso? ¿Si lo aprehendo en

holocaustos, en becerros de un año? ¿reciba el Señor en millares de carneros, o en diez millares de machos cabríos gordos? si daré a mis primogénitos por la impiedad, el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma.

Dios había provocado al pueblo al juicio: aquel, conociendo su pecado, no quiere contender, sino rogar, pero ni aun en las mismas preces tiene confianza. Pues nada es digno de lo que puede ofrecerse a Dios por el pecado, y ninguna humildad puede lavar las manchas de los delitos, porque es imposible que la sangre de los toros y de los becerros, y los holocaustos con médula, y la sangre de los carneros y de los machos cabríos gordos laven las suciedades del alma (Heb. 10). ¿Acaso, dice, daré a mi primogénito por mi crimen, como se describe que hizo el rey de Moab (4 Rey. 3)? ¿o el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma, lo que hizo Jefté, ofreciendo a su hija por la temeridad de su voto (Juec. 11)? Nosotros, pues, que somos del pueblo de Dios, sabiendo que "no se justificará en su presencia ningún viviente" (Sal. 142:2), y diciendo: "Me he vuelto un jumento ante ti" (Sal. 72:23), haciendo penitencia por los pecados, dudamos y decimos: "¿En qué aprehenderé al Señor, recibiré a mi Dios excelso?"

¿Cómo podré retenerlo cuando huye? ¿con cuánta limpieza podré preparar un hospicio para la Trinidad? ¿Acaso lo aprehenderé en holocaustos, de modo que me ofrezca todo yo a él como holocausto, o en becerros de un año, para que abandonando la leche y viniendo al alimento sólido, sea hecho digno del año aceptable del Se-

ñor? Si ofreciere mil carneros, si diez mil machos cabríos, y entendiendo espiritualmente todas las víctimas del Levítico las exhibiere en mí, y "caigan de mi lado mil, y diez mil a mi izquierda" (Sal. 90:7), sin embargo nada digno podré dar en lo que aprehenda o reciba a Dios. Si diere a mis primogénitos por la impiedad, y el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma: daré por cierto todo lo que en mí es primero, pero por mi pecado e impiedad nada digno ofreceré a Dios.

Por lo cual también David suplica, y dice: "Lávame más y más de mi iniquidad, y de mi pecado límpiame. Porque mis iniquidades yo las conozco, y mi delito está contra mí siempre" (Sal. 50:3). Por el pecado de la alma solo dignamente se ofrece sangre: y sangre, no de becerros, ni de carneros, ni de machos cabríos, sino la propia dignamente se ofrece, diciendo y preguntando el profeta: "¿Qué retribuiré al Señor por todas las cosas que me ha retribuido?" Y después respondiendo: "Tomaré el cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor." Preciosa en la presencia del Señor es la muerte de sus santos. (Sal. 115). Pero aun esa misma sangre no la damos, sino que la devolvemos. ¿Y qué hay de semejante? cuando el justo por los pecadores, el Hijo de Dios por los hombres murió, ¿nosotros pecadores y hombres morimos por la confesión de su nombre?

(Versículo 8.) Te indicaré, oh hombre, qué es lo bueno, y qué busca el Señor de ti, a saber, hacer juicio, y amar la misericordia, y caminar solícito con tu Dios. LXX: Se te ha anunciado, hombre, qué es lo bueno, o qué busca el Señor de ti, sino

que hagas juicio, y ames la misericordia, y estés preparado para caminar con tu Dios.

Puesto que dudas, oh pueblo de Israel, o más bien todo el género humano (pues de ningún modo hablo solo al pueblo de los judíos, sino que mi discurso recorrerá generalmente a todo hombre), cómo puedes aplacar a Dios por tus pecados, si ni siquiera tienes víctimas con las cuales se compense tu impiedad: yo te responderé qué busca Dios, más bien ya antes lo mostré en la Ley. Pues está escrito en el Deuteronomio: "Y ahora, Israel, ¿qué busca el Señor tu Dios de ti, sino que temas al Señor tu Dios, y camines en todos sus caminos, y lo ames, y sirvas al Señor tu Dios de todo tu corazón y de toda tu alma, y guardes los mandatos del Señor tu Dios y sus justificaciones, cualesquiera que yo te mandaré hoy, para que te vaya bien" (Deut. 10, 12)? El Señor busca de nosotros, y teniendo por necesaria nuestra salvación, pide recibir lo que al que da aprovecha, que hagamos juicio, esto es, que nada hagamos sin razón y consejo, para que antes la mente juzgue qué ha de hacer, y después lo complete con la obra; que amemos la misericordia, y no seamos misericordiosos como obligados o por necesidad, puesto que Dios ama al que da con alegría (2 Cor. 9). Ni digamos: "Ve hoy, y vuelve mañana, y te daré".

Y cuando hayamos hecho juicio y hayamos amado la misericordia, ¿qué recibiremos de premio? Caminaremos con el Señor Dios, como Henoc, según la fe de los volúmenes hebreos (Gén. 5, Eclo. 44), caminó con Dios y le agradó, y no fue encontrado, porque Dios lo trasladó. Pues

tú dijiste: "¿En qué seguiré al Señor, o en qué lo aprehenderé?" Yo te prometo más: haz juicio y ama la misericordia, y caminarás con tu Dios. O ciertamente caminar con Dios no es un premio, sino un precepto. Pues así como se nos manda que hagamos juicio y amemos la misericordia, así se nos prescribe que estemos preparados para caminar con el Señor nuestro Dios; en ninguna hora debemos dormir, en ningún tiempo debemos estar seguros, sino siempre esperar al padre de familia que viene, y temer el día del juicio, y en la noche de este siglo decir: "Yo duermo, y mi corazón vigila" (Cant. 5, 2).

La palabra ESNE (que los LXX tradujeron "estar preparado", y nosotros dijimos "caminar solícito") Teodoción la expresó más significativamente: kai asphalizou tou poreuesthai meta Eloaich, esto es: "y cuida diligentemente que camines con tu Dios". O, como tradujo la quinta edición, kai phrontizein, a saber, actuar solícitamente, y tener este cuidado, de caminar con tu Dios. Pues el que dice que cree en Cristo, así debe caminar, como también él caminó (1 Juan 2, 6). Y Pablo el apóstol dice: "Sean imitadores de mí, como yo lo soy de Cristo" (1 Cor. 11).

La voz del Señor clama a la ciudad, y habrá salud para los que temen tu [Al. su] nombre. LXX: La voz del Señor clamará a la ciudad, y salvará a los que temen su nombre.

En el hebreo, este es el exordio de otro capítulo; pero entre los Setenta intérpretes, el final del anterior, y tiene este sentido: Nada más de ti, oh hombre, busca tu Dios, sino que hagas juicio,

y ames la misericordia, y estés preparado para caminar con tu Dios. Pues la voz del Señor se oye en su ciudad, la Iglesia: y en las Sagradas Escrituras resuena diariamente, que no solo estos, que aman la misericordia, sino también estos que son inferiores y temen todavía el nombre del Señor, sean salvados por su doctrina y clemencia.

Pero si es el exordio del capítulo siguiente, re-
firamos según la historia lo que se dice a Samaria, la metrópoli de las diez tribus, que, profetizando Miqueas, fue capturada, y digamos: El Señor reprende a Samaria, y la amenaza con las plagas que han de venir, para que oyendo el pueblo judío, o los que temen el nombre del Señor, que otros padecen suplicios, ellos mismos, sobrecogidos por el temor, alcancen la salud: pues "azotado el pestilente, no solo el sabio, sino también el necio se hará más prudente" (Prov. 19, 25). Y esto mismo lo referirás a los pecadores en general y a los justos, para que el tormento de unos sea ejemplo para los demás. Lo cual por cierto también el Señor interpreta en el Evangelio acerca de aquellos sobre los cuales había caído la torre en Siloé (Lc. 13): que no solo ellos en todo el pueblo fueron pecadores, sino que su pena provocara a los demás a la penitencia.

(Vers. 10 sig). Escucha, tribu, ¿y quién lo aprobará? Aún hay fuego en la casa del impío, tesoros de impiedad, y una medida menor llena de ira. ¿Acaso justificaré la balanza impía, y los pesos engañosos de la bolsa? En los cuales sus ricos se llenaron de iniquidad, y los que habitan en ella hablaban mentira, y su lengua fraudulenta esta-

ba en su boca. Y yo, por tanto, comencé a herirte con perdición sobre tus pecados. Comerás, y no te saciarás, y tu humillación estará en medio de ti; y asirás, y no salvarás; y a los que salvares, los entregaré a la espada. Sembrarás, y no segarás: pisarás la oliva, y no te ungirás con óleo; y el mosto, y no beberás vino. Y guardaste los preceptos de Amri, y toda obra de la casa de Acab; y anduviste en las voluntades de ellos, para que yo te entregara a la perdición, y a los que habitan en ella al escarnio, y llevaréis el oprobio de mi pueblo.

LXX: Escucha (Al. Escuchad], tribu, ¿y quién adornará la ciudad? ¿No hay fuego y casa del injusto atesorando tesoros injustos, e iniquidades [Al. iniquidad] con injuria? si será justificado en la balanza el injusto, y en la bolsa pesos fraudulentos, con los cuales llenaron las riquezas de su [Al. tu] impiedad, y los que habitan (Al. habitaban) en ella, hablaron cosas inicuas, y su lengua fue exaltada en su boca. Y yo te atormenté con perdición por tus pecados: comerás, y no te saciarás; y te arrojaré en ti misma, y asirás, y no salvarás; y cuantos fueren salvados, serán entregados a la espada: sembrarás, y no segarás; oprimirás la oliva, y no te ungirás con óleo: y la uva, y no beberás vino; y serán dispersados los estatutos de mi pueblo, y todas las obras de la casa de Acab; y anduviste en los consejos de ellos, para que yo te entregara a la perdición, y a sus moradores al escarnio, y recibiréis los oprobios de los pueblos.

Mucho en este capítulo los LXX discrepan de la verdad hebraica, al principio sobre todo: "Escucha, tribu, y ¿quién adornará la ciudad? Y

serán dispersados los estatutos de mi pueblo". Por lo cual nosotros pusimos por la consecuencia del discurso: "Y guardaste los preceptos de Amri", aunque también en el hebreo esté escrito: "Y fueron guardados los preceptos de Amri, y todas las obras de la casa de Acab". Pues si estuviera escrito en el hebreo AMMI (עמי), rectamente los LXX habrían traducido, "de mi pueblo": pero ahora, como está escrito AMRI (עמרי), y añadida la letra RES, no suena a nombre del pueblo, sino al padre de Acab, de quien narra la historia de los Reyes (1 Re 16), que es un error, para nadie es ambiguo. Finalmente, después del nombre del padre se pone el hijo, y se dice: "y todas las obras de la casa de Acab".

Volvamos, pues, al principio del capítulo. Y primero discutiendo según la letra, con vuestra oración, esforcémonos por alcanzar el sentido espiritual. Escuchad, diez tribus de Samaria, lo que el Señor os atestigua: aún el fuego, esto es, la iniquidad, está en la casa del impío Amri, y los tesoros de impiedad perseveran en la casa real. ¿Queréis oír por menudo de qué males está llena vuestra ciudad? Aprended: medida menor que provoca la ira de Dios, balanza fraudulenta y diversos pesos, y vendiendo mercancías con un peso, y comprando con otro (Prov 11; Dt 25). Y si por cierto los pobres hicieran esto, podría la penuria defender el crimen por la necesidad.

Pero ahora sus ricos están llenos no tanto de riquezas como de iniquidad; porque todas las riquezas, mientras despojan a otros, son engendradas por la iniquidad. A la congregación de

las riquezas sigue la mentira, y la mano acostumbrada a esconder tesoros posee una lengua fraudulenta. La verdad engendra pobreza, la mentira engendra riquezas. Cuando vuestros príncipes hacían esto, no quise subvertiros de inmediato; sino que poco a poco comencé a herir, y a amonestar con varias plagas. Envié sobre vosotros hambre, envié sed, envié enfermedades, y una vasta desolación hostil en el contorno: la mies no trajo granos, la oliva oprimida no dio óleo, los vendimias estériles negaron el vino. Contra las iniquidades, y medidas engañosas, y pesos fraudulentos, introduje estos suplicios. Pero porque guardaste todas las ceremonias de la idolatría que Amri, rey impío, había constituido (1 Re 16 ss.), y observaste toda obra de la casa de Acab y de Jezabel en lugar de mi ley, fui impulsado por tu maldad para entregarte a ti y a tus moradores al escarnio, y para que llevaseis el oprobio de mi pueblo, mientras capturados por los asirios, sois vencidos como pueblo de Dios, y por causa de vosotros mi nombre es blasfemado entre las gentes (Rom 2, 24).

Debe notarse en el presente lugar que donde se lee: "y llevaréis el oprobio de mi pueblo": o como tradujeron los LXX: "recibiréis los oprobios de los pueblos", por "de mi pueblo", está escrito AMMI (עמי) en el hebreo. Si, por tanto, AMMI suena a "de mi pueblo", para nadie es dudoso que arriba, en lugar de Amri, se tradujo mal "mi pueblo".

Hasta aquí hemos expresado lo que nos parecía según el hebreo: ahora volviendo a la traduc-

ción de los setenta intérpretes, disputemos sobre cada punto, según podamos. La tribu samaritana es llamada a oír, la cual se desgajó del pueblo de Dios. Y se le dice: en vano fabricas ídolos, compones becerros de oro con mano de artífice, y por imitación de Jerusalén quieres edificar otra metrópolis; pues, ¿quién podrá adornar la ciudad? ¿Acaso el fuego, que es encendido por los ardientes dardos del diablo; y la casa del injusto, que según su dureza y corazón impenitente atesora para sí ira en el día de la ira, y de la revelación del justo juicio de Dios (Rom 2, 5)? Y la injuria aumenta la iniquidad, para que no solo arrebate de la casa de Dios, que es la Iglesia, sino que también con soberbia y altivez devaste lo ajeno.

¿Acaso puede ser justificado quien sin balanza ni peso congrega fraudulentamente de los testimonios de las Escrituras sus riquezas, las cuales riquezas son tesoros de iniquidad? Pues como manda el Señor: "No habrá en tu bolsa peso grande y chico" (Dt 25): estos, por causa de lucro torpe, siempre hacen acepción de personas en el juicio, y en la misma causa juzgan al rico y al pobre de una y otra manera, no según el negocio, sino según la diversidad de facultades; y los moradores de su ciudad, que piensan adornar con dogmas depravados y perversa doctrina, hablan mentira, y ponen su boca en lo alto, y desprecian la sencillez del pueblo eclesiástico. Por lo cual el clementísimo Dios no los hiere de igual manera, sino que poco a poco intenta amonestar por medio de plagas, diciendo: "Y yo comenzaré a herirte con perdición por tus pecados"; y el sentido

es: Oh ciudad que los herejes quieren edificar, te heriré para que perezcas, no en abolición, sino según aquello que eres pecadora.

Sigue: "Comerás, y no te saciarás". Pues leen, y no entienden; y alimentándose de las palabras de las Escrituras, padecen penuria (Al. hambre) de verdad. "Y te arrojaré", dice, "y asirás, y no salvarás: y cuantos fueren salvados, serán entregados a la espada". Te dejaré, dice, a tu propio juicio; y después que buscando muchas cosas, nada hubieres hallado, entendiendo tu error, verás que no puedes ser salvada de todos tus dogmas. Pero cuantos se hubieren creído saciados, y no hubieren sido arrojados de sí mismos, ni hubieren aprehendido la verdad, serán entregados a la espada, y serán instruidos por las penas.

Sembrarás, pues, oh tribu, y oh pésima ciudad, que los herejes edifican con fuego, e iniquidad, y contumelias, y balanza engañosa, y bolsa fraudulenta; sembrarás, y no segarás; oprimirás la oliva, y no te ungirás con óleo; y uvas, y no beberás vino. Pues te aprovecha, reconocido el error, que no tengas discípulos, que no unjas tu cabeza con el óleo de los pecadores, que no embriagues a los que beben con el vino de Sodoma.

Y serán destruidos los estatutos de mi pueblo, o de Amri, y todas las obras de la casa de Acab, de aquellos que en las herejías fueron patriarcas y príncipes. A quienes podemos referir o a las virtudes contrarias, o a los heresiarcas, como fue Marción y Basíldes, y recientemente Arrio y Eunomio. Y anduvisteis en las voluntades de ellos, a saber, de Amri y de Acab. Y bellamente dice:

"en las voluntades de ellos". Pues la doctrina de los maestros inicuos no es doctrina de Dios, sino invenciones de su propio corazón. Y te entregaré a la perdición, para que perezcas según aquello que eres herética. Y a tus moradores al escarnio, o para que sigas el silbido del buen pastor según Zacarías, que dice: "Les silbaré, y los congregaré, porque los he redimido" (Zac 10, 8). O ciertamente al silbido del dragón, esto es, a la destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo (1 Cor 5), y corregidos aprendan a no blasfemar (1 Tim 1). Y todo esto padecerán para que entiendan su error, que han llevado los oprobios y pecados de todas las naciones y de muchos pueblos. Sé que algunos han referido a la Iglesia lo que nosotros hemos interpretado sobre las herejías. Pero cómo el nombre de Amri y de Acab, príncipes de Samaria, pueda referirse a Jerusalén y Judá, bajo cuyos nombres se interpreta la Iglesia, no lo entiendo suficientemente.

(Cap. VII.---Vers. 1 sig.) ¡Ay de mí!, porque he quedado como el que recoge en otoño los racimos de la vendimia: no hay racimo para comer: mi alma deseó los higos tempranos. Pereció el santo de la tierra, y no hay recto entre los hombres. Todos acechan para derramar sangre, cada cual caza a su hermano hasta la muerte. El mal de sus manos lo llaman bueno; el príncipe exige, y el juez está para devolver, y el grande ha hablado el deseo de su alma, y la turbaron. El que es mejor entre ellos es como un paliuro; y el que es recto, como espina de seto.

LXX: ¡Ay de mí!, porque he quedado como el que recoge rastrojo en la mies, y como racimos en la vendimia, cuando no hay racimo para comer las primicias, que mi alma ha padecido. ¡Ay de mí!, alma, porque pereció el reverente de la tierra, y el que corrige entre los hombres no está: todos son juzgados en sangre: cada cual atribula a su prójimo con tribulación, para el mal preparan sus manos: el príncipe exige, y el juez ha hablado palabras pacíficas, es el deseo de su alma. Y quitaré sus bienes como polilla que come, y andando sobre la regla en el día de tu especulación.

Predicha la cautividad tanto de las diez tribus como de las dos (pues la palabra del Señor fue hecha a Miqueas el morastita sobre Samaria y Jerusalén), el profeta se lamenta de que ningún justo del pueblo se encuentre en la tierra que pueda resistir la ira de Dios y oponerse en medio como un muro. En vano, dice, he hablado: en vano quise buscar como los últimos racimos de una ciudad ya vendimiada y perdida; y como no hay racimo para comer, al menos tomar por alimento los higos inmaduros, que los hebreos llaman BECHCHORAH (בכורה), esto es, higos verdes: como si dijera, no hallando pan por la magnitud del hambre, busqué desperdicios y salvado.

Pereció el santo de la tierra, y no hay recto entre los hombres: por todas partes acechanzas, por todas partes fraude: se derrama sangre inocente: por la avaricia y la lascivia se ignora la hermandad; y no solo hacen, sino que también defienden los males, y cambiados los nombres, dicen que es bueno lo que es malo. Los príncipes mismos no

reciben dones de quienes los ofrecen, sino que obligan a dar a sus súbitos, y exigen. Y el juez está para devolver, juzgando así a otro como él mismo es juzgado por otro, para que se presten mutuo favor en sus maldades, y en el crimen del otro se defiendan a sí mismos.

Quienquiera que sea grande, y como el más docto en la Ley, no habla la voluntad de Dios, sino la suya. "Y la turbaron", o a la ciudad, o a la verdad, o a la tierra, de la cual se dice arriba: "Pereció el santo de la tierra". Pues el que es mejor entre ellos es como un paliuro punzante, y que retiene, hiriendo al que se le acerca, y asiendo con diente ganchudo: y el que fuere hallado recto, como espina de seto, para que allí se encuentre dolor donde se pensaba que había auxilio.

Esto según el hebreo. Por lo demás, según los Setenta, que disienten en algunas cosas y al final del capítulo tradujeron de modo totalmente distinto, me parece un sentido de esta clase: el discurso profético o apostólico lamenta generalmente al género humano, de que en vano haya echado la semilla de las doctrinas, y en lugar de mieses y trigos apenas rastroy vacío y cañas vanas haya encontrado el segador tardío, y ni siquiera haya podido hallar pequeños racimos en la viña, y lo demás hasta el fin del capítulo.

Pues si es bienaventurado el que habla a los oídos del que escucha, y el oído del oyente es el deseo del sabio, y el oyente inteligente es la alegría del que habla: por el contrario, el mal discípulo es el dolor del maestro, concordando también con esta queja las palabras de Jeremías:

"No aproveché, ni nadie me aprovechó a mí" (Jeremías).

Hay quienes piensan que esto se dice en la persona del Salvador, quejándose de que en tan gran multitud de creyentes y en todo el orbe del género humano apenas encuentre obras dignas de su sangre, el cual también en el salmo veintinueve dice: "¿Qué utilidad hay en mi sangre, mientras desciendo a la corrupción" (Sal 29, 10)?

Aunque otros afirmen que mínimamente conviene a aquella persona que diga: "¡Ay de mí!, porque he quedado como el que recoge rastrojo en la mies": quien en el Evangelio habló: "Alzad vuestros ojos y ved las regiones: porque ya están blancas para la siega" (Jn 4, 35). Y en otra parte: "La mies por cierto es mucha, pero los obreros pocos" (Mt 9, 35).

Quienes, pues, quieren que se entienda en la persona del Salvador, dicen que no es de maravillar si dice "¡Ay de mí!", quien también lloró sobre Jerusalén y se conmovió hasta las lágrimas en la muerte de Lázaro (Lc 19). Pero también aquello, "He quedado como el que recoge rastrojo en la mies", lo refieren a la consumación del siglo: la cual también significativamente interpretan como la siega, y dicen que en aquel tiempo puede cumplirse esta profecía, cuando, multiplicada la iniquidad, se habrá enfriado la caridad de muchos, y viniendo el Hijo del hombre hallará poca fe sobre la tierra (Mt 14, 24): pues entonces como rastrojo después de la siega, y como racimos después de la vendimia, apenas se encontrarán en aquellos que habrán guardado la fe en la vastedad

de todas las cosas; y esta voz de la persona del hombre asumido, piensan que se aprueba por lo que sigue:

"¡Ay de mí!, alma": de la cual hablaba: "Triste está mi alma hasta la muerte" (Mt 26, 38). "Perecerá el que vuelve de la tierra", o por el Anticristo matando a los santos, o por todos cayendo ante la magnitud de los escándalos. "Y el que corrige entre los hombres no está: todos son juzgados en sangre", no en pecados ligeros y pequeños, sino en los máximos y que pertenecen a la sangre. Ni la vecindad, ni la amistad, ni la afinidad detendrán el crimen: todos alzarán sus manos para el mal, de modo que aun quien no hubiere podido hacer el mal, sin embargo, mientras prepara sus manos, delinca en la voluntad.

El príncipe mismo pide, y el juez habla palabras pacíficas; pues recibe dones, el deseo de su alma. Porque esto es manifiesto, y evito la envidia de los príncipes y de los jueces, dejándolo al intelecto del lector, solo añadiré esto: "Los dones ciegan los ojos aun de los sabios" (Dt 16, 19): vivifican también el alma que no debían haber vivificado, y matan a la que vive por su mérito y virtudes, y esto hacen por causa de los dones que exigen impudentemente y reciben más torpemente.

A quienes el Señor amenaza diciendo esto: "Y quitaré sus bienes", los cuales piensan que son buenos, los que les parecen buenos. Por lo demás, en la verdad de la cosa nunca serán llamados buenos los que tanto despojan al que los da como matan al que los recibe: aunque no es tanto

una amenaza como una bendición quitarles los males, y que el Señor mismo y el discurso divino entren en sus conciencias y como polilla coman cualquier cosa perversa, y hagan una devastación de rapiñas y malos pensamientos, y anden sobre la norma y regla de la verdad, para retraer al camino recto a aquellos mismos que eran llevados por opiniones depravadas; y hacer esto en la luz de la verdad, y en aquel día cuando los que son santos y elegidos de la Iglesia asciendan a la atalaya, y en la altura de sus doctrinas y de sus obras disputen sobre las cosas celestiales.

(Vers. 5-7.) El día de tu especulación, tu visitación viene: ahora será la vastedad de ellos: no creáis al amigo, y no confiéis en el guía. De la que duerme en tu seno guarda los cierres de tu boca; porque el hijo hace contumelia al padre, y la hija se levanta contra su madre: la nuera contra su suegra, los enemigos del hombre son sus domésticos. Yo, empero, miraré al Señor: esperaré en Dios mi salvador: me oirá mi Dios.

LXX: ¡Ay, ay!, tus venganzas han venido, ahora serán los llantos de ellos: no creáis en los amigos, ni esperéis en los guías. De la que se acuesta contigo, ten cuidado de no creerle, porque el hijo hace contumelia al padre, y la hija se levanta contra su madre, la nuera contra su suegra: los enemigos del hombre, los varones de su casa. Yo, empero, contemplaré en el Señor, esperaré en Dios mi salvador: me escuchará mi Dios.

Excepto el principio del capítulo, en las demás partes ambas ediciones concuerdan, y mientras tanto, según la historia, el día de la especulación

de Samaria, o de Jerusalén, que a menudo había esperado y temido que vendría, y su visitación, significa la cautividad, diciendo: Tu vastación viene: ahora será la vastedad de ellos, esto es, de los habitantes, o el asedio: pues MABUCHA (מבוכה) suena en hebreo más a πολιορκίαν y φρουρήσιν, esto es, asedio y guardia, que a vastedad. No creáis, pues, a ninguna voz de los profetas, ni prestéis oído a la engañosa lisonja de los adivinos; porque si entre los nombres queridos y el afecto de consanguinidad la fe es rara, ¡cuánto más en aquellos que, adulándoos, mienten por su presa, y como a enfermos, mandan no lo que es útil, sino lo que es deleitable y placentero! No creáis al amigo; y en efecto Ahitofel se levantó contra David (2 Sam 15), y el verdadero Ahitofel, Judas, contra Cristo (Mt 26). Y, no confiéis en el guía, como los hombres de Siquem en Abimelec (Jue 9). Pues ellos mismos lo hicieron rey, y por él fueron oprimidos. De la que duerme en tu seno, guarda los cierres de tu boca (Miq 7, 5): no padezcas lo que Sansón padeció de Dalila (Jue 16). Porque el hijo hace contumelia al padre; a saber, Absalón a David: no solo manchó el reino, sino también las concubinas del padre con coito incesto. La hija se levanta contra su madre: de lo cual, aunque por ahora no hallemos testimonio en las Sagradas Escrituras, son tantos los ejemplos de la vida cotidiana, que debemos más bien llorar que sean tantos, que buscarlos. La nuera contra su suegra: como la mujer de Esaú se levantó contra Rebeca (Gén 26). Los enemigos del hombre, sus domésticos. Aquí no busco ejemplos, siendo

más numerosos de lo que necesitamos por testimonios. Siendo, pues, esto así, no creáis, Samaria y Jerusalén, a los seudoprofetías. Yo, empero, dice el profeta, miraré al Señor, me regocijaré en Dios mi Salvador, o en mi Jesús, y me oirá mi Dios. Sigue la exposición de los Setenta, que dijeron: ¡Ay, ay!, tus venganzas han venido, esto es, los suplicios que han de ser inferidos por los crímenes. Mía es la venganza, y yo retribuiré, dice el Señor (Rom 12, 19; Dt 32, 35). Y en otro lugar: Han venido los días de tu retribución (Os 9, 7). Pues el Señor hace la venganza de los que claman a él día y noche y dicen: ¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que habitan en la tierra (Apoc 6, 10)? Vinieron, pues, las venganzas, y ahora serán los llantos de ellas, esto es, de las venganzas, para que lloren los que antes rieron, y saliendo inmediatamente del siglo, sostengan los tormentos que aquel rico en otro tiempo vestido de púrpura y rebosante de delicias sostiene en el infierno, donde es el llanto y el crujir de dientes (Lc 16; Mt 8, 13). Lo que sigue, ahora serán; entiéndelo o al fin de cada vida, o en la consumación de todas las cosas y en el día del juicio, cuando las venganzas generales vendrán sobre todos. No creáis, pues, a los amigos, porque todo amigo suplanta con suplantación, y el que es amigo por causa de algo, no es tanto amigo de aquel a quien finge amar (pues de amor se dice amigo) como de la cosa que ama. Interrogado uno qué era un amigo, respondió: Otro yo. Y si se nos opone el ejemplo de los pitagóricos, que se dieron mutuamente como

rehenes al tirano, decimos que no se ha proferido la sentencia de Dios generalmente contra todos los amigos y afectos de caridad, ni contra todo tiempo, sino acerca de aquel sobre el cual dice el Apóstol: En los novísimos días vendrán tiempos peligrosos: pues serán los hombres amantes de sí mismos, codiciosos, fastidiosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a sus padres, ingratos, malvados, sin afecto, que no guardan el pacto, delatores, incontinentes, crueles, sin benignidad, traidores, atrevidos, hinchados, amantes de las voluptuosidades más que de Dios (2 Tim 3, 1-2), y lo demás. Pues entonces entregará el hermano al hermano, y el padre al hijo, y la madre a la hija, y los enemigos del hombre sus domésticos (Mt 10, 35-36). Pero también ahora la fe es rara: cuando una cosa se revuelve en los labios y otra en el corazón: las mieles de la lengua encubren el veneno del ánimo. Muchos son los amigos de los ricos, empero de los pobres se apartan incluso los que parecen serlo. De donde se dice: Si tienes un amigo, en la tentación poséelo (Eclo 6, 7). Leí en la Controversia de uno: «Al amigo se le busca mucho tiempo, apenas se le encuentra, difícilmente se le conserva». Teofrasto escribió tres volúmenes sobre la amistad, prefiriéndola a toda caridad, y sin embargo atestiguó que es rara en las cosas humanas. Existe también el libro de Cicerón sobre la amistad, que tituló Lelio: en el cual aquello que se preceptúa entre nosotros: Que el amigo nos sea como vino viejo, y lo bebamos con suavidad, está puesto casi con las mismas palabras. La amistad o recibe a los iguales o los

hace: donde hay desigualdad, y eminencia de uno y sujeción del otro, allí no hay tanto amistad como adulación. De donde también en otra parte leemos: Sea el amigo la misma alma. Y el Lírico, rogando por su amigo, dice: «Conserva la mitad de mi alma» (Horacio, Odas I, 3). No creáis, pues, en los amigos, esto es, en estos hombres que buscan lucros de las amistades. Si quieres deleitarte con la verdadera amistad, sé amigo de Dios, como Moisés, que hablaba a Dios como un amigo a su amigo (Éx 33, 11). Sé amigo como los Apóstoles, a quienes el Salvador dice: Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe qué quiere su señor; mas os llamaré amigos, porque habéis perseverado conmigo en todas mis tentaciones (Jn 15, 15). Delicada es la amistad que sigue las felicidades y riquezas de los amigos. Tales hombres no me parecen amar a los amigos, sino a sí mismos. Consideremos más atentamente las palabras del Señor: Mas os llamaré, dice, amigos. Y da las causas por las que los llama amigos: Porque habéis perseverado conmigo en la tentación; y no se quedó hasta aquí, sino en todas, dice, mis tentaciones. Sucede, en efecto, a veces, que quien perseveró con nosotros en una tentación, vencido por otras se retira. Segundo se preceptúa: Ni esperéis en los guías: Maldito, pues, es el hombre que tiene esperanza en el hombre (Jer 17, 5). En el hombre la esperanza es vana, y la verdadera está en Dios. De donde también Pablo habla: Y de vosotros mismos se levantarán varones hablando cosas perversas (Hech 20, 30). Y el mismo Señor por el profeta: Los guías de mi pueblo no me

conocieron, hijos necios son y no inteligentes: sabios son para hacer males, empero hacer el bien no supieron (Jer 4, 22). Guías por cierto, dice, míos eran llamados, y guías de mi pueblo; pero porque no me conocieron, y destruyeron el nombre con la obra, por eso son hijos necios y no inteligentes: tienen prudencia solo para esto, para sujetar a sí mismos al rebaño simple y pisotearlo con sus pies; empero hacer el bien y regir al pueblo no supieron. No creáis en los guías, ni en el obispo, ni en el presbítero, ni en el diácono, ni en cualquier dignidad de los hombres. Y no digo esto porque no debáis estar sujetos a tales grados en la Iglesia: Pues quienquiera que maldijere a su padre o a su madre, morirá de muerte (Lev 20, 9). y el Apóstol enseña que se debe obedecer a los prepositos en la Iglesia; sino que una cosa es honrar a los guías y otra tener esperanza en los guías (1 Pe 2). Honremos al obispo, defiramos al presbítero, levantémonos ante el diácono: y sin embargo no esperemos en ellos: porque la esperanza del hombre es vana, y la cierta está en el Señor (1 Tes 4). Tercer mandato: De la que se acuesta contigo, guardaos, no le creas. De donde también el Apóstol llama a las mujeres vaso enfermo (1 Pe 3, 7), y manda que por sus maridos se les exhiba honor. Pues no fue creado el varón por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón (1 Cor 11). Y: La mujer, dice, que tema al marido (Ef 5, 33). De la mujer es temer, y con temor amar al marido: Del varón solo amar; porque el amor es de los perfectos: Varones, dice, amad a vuestras mujeres y no seáis amargos con ellas (Ef 5, 25); aunque

ellas provoquen a la ira y hagan tales cosas por las que merezcan sostener amargura. Pues esto significa παραπικραίνεσθαι: sin embargo, vosotros no les devolváis la vez con amargura. Pero también Salomón en el Eclesiastés: Y al hombre, dice, uno de mil hallé, y a la mujer en todos estos no la hallé (Ecl 7, 29): tal vez enseñado por su propio ejemplo, que no se debe creer a las mujeres por las cuales había ofendido a Dios (1 Rey 11). Pero también el Poeta sublime (no otro Homero, como Lucilio sospecha de Ennio; sino el primer Homero entre los latinos): «Varium et mutabile semper Femina» (Virg. Eneida IV). Llenas están las historias griegas y latinas de cuántos varones fueron engañados por sus mujeres y su vida fue entregada. De las Escrituras, empero, testifican los ejemplos tanto de Dalila, de quien hicimos mención arriba, como de otra antes de Dalila, que exprimió el secreto de Sansón de siete días con lágrimas, y con amor simulado encontró lo que estaba oculto. De donde Sansón después habla: Si no hubierais arado con mi novilla, no habríais hallado mi proposición (Jue 14, 18). Hasta aquí se preceptúa que no creamos fácilmente a los amigos, ni a los guías, ni a las mujeres. Y se da una causa que no responde suficientemente a la proposición; pues dice: Porque el hijo deshonra al padre, la hija se levanta contra la madre, la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre sus domésticos. Pues, ¿qué pertenece al amigo, al guía, a la mujer, si el hijo y la hija y la nuera se levantan contra el padre y la madre y la suegra? Me parece, pues, que así puede conjugarse con lo

anterior: No creáis a los amigos, y a los guías, y a las mujeres, que pueden cambiarse y ser según el tiempo: cuando también el hijo y la hija, olvidados de la educación y de la infancia, se levantan contra los autores de su vida y de sus cuerpos, y les hacen contumelia, a quienes incluso con el rostro es un crimen herir. Pero esta exposición de ningún modo conviene a la nuera que se levanta contra la suegra, y al hombre cuyos enemigos son sus domésticos. Terencio en *La Suegra*: «¿Qué es esto? todas las suegras odian a las nueras» (Terencio, *Hecyr.* II, 1): lo cual, aunque sea ambiguo, es sin embargo casi natural: que la nuera odie a la suegra, y la suegra a la nuera. Estas cosas sobre la consumación y el fin del mundo, de qué clase ha de preceder la generación al advenimiento del Anticristo, las habrá descrito el discurso profético. Ahora se debe disputar según la interpretación superior, en la que hablamos de los heréticos: ¡Oye, tribu, y quién adornó la ciudad? ¿Acaso el fuego y la casa del impío? Y de nuevo, sobre la Iglesia: ¡Ay de mí!, porque he quedado como el que recoge rastrojo en la mies. Y otra vez: ¡Ay de mí!, alma: pereció el reverente de la tierra; y el que corrige entre los hombres no está. Y a continuación: El príncipe exige, y el juez ha hablado palabras pacíficas, el deseo de su alma. De donde se sigue una doble maldición: ¡Ay, ay!, tus venganzas han venido: ahora serán los llantos de ellas, y digamos lo escrito sobre los heréticos: No creáis en los amigos, oh pueblos simples, y en los guías perversos que se prometen ser amigos y príncipes de las herejías: pues no buscan vuestra

salud, sino sus lucros, y pisotean con sus pies al grey engañado: y de la que duerme contigo, ten cuidado de no creerle nada, a la cual no puedo entender por otra sino la carne, para que no creamos fácilmente a las lisonjas de la carne, no sea que la dureza del ánimo y la constancia varonil de aquel, domada, se ablande por los halagos. Pues el hijo que ha nacido de Dios, descuidado su Creador, blasfema de aquel por quien fue fundado, diciendo la Escritura: ¿Acaso no os creó un solo Dios? ¿Acaso no es un solo padre de todos vosotros (Mal 2, 10)? y el alma desprecia a la Jerusalén celestial, y menosprecia a la madre Iglesia, a la cual quien menospreciare, morirá de muerte. Y la nuera se levanta contra su suegra: lo cual, según la tropología, parece difícil de entender; pero quien leyere el Cantar de los Cantares, y hubiere entendido al esposo de la alma, el discurso de Dios, y hubiere creído al Evangelio que, editado según los hebreos, traducimos hace poco (en el cual se dice en la persona del Salvador: Hace poco me tomó mi madre, el Espíritu Santo, en uno de mis cabellos [Orígenes, Hom. in Jerem. XV, 4]). no dudará en decir que el discurso de Dios ha nacido del espíritu, y que el alma, que es esposa del discurso, tiene por suegra al Espíritu Santo, que entre los hebreos se dice en género femenino RUAH (רוח). Los heréticos, pues, habiendo creído antes en las Escrituras, que por el Espíritu Santo fueron escritas y editadas, se transfieren a nuevas doctrinas, y al fermento de los fariseos, y a los mandatos de los hombres: y mientras desprecian el discurso de Dios, hacen injuria a su suegra. Y

para que tal vez no dudes que el Verbo e Hijo de Dios nace del Espíritu Santo, considera las palabras de Gabriel a María: El Espíritu Santo, dice, vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra: por lo cual lo que nacerá de ti santo, será llamado Hijo de Dios (Lc 1, 35). Después de esto sigue: Los enemigos del hombre, los varones de su casa. Lo cual nos parece que ha de ser expuesto así según la tropología: De todo varón la cabeza es Cristo; y Cristo, cabeza de la Iglesia (1 Cor 11, 3): de este a menudo son enemigos los que se piensa que están en su casa, esto es, en la Iglesia, y por cierto no se retiran de la cabeza, pero sienten contra su cabeza, los cuales sin maestro y sin la gracia del Señor, prometiendo la ciencia de las Escrituras por su propio juicio, están hinchados y nada saben, y languidecen en torno a cuestiones y contiendas y luchas de palabras, los cuales, consistiendo verdaderamente en la casa, son enemigos de la verdad. Debemos, empero, saber que en el Evangelio hay casi las mismas palabras que ahora leemos en el Profeta, y según el contexto de aquel lugar tienen otro sentido, las cuales, si han sido tomadas del profeta o preceptuadas por propia autoridad, es cosa de conocer del Señor, que habló tanto en los Profetas como en los Evangelios. Dice, empero, allí el Señor: Vine a dividir al varón contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre sus domésticos (Mt 10, 35-36). Disertadas, pues, estas cosas (si es que pudimos alcanzar el sentido de las Escrituras), el santo, entendiendo enfriada la caridad, y que los

hombres en la consumación del mundo no han de ser amantes de Dios, sino amantes de sí mismos, creyendo otros a los amigos y a los guías y a las mujeres, y levantándose el hijo y la hija y la nuera contra el padre y la madre y la suegra, y siendo enemigos del hombre sus domésticos, él mismo cree en el Señor, y toda su contemplación es en su Dios: y aunque sea oprimido por las tribulaciones y presiones del mundo; sin embargo, no teniendo confianza en ninguno fuera de aquel que dice: No temáis, yo vencí al mundo (Jn 16, 33), espera a Dios su Salvador, y creyendo en él, y dirigiendo siempre sus ojos a él, espera ser escuchado cuantas veces lo invocare.

(Vers. 8 sig.) No te alegres, enemiga mía, sobre mí, porque he caído: me levantaré. Cuando me sentare en las tinieblas, el Señor es mi luz: la ira del Señor llevaré, puesto que he pecado contra él, hasta que juzgue mi causa y haga mi juicio, y me saque a la luz, y veré su justicia, y mirará mi enemiga, y se cubrirá de confusión, la cual me dice: ¿Dónde está el Señor tu Dios? Mis ojos la verán [Vulg. en ella]; ahora será en conculcación, como el lodo de las plazas: el día para que se edifiquen tus cercas. En aquel día se alejará la ley: en aquel día hasta ti vendrá de Asur, y hasta las ciudades amuralladas, y de las ciudades amuralladas hasta el río, y de mar a mar, y de monte a monte. Y será la tierra en desolación por sus moradores, y por el fruto de sus pensamientos.

LXX: No me insultes, enemiga mía: porque he caído, y resurgiré: porque si caminare en tinieblas, el Señor me iluminará. La ira del Señor

sostendré, porque he pecado contra él, hasta que justifique mi causa, y haga mi juicio, y me saque a la luz, y veré su justicia, y me verá mi enemiga, y la cubrirá la confusión, la cual me dice: ¿Dónde está el Señor tu Dios? Mis ojos la verán, ahora será para conculcación, como el lodo en las vías, el día de la raspadura del ladrillo es tu borradura, y repelerá tus cosas legítimas aquel día, y tus ciudades vendrán en conclusión y en división de los asirios, y tus ciudades amuralladas en división desde Tiro hasta el río, y desde el mar hasta el mar, y desde el monte hasta el monte; y será la tierra en disipación con sus moradores por los frutos de sus invenciones.

Me parece según la letra, que Jerusalén habla contra la babilónica y las demás naciones que la habían insultado: No os alegréis en mi ruina: porque compadeciéndose el Señor, me levantaré: después de que me sentare en la cautividad, él me sacará de las tinieblas, y será mi luz. La ira del Señor sostendré: porque sé que he merecido lo que he padecido, hasta que me venga de las naciones, y se haga mi juicio. Pues sé que me ha de sacar a la luz, y veré su justicia, y mirará mi enemiga Babilonia, y las demás naciones en derredor, y se cubrirá de confusión, la cual ahora dice insultando: ¿Dónde está el Señor tu Dios? Mis ojos la verán, y no después de mucho tiempo, sino ahora y al presente conculcada, como el lodo de las plazas. Hasta aquí Jerusalén, o bien el profeta haya hablado en persona del pueblo: Ahora se introduce a Dios respondiendo a Jerusalén: Oh Jerusalén, han venido los días para que se edifi-

quen tus cercas, las cuales habían sido destruidas por el babilonio que las asolaba. En aquel día se alejará la ley, o bien el precepto y el mandato, como interpretaron Símaco y Teodoción, diciendo: epitagen kai prostagma; y es el sentido: De ningún modo estarás sujeta al imperio de los babilonios, en aquel día en que se edificarán tus cercas, vendrán a ti de Asur, y de las ciudades amuralladas: de las ciudades, digo, amuralladas hasta el Jordán, por el cual también antes pasó el pueblo, y del mar Rojo, y de todas las naciones hasta el mar Muerto, que es vecino a tu tierra, y al monte Sión, de los montes de los persas y de los medos, a los cuales habían sido trasladados antes; y será la tierra restante de los caldeos, y de aquellos que te habían asolado, en desolación, por sus moradores, y por sus malas obras.

Esto se prometen los judíos hasta hoy, y en aquel lugar en que nosotros expusimos: En aquel día se alejará la ley, según nos ha parecido, y según los más prudentes de ellos discurren, algunos mienten frívolamente y dicen: En aquel día en que por Cristo fueren edificadas las cercas de Jerusalén, las Escrituras santas de la Ley y de los Profetas, que ahora son tenidas por nosotros, serán quitadas de nuestras manos y entregadas al pueblo de los judíos. Pues lo que se dice según los Setenta: el día de la raspadura del ladrillo, tu borratura, entendamos que se dice no a Jerusalén, como expusimos según el hebreo; sino que todavía se dice a Babilonia, que ella misma también ha de ser borrada y conculcada al modo de un ladrillo. Y repelerá lo legítimo aquel día, no lo legítimo

de Dios, sino aquellas cosas legítimas que contra la ley de Dios, oh Babilonia, habías mandado observar. Y tus ciudades vendrán en conclusión, o bien en división, impugnándote los asirios (puesto que Babilonia fue ciudad de los caldeos, no de los asirios). Y tus ciudades amuralladas estarán en división del ejército hostil, desde Tiro hasta el río Tigris, por el cual eres circundada, y desde el mar Grande hasta el mar Rojo, que por el lado de los que van a la India toca tus regiones. Y de monte a monte: de los montes a saber de Judea hasta los montes de Media y de los persas, toda Mesopotamia y la región universal que ahora es tenida por ti en medio, será subyugada al imperio de los adversarios. Y será la tierra en desolación por los pésimos frutos de vuestros estudios. Donde los Setenta interpretaron: desde Tiro, sepamos que en el hebreo está escrito: MASOR: cuya palabra, si se divide en la preposición MA y el nombre SOR, se entiende: desde Tiro; mas si es una sola palabra, suena: munición. Finalmente todos tradujeron periochēn, y periphragma, y poliorkian, no: desde Tiro, como los Setenta, sino munición y circuito de ciudad amurallada. Esto según el hebreo, y los votos del Israel carnal y del pueblo de la concisión, como si de lo superfluo una charla ociosa hubiera jugueteado.

Ahora vengamos a la inteligencia espiritual, y exponiéndolo el mismo Espíritu Santo por quien fueron escritas, sudemos en los lugares aun más difíciles. Me parece que toda alma es Jerusalén, en la cual fue edificado el templo del Señor, y la visión de paz, y la noticia de las Escrituras;

y después superada por los pecados, fue llevada en cautividad y entregada a los tormentos, para decir contra Babilonia, esto es, la confusión de este mundo, y contra la fortaleza contraria que preside a este mundo: No me insultes, enemiga mía, porque he caído, y resurgiré: pues el Señor alivia a los abatidos (Sal. 144), y habla por el profeta. ¿Acaso el que cae no resurgirá? (Jer. 8, 4). Y: No quiero la muerte del pecador, sino tanto que se convierta y viva (Ez. 33, 11). Si de tal modo me desprecias porque sostengo tormentos, aprende por Ezequiel que las penas primero se irrogan a los más santos, y se dice por el Señor: De mis santos comenzad (Ibíd. 9, 6). Porque si caminaré en tinieblas, el Señor es mi luz. Pues aunque los rectores de estas tinieblas me hayan engañado, y me siente en tinieblas y sombra de muerte, y mis pies hayan tropezado en los montes tenebrosos, sin embargo, para los que se sientan en tinieblas y en sombra de muerte, la luz ha nacido, y la luz brilla en las tinieblas (Is. 9, 2). Y: El Señor es mi iluminación y mi salud, ¿a quién temeré? (Sal. 26, 1); y hablaré a él y diré: Lámpara para mis pies es tu palabra, Señor, y luz para mis sendas (Sal. 118, 105). Pues él mismo me mandó constituido en las tinieblas de este siglo: Estén vuestros lomos ceñidos y las lámparas ardiendo en vuestras manos (Lc. 12, 35).

Sigue: La ira del Señor sostendré, porque he pecado contra él: hasta que justifique mi causa, y haga mi juicio, y me saque a la luz; y veré su justicia. Toda corrección al presente no parece ser de gozo, sino de tristeza, y después dará fruto

pacífico de justicia a los que por ella hubieren sido ejercitados. Sintiendo, pues, el alma que ha pecado, y que tiene heridas de pecados, y que vive en carnes muertas, y que necesita del cauterio, dice constantemente al médico: Quema mis carnes, corta las heridas, todos los humores y el rheuma nocivo restriñe con la dura poción del eléboro. De mi vicio fue que fuera herido: de mi dolor sea que sostenga tantos tormentos, para que después reciba la sanidad. Y el verdadero médico, ya a la sana y segura, muestra la causa de la medicina, y rectamente enseña que ha hecho lo que hizo. Finalmente, después de los cruciatos y suplicios, sacada de las tinieblas exteriores el alma, y devuelto el último cuadrante, dice: Veré su justicia, y hablaré: Justificados son tus juicios, Dios. Si pues Cristo se ha hecho para nosotros por Dios sabiduría, y justicia, y santificación, y redención (1 Cor. 1): el que dice que ve la justicia después de la ira de Dios, se repromete a sí mismo el aspecto de Cristo. Y esto al menos de los penitentes. Por lo demás, mucho mejor es no tener heridas y no necesitar de médico. La curación no es la bienaventuranza de los sanados, sino el consuelo después del dolor. Por tanto, el que ha sido curado, guarde que no peque otra vez, y de nuevo le suceda algo peor. Leemos en el Levítico (Lev. 13), si sin embargo leemos con los ojos abiertos, y el velo que está puesto en la Ley no excluye el intuïto del ojo interior, que en la vibice y cicatriz de la quemadura suele generarse la lepra, y cambiar el color del pelo, y a la anterior deformación de la cicatriz acceder una nueva fealdad. Esto por

esto, para que nadie seguro de la penitencia, por el hecho de que después del pecado pueda decir: La ira de Dios sostendré, porque he pecado contra él, hasta que justifique mi causa, peque y necesite del cauterio, y sanado sea herido de nuevo.

Mas cuando nos hubiere sacado el Señor a la luz, y hubiéremos visto su justicia, entonces verá nuestra enemiga Babilonia, y se cubrirá de confusión, la cual antes nos hablaba: ¿Dónde está tu Dios?; estimando que Jerusalén después de las heridas no podía ser sanada. Y la respetarán nuestros ojos, y será en conculcación como el lodo de las plazas. Y porque todo fin de las penas es exordio de los bienes, y el dolor aprovecha para la salud, del lodo de aquella se harán ladrillos, y será la formación de los ladrillos su raspadura. Y en aquel día arrojará los viejos errores, y sus ciudades, que mal amuralladas habían sido, vendrán en conclusión o en división, y serán divididas por los asirios; de Tiro también, que se interpreta como synochē, esto es, angustia, resurgirán otras fortalezas, y habrá sedición hasta aquellos que se deleitan en el rheumate de este siglo, y generan liviandades en los hombres. Y de mar a mar, y de monte a monte resurgirán mutuamente guerras, para que la amargura luche contra la amargura, y la sublimidad que se erige para ser humillada, luche contra otra alteza, y entonces verdaderamente se cumpla: Venid, descendamos y confundamos sus lenguas, para que no oiga cada cual la voz de su prójimo (Gén. 11, 7), pues aprovecha que las pésimas fortalezas no tengan concordia entre sí. Y cuando Satanás contra Satanás fuere dividi-

do, entonces por fin todo su reino será destruido (Mt. 12). Y lo que frecuentemente suele suceder en los grandes ejércitos, que muerto el tirano, sus satélites dividen el reino entre sí, y resurgen contra sí, y hay una guerra intestina entre ellos: esto también se hará en la consumación del mundo, cuando las cercas de Jerusalén fueren edificadas, y Babilonia cayere, y los asirios y los tirios del río, y del mar, y de los montes, esto es, las naciones universales de los demonios lucharán entre sí, y disipado el reino de ellos, se hará el reino para el Señor Jesús, y toda rodilla se doblará, de los celestiales, y de los terrestres, y de los infernales, y toda lengua confesará que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre (Fil. 2). Mas para que sepáis que el fin de esta sedición es el provecho de las virtudes, será entonces la tierra babilónica en disipación con todos sus moradores, y de ningún modo los frutos babilónicos serán producidos.

(Vers. 14 sigs.) Apacienta a tu pueblo con tu vara, al grey de tu heredad: que habitan solos en el salto en medio del Carmelo: se apacentarán Basán y Galaad según los días antiguos: según los días de tu egresión de la tierra de Egipto, le mostraré maravillas. Verán las naciones, y se confundirán sobre toda su fortaleza. Pondrán sus manos sobre la boca: sus oídos serán sordos. Lamerán el polvo como las serpientes: como los reptiles de la tierra, serán proturbados de sus casas. Al Señor Dios nuestro temerán, y te temerán a ti.

LXX: Apacienta a tu pueblo con tu vara, ovejas de tu heredad, que habitan solas en el salto, en medio del Carmelo se apacentarán la Basanítide

y la Galaadítide según los días prístinos, y según los días de tu egresión de la tierra de Egipto, les mostraré maravillas. Verán las naciones, y se confundirán en toda su fortaleza: pondrán las manos sobre su boca, sus oídos serán sordos. Lamerán el suelo como serpientes que arrastran tierra: serán turbados en sus conclusiones: sobre el Señor Dios nuestro temerán, y temerán de ti.

Esto que se dice: Apacienta a tu pueblo con tu vara, Dios Padre lo habla al Hijo, esto es, a nuestro Señor Jesucristo, para que, puesto que es el buen pastor y pone su alma por sus ovejas (Jn 10, 11), apaciente a su pueblo con su vara, y a las ovejas de su heredad. Y para que no pensemos que son los mismos los pueblos que las ovejas, en otro lugar leemos: Nosotros, empero, pueblo tuyo, y ovejas de tu dehesa (Sal 78, 13). El pueblo se refiere a los racionales, las ovejas empero a los que, no usando todavía de la razón, solo con la simplicidad están contentos, y son llamados de la heredad de Dios. Tanto el pueblo como las ovejas necesitan de la vara pastoral, de la cual habla también el Apóstol: ¿Qué queréis, que en vara venga a vosotros, o en caridad y espíritu de mansedumbre (1 Cor 4, 21)? Por esta causa, pienso, porque el pueblo de Israel era de dura cerviz y siempre suspiraba por las carnes egipcias, usó Moisés no solo contra los egipcios, a quienes hirió con diez plagas, sino también contra el pueblo en la soledad, de la vara legal, vara hiriente y que rompe todos los vasos de barro y frágiles. A los Apóstoles, empero, del Señor Salvador, que hablaban sabiduría entre los perfectos (1 Cor 2), la vara les fue sacudida de las

manos, porque la perfecta dilección echa fuera el temor (1 Jn 4, 18). Que si alguno nos opusiere cómo ahora se dice a Cristo, esto es, al buen pastor, que por cierto es mayor que los apóstoles y mejor, que use la vara, siendo de mayor provecho no tener vara que corregir a los pueblos y ovejas con vara: les responderemos según aquello que el Señor promete a sus apóstoles, que mayores signos han de hacer en los pueblos que los que él mismo hizo (Jn 14, 12). Y porque todavía el Señor hablaba al Israel carnal, y todavía no a aquel que perfectamente podía conocer los misterios, por eso se dijo de él que apaciente en vara a su pueblo y a su grey, empero a los apóstoles la vara les fue sacudida de las manos, y la severidad de la Ley, temperada por la clemencia del Evangelio. Por lo demás, estos pueblos y estas ovejas por eso serán heridos y apacentados en vara, porque habían habitado solos en el salto. Lo cual por cierto podemos entenderlo tanto de aquellos que, separándose de la Iglesia, se dan a los convites y amistades de los gentiles; como también de aquellos que, por odio al género humano, apetecen la vida solitaria, cual leemos que fue Timón en Atenas: no porque la vida solitaria y profética que tuvieron Elías (1 Rey 17 y 19) y Juan (Mt 3 y 11) haya de ser condenada; sino porque si, despreciando a los demás, él mismo se ensoberbece y habita en el salto de los vicios, ha de ser corregido con vara. Quien habita solo, y no habita en el salto, ese está en la alabanza de las virtudes: quien empero está solo, y no hace obras de justicia, y solo disfruta de la voluptuosidad de la quietud, y no suda en

la obra y labor de Cristo, ni busca con sus propias manos el alimento que el Apóstol manda (1 Cor 4), y se erige en soberbia: este habita en el salto, y se revuelve entre leños infructuosos. Pero sin embargo, porque es buen pastor, y su vara por esto hiere para que enmiende, mejores cosas promete el discurso profético, y dice: En medio del Carmelo se apacentarán la Basanítide y la Galaadítide, según los días de la eternidad, y según los días de tu egresión de Egipto. Carmelo se interpreta ciencia de la circuncisión: Basanítide confusión, y Galaad transmigración del testimonio. El pueblo, pues, de Dios, y las ovejas de su dehesa, que antes se apacentaban sin el grey del Señor y fuera de su Iglesia, se revolvían en el salto de los errores, después serán transferidos a la noticia de la verdadera circuncisión, y servirán a Dios en espíritu, y se gloriarán en el Señor, y no confiarán en la carne, y serán verdadera circuncisión, y no concisión. Y cuando hubieren sido apacentados con la circuncisión espiritual, entendiendo los pecados prístinos, se confundirán en sus vicios, y se avergonzarán, y estarán en la confusión que conduce a la vida (Eccl 4, 25), porque hay también otra confusión que conduce a la muerte, en la cual habitó en otro tiempo Og, rey de Basán, puesto que Basán se interpreta confusión: de la cual confusión péssima también el Señor repromete que ha de librar a su pueblo: Dijo el Señor, de Basán convertiré, convertiré de lo profundo del mar (Sal 67, 23). Y cuando hayamos conocido la verdadera circuncisión, y nos hayamos confundido sobre nuestros pecados, entonces estaremos en Galaad,

que se interpreta transmigración del testimonio, en la Iglesia de Cristo, a la cual trascendieron los testimonios de la Ley y las elocuciones de los Profetas, y esto se hará para nosotros según los días antiguos, según los días cuando salimos de la tierra de Egipto, de los cuales dice Moisés: Recordad los días de la eternidad (Dt 32, 7), no los días de este siglo, que se llaman malos, sino los días perpetuos. Recuerda, empero, los días de la eternidad quien no mira lo presente, y resucitó con Cristo, y se sienta con él en los celestiales, presumiendo ya en la mente que ha sido librado de los días del presente siglo. Promete también el discurso divino que mostrará a su pueblo y a las ovejas de su heredad maravillas: Entonces, dice, verán las naciones, y se confundirán en toda su fortaleza, porque habían vastado en otro tiempo y prevalecido contra el pueblo de Dios, y su confusión tendrá provecho cuando hubieren entendido sus males. Pondrán, pues, sus manos sobre su boca, y las malas obras les quitarán toda libertad de hablar. De qué modo, empero, las manos de las naciones impías cierran sus bocas, así las manos de los justos abrirán sus bocas, recibiendo de la obra buena la facultad de hablar con Dios. Sus oídos también ensordecarán, porque la malicia no solo cegó la intuición de los ojos, sino que también hizo ensordecir los oídos; pues no quisieron oír la voz de los encantadores, y del venéfico que encanta sabiamente. Y según Isaías: Con sus oídos oyeron pesadamente (Is 6, 10): aunque mucho menos sea oír pesadamente que no oír en absoluto, y hacerse sordo para no

oír la palabra de la verdad. Después de tantos males se dice de ellos que lamerán el suelo cual serpientes que arrastran tierra, andando sobre su vientre y comiendo tierra todos los días de su vida (Gén 3, 14). Y haciendo obras de la carne, esto es, terrenas, y arrastrando consigo hasta el día de la venganza y de la visitación del Señor, no polvo, no pequeños vestigios de tierra, sino todo el suelo. Lo cual cuando hubieren hecho, y hubieren venido al juicio de Dios, y hubieren sido concluidos y turbados, tanto tiempo serán turbados y estarán concluidos, cuanto tiempo la tierra que habían arrastrado cual serpientes permaneciere en ellos. Mas cuando aquella faltare, se estupenderán y se admirarán, no en el Señor Dios suyo (pues todavía no merecerán que se diga el Señor Dios de ellos), sino en el Señor Dios nuestro. Y súbitamente se hace una apostrofé a Cristo y se le dice: Y temerán de ti. El principio, pues, de la sabiduría, el temor del Señor (Prov 1, 7; Sal 110, 10). Y estas cosas se harán para que vean las naciones y se confundan en toda su mala fortaleza; y pongan las manos sobre su boca, y ensordezcan en sus oídos, y lamerán la tierra como serpientes que arrastran el suelo, para que primero sean concluidos, y concluidos sean turbados, de ahí aterrados se estupendecan ante el Señor Dios de los santos, y al extremo ellos también le teman a él. Esto según los LXX. Por lo demás, porque no mucho de ellos, al menos en el presente lugar, disiente nuestra edición, lo que en aquellos se dijo, estimemos que también en esta se ha dicho.

(Vers. 18-20.) ¿Qué Dios semejante a ti? que quitas la iniquidad, y pasas por el pecado de las reliquias de tu heredad. No enviará más su furor: porque es queriendo misericordia. Volverá, y se compadecerá de nosotros: depondrá nuestras iniquidades, y proyectará en lo profundo del mar todos nuestros pecados. Darás la verdad en Jacob, la misericordia a Abraham, la cual juraste a nuestros padres desde los días antiguos.

LXX: ¿Quién, Dios como tú? quitando iniquidades, y trascendiendo injusticias a estos que son reliquias de tu heredad. No tuvo en testimonio su ira, porque es queriendo misericordias. Volverá, y se compadecerá de nosotros, sumergirá nuestros pecados: y serán proyectados en lo profundo del mar todos nuestros pecados. Dará la verdad a Jacob, la misericordia a Abraham, según juraste a nuestros padres conforme a los días anteriores [Al. prístinos].

Entendiendo el profeta que la multitud de las naciones por eso en su conclusión estaba turbada, para que se estupendeciera y temiera a Dios, y que por eso el Señor se ensaña, para que quite los pecados y done la salud, alaba al Señor y se admira, y dice: ¿Qué Dios como tú? quitando iniquidades y trascendiendo injusticias (Éx. 12): para que al modo que el exterminador en Egipto trascendió al pueblo de Israel y no lo asoló (de donde del tránsito, phase, esto es, pascua [pascua], tomó el nombre), así tú perdones a las naciones, de ningún modo imputándoles sus iniquidades. Por lo demás, lo que sigue: A estos que son reliquias de su heredad, no tuvo en

testimonio su ira, este es el sentido: Si perdonó a las naciones que no quisieron creer a su Ley, y los que son superfluos y reliquias del pueblo quedaron abandonados, no quiso imputarles sus iniquidades, ni en testimonio de su justo suplicio introdujo su ira, ¿qué hará de su grey, que se apacienta en medio del Carmelo, y en Basán, y en Galaad? Pues es queriendo misericordia, y volviendo se compadecerá de nosotros, y nuestros graves pecados, y las iniquidades que se asientan sobre el talento de plomo, él mismo las llevará, y las sumergirá en el mar, y no las hará aparecer (Zac. 5). Dará la verdad a Jacob, y la misericordia a Abraham: para que al pueblo suplantador y novato, y siempre puesto en la lucha, le devuelva en Cristo su verdad, y a la multitud de las naciones (pues Abraham por cierto es llamado padre de muchas naciones) le atribuya la misericordia, según les juró a ellos que existieron como padres de nuestra fe según los días antiguos: que de toda la multitud de los hombres a unos salve en la verdad, a otros en la misericordia. Por lo demás, donde nosotros interpretamos: No enviará más su furor; por "más", Símaco tradujo "para siempre": Teodoción, "hasta el fin": los Setenta y la quinta edición, "en testimonio": por lo cual está puesto en el hebreo LAED; y tanto "más", como "para siempre" y "testimonio" puede entenderse.

Diré también yo al fin del volumen, consiguiendo el trabajo de mi opúsculo con la invocación del Señor: Dios, ¿quién semejante a ti? quita la iniquidad de tu siervo: pasa por el pecado de las reliquias de mi alma, no envíes en mí tu furor,

ni en tu ira me corrijas: porque misericordioso eres, y muchas tus miseraciones. Vuélvete, y ten misericordia de mí: precipita mis iniquidades, y envíasalas a lo profundo del mar: para que la salinidad y amargura de los vicios perezca en la falsa región. Da la verdad que prometiste a tu siervo Jacob, y la misericordia que prometiste a tu amigo Abraham, y libra mi alma de los perseguidores de tus profetas, Acab y Jezabel, como juraste a mis padres en los días antiguos, diciendo: Vivo yo, dice el Señor: No quiero la muerte del pecador, sino tanto que se convierta y viva (Ez. 33, 11). Y en otra parte: En cuanto convertido hubieres gemido, serás salvo. Entonces verá mi enemiga, y se cubrirá de confusión, la cual ahora me dice: ¿Dónde está el Señor tu Dios? (Sal. 41, 4, 11). Veré en ella tu venganza, y será como el lodo de las plazas, y será calcada, para que no más de lodo y pajas las egipcias construya ciudades.